

MINISTERIO DE INSTRUCCION PUBLICA

REVISTA NACIONAL

LITERATURA . ARTE . CIENCIA

DIRECTOR HONORARIO:

RAUL MONTERO BUSTAMANTE

AÑO V - OCTUBRE DE 1942 - N.º 58

MONTEVIDEO — URUGUAY

1942

MINISTERIO DE INSTRUCCION PUBLICA

Ministro Secretario de Estado:

DOCTOR CYRO GIAMBRUNO

REVISTA NACIONAL

LITERATURA - ARTE - CIENCIA

SUMARIO

N.º 58 — OCTUBRE — 1942

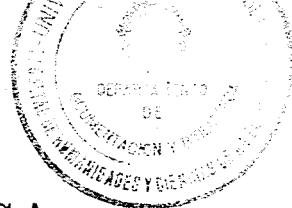
HECTOR A. GERONA. —	(La Conferencia Interamericana	
MARIO DE PIMENTEL BRANDAO. —	Regional de Rivera	5
BLANCA LUZ BRUM. — Del Cancionero de Frutos Rivera. - Batalla del		
Palmar. - La Batalla de Carpintería		15
AUGUSTO TURENNE. — ¿Loco? ¿Charlatán? ¿Genio?. - Una Semblanza		
de Paracelso		20
CARLOS LERMITTE. — Soñé que era Jurado de Arte		37
ARIOSTO D. GONZALEZ. — La Importación de Libros en el Derecho		
Aduanero Uruguayo		57
MARIA AMALIA BLIXEN. — Ensayos. - Muerte Fecunda. - Vida Sencilla. -		
El Libro y su Lector		66
NICOLAS FUSCO SANSONE. — Giacomo Leopardi. - El Poeta del Dolor		
sin Esperanza		81
MANUEL MONTEVERDE. — Vinculaciones entre la Moneda, la Riqueza,		
la Renta y los Impuestos		86
VICENTE CARRERA. — El hombre, ilustrísimo enfermo. -		92
GASTON FIGUEIRA. — Carl Sanbrung y otros Poetas Estadounidenses		
Contemporáneos		98
RAUL MONTERO BUSTAMANTE. — Comentarios sobre Walter Scott		113
PAGINAS OLVIDADAS		
JOSE PREGO DE OLIVER. — Antología		123
SECCIONES PERMANENTES		
REVISTA SOCIAL Y POLITICA. — Informe de la Delegación de la Repú-		
blica O. del Uruguay, sobre la Reunión Interamericana Regional de		
Rivera. — Origen y Finalidades de la Reunión		143
BIBLIOGRAFIA. — «Enseñanza Secundaria y Temas Derivados», por Eduar-		
do de Salterain y Herrera. — «Canto Diverso. Poemas», por Héctor Silva		
Uranga. — «Ni Bufas ni Trágicas», por H. Stance (Haroldo Capurro). —		
«Resumen de la Historia de Venezuela», por Rafael María Baralt		159

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS

Dependencia del BANCO DE LA REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

Sección: CAJAS DE SEGURIDAD. Sea precavido, resguarde sus valores en nuestras CAJAS DE SEGURIDAD. — Consulte nuestras tarifas de locación y ganará dinero.

Sección: CREDITO PRENDARIO. — Esta Sección concede préstamos sobre alhajas y objetos de valor en las condiciones más ventajosas de plaza. Consúltenos y ahorrará dinero.



BANCO DE LA REPUBLICA

INSTITUCION DEL ESTADO

DIRECTORIO: *Presidente*, señor Vicente Costa; *Vicepresidente*, señor Enrique Givogre; *Vicepresidente 2.º*, Dr. Ricardo Vecino; *Vocales*: don Roberto H. Barrera y Dr. Eduardo Jiménez de Aréchaga; *Secretario General*: señor Raúl Montero Bustamante.

Gerente General: señor Raúl Daneri.

El Banco de la República está dividido en dos grandes departamentos independientes: el propiamente bancario, regido por el Directorio, y el Departamento de Emisión, regido por el Consejo Honorario, integrado por el Directorio del Banco y representantes de la banca nacional y extranjera, del comercio y de la industria.

BANCO HIPOTECARIO DEL URUGUAY

Casilla de Correo, 79. — Plaza Constitución. — Montevideo

DIRECTORIO: *Prsidente*: Don Pedro Cosío; *Vicepresidente*, Esc. Francisco C. Betelu; *Vocales*: Dr. Héctor Ferreira, Don Luis J. Debali, Don Juan Jannicelli; *Gerente*: Ingeniero Armando Aresti Hervé; *Secretario General*: Don Antonio Berges; *Sub-Gerentes*: Esc. Gerardo M. Romero, Ing. Agr. Cipriano A. Lasserre, Ing. Osvaldo Perelli.

CAPITAL	\$	5:000.000.00
RESERVAS Y PROVISIONES	>	19:152.740.81
AVALUO DE PROPIEDADES HIPOTECADAS: Urbanas ..	>	224:134.200.00
» » » Rurales ..	>	136:231.300.00
TITULOS EN CIRCULACION	>	160:171.650.00

SECCION FOMENTO RURAL Y COLONIZACION

CAPITAL	\$	5:000.000.00
RESERVAS Y PROVISIONES ..	>	2:569.580.72

ADMINISTRACION GENERAL DE LAS USINAS ELECTRICAS Y TELEFONOS DEL ESTADO

Julio Herrera y Obes 1471. — Montevideo

DIRECTORIO

Presidente: Ingeniero Víctor B. Sudriers.

Vocal: señor Roberto Otto Feller.

Secretario General: Señor José P. Lagarmilla.

GERENCIAS

Gerente General: Ingeniero Raúl Regules.

Gerente de la División Usinas: Ingeniero Salvador Massón.

Gerente de la División Teléfonos: Ingeniero Rodolfo L. Fonseca.

SERVICIOS ELECTRICOS

Capital: Centrales generadoras térmicas «José Batlle y Ordóñez» e «Ingeniero Santiago L. Calcagno».

Ciudades y Villas de la República: Suministro de energía eléctrica obtenida por medio de generación térmica local.

SERVICIOS TELEFONICOS

Capital: Red subterránea.

Interior: Red telefónica de Lavalleja con extensión a Treinta y Tres y localidades intermedias.

Red telefónica de Maldonado y balnearios del Este.

Servicio de larga distancia interdepartamental e internacional.

CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL

DIRECTORIO

Presidente, Don Ricardo A. Ruiz; *Vicepresidente*, Don Pedro Cosio; *Vocales*: Don Enrique Givogre, Prof. Don Oscar J. Maggiolo, Don Juan Antonio Zubillaga.

Gerente: Gualberto Mendioroz

La Caja Nacional de Ahorro Postal es una institución del Estado, y sus disponibilidades se invierten en la construcción de caminos, carreteras, mercados públicos y otras obras de beneficio general.

ADMINISTRACION NACIONAL DE PUERTOS

DIRECTORIO

Presidente, Dr. Raúl Jude; *Vicepresidente*, J. Américo Beisso; *Vocales*: Contralmirante Carlos Baldomir, Capitán de Navío Juan J. Miller, Ingeniero Santiago Michelini, Ingeniero Félix A. Bruno, Don Ignacio Carmendia Caminos, Don César Benenati Roldós, Don Alfredo Nebel Ellauri, Don Carlos Sapelli; *Secretario del Directorio*, Don Manuel Cean; *Gerente y Administrador*: Don Héctor Pochintesta.

BANCO DE SEGUROS DEL ESTADO

Creado por Ley de 27 Diciembre de 1911

DIRECTORIO. — *Presidente*: Don Ricardo A. Ruiz; *Vocal*: Dr. Lucio Malmierca; *Secretario*: Dr. Humberto Boggiano; *Prosecretario*: Sr. Diego Martínez Vázquez.

ADMINISTRACION. — *Gerente*: Sr. Ignacio Reyes Molné; *Sub Gerentes*: Sr. Américo Calamet, Julio D. Laguna y Luis J. B. Badetto; *Actuario*: Agr. Hugo Hormaeche; *Contador*: Sr. Francisco Castro; *Asesoría Letrada*: Dr. Aristides Delle Piane y Pedro P. Berro.

REALIZA TODA CLASE DE OPERACIONES DE SEGURO
CAPITAL TOTALMENTE INTEGRADO Y RESERVAS: \$ 25.025.570,55

Agraciada esq. Mercedes

Montevideo — Uruguay

REVISTA NACIONAL
LITERATURA — ARTE — CIENCIA

MINISTERIO DE INSTRUCCION PUBLICA

REVISTA NACIONAL

LITERATURA - ARTE - CIENCIA

DIRECTOR HONORARIO:

RAUL MONTERO BUSTAMANTE

TOMO XX

OCTUBRE A DICIEMBRE DE 1942

MONTEVIDEO — URUGUAY

1942

REVISTA NACIONAL

LITERATURA — ARTE — CIENCIA

Año V

Montevideo, Octubre de 1942

N.º 58

LA CONFERENCIA INTERAMERICANA REGIONAL DE RIVERA (1)

I

DISCURSO INAUGURAL

Señores Representantes de las Repúblicas de Brasil, Argentina, Bolivia y Paraguay;
Señores Delegados del Comité Consultivo de Emergencia para la Defensa Política del Continente. Señoras, Señores:

En nombre del Gobierno de mi Patria, el Uruguay, cumpro con el honroso cometido de declarar solemnemente inaugurada esta Reunión Regional Interamericana, por medio de la cual el Comité Consultivo de Emergencia para la defensa política del Continente pone en ejecución las recomendaciones de la Conferencia de Buenos Aires sobre coordinación de medidas policiales y judiciales y la resolución XVII de la Tercera Reunión de Consulta de los Ministros de Relaciones Exteriores de las Repúblicas Americanas.

Se trata, pues, de traducir en fórmulas de Derecho, susceptibles de ser ulteriormente aplicadas por parte de los Gobiernos aquí representados, las materias incluídas en el temario, es decir: los altos principios de *«solidaridad, asistencia recíproca y cooperación defensiva»* que constituyen el nervio de las resoluciones adoptadas en Río de Janeiro.

El Derecho Americano, inspirado en las más generosas orienta-

(1) Los discursos que publicamos fueron pronunciados en las solemnes sesiones de instalación y clausura de la Conferencia Interamericana Regional reunida en la ciudad de Rivera, en el mes de Setiembre último, por el Delegado Plenipotenciario y Ministro del Interior señor Héctor A. Gerona, quien presidió las deliberaciones del mencionado Congreso. Como complemento de éstos publicamos también el Discurso del delegado Plenipotenciario del Brasil Embajador doctor don Mario de Pimentel Brandao, antiguo Ministro de Relaciones Exteriores, en nombre de las Delegaciones, en el cual el ilustre diplomático brasileño hace el cumplido elogio del representante del Uruguay, Presidente de la Conferencia. Respecto a ésta, insertamos en la Sección Social y Política una reseña de la misma redactada por el Secretario General de la Conferencia, Ministro señor Eduardo D. de Arteaga y el informe presentado al Poder Ejecutivo por el Delegado Plenipotenciario del Uruguay, Presidente de la Conferencia y Ministro del Interior, señor Héctor A. Gerona.

ciones liberales, se ha caracterizado por la concesión de amplísimas facilidades para el tráfico de hombres a través de las fronteras de los Estados, y no podía ni puede ser otro el ideal a perseguir en un Continente como el nuestro, que ha dado a la humanidad, en lo que va corrido de la época contemporánea, el más honroso ejemplo de fraternidad entre las naciones.

Tierra nueva, tierra de promisión, preñada de jugos fértiles, la nuestra — forja de caracteres y fragua de civilización — extendida como una bendición de polo a polo y de océano a océano, ha sido como una inmensa puerta, abierta de par en par, invitando a la colaboración de todo el género humano; como el punto de referencia del peregrino, escrutador de lejanías, ávido de su lote de bienestar.

Pero, es necesario atribuir a esta política su verdadero valor y su sentido exacto. Ella ha sido practicada en la convicción de que ninguna otra habría de concurrir más eficazmente al afianzamiento y progreso de los principios de libertad humana y de solidaridad continental, que son el alma de nuestro pasado, el soplo vital que inspira nuestras actuales organizaciones democráticas y la estrella señera que marca el rumbo a nuestro destino político.

En esta hora intensamente trágica de la historia del mundo, son esos principios esenciales de la cultura americana los que están en peligro. Elementos regresivos extracontinentales, afectados por la más prodigiosa psicosis colectiva de que haya memoria, proclaman el derecho de la fuerza, en otros términos: el retorno a la ley de la selva, la quiebra de toda norma jurídica, la invalidez de todo compromiso, la legitimidad de todo engaño, el desprecio por el individuo y su libertad, la agresión y la violencia como sistema, la guerra despiadada e inhumana, en suma, como expresión culminante de una política y de una técnica contrarias al acervo acumulados, por el cristianismo y la civilización occidental a través de los siglos, para hacer mejores las condiciones de la vida, para regir por medio de cánones y reglas morales superiores las relaciones entre los pueblos y entre los hombres. Ese programa dispersivo, de alcance universal, tiende a cumplirse mediante una labor de penetración oculta, previa al ataque abierto y desembozado. La quinta columna tiene así el carácter de fuerza avanzada y se la destina a enervar las posibilidades de resistencia, minando la organización interior y la unidad moral de los pueblos que se oponen a sus planes.

En relación al Continente, las organizaciones totalitarias ya han pasado de la primera a la segunda etapa de su técnica ofensiva. Fué primero la filtración de agentes secretos y propagandistas, cuya labor de desintegración y sabotaje ha sido severamente reprimida. Es ahora (y este hecho nuevo ha precipitado la necesidad de reunirnos para fortalecer los medios de asistencia recíproca y cooperación defensiva) es ahora, decía, el ataque abierto, la agresión perpetrada contra Estados Americanos, la que, por mandato de solemnes compromisos internacionales y porque así lo impone la concien-

cia solidaria de América, debe ser considerada como agravio, como ataque que afecta por igual a todas nuestras Repúblicas.

Fué ayer Estados Unidos de Norte América, el gran hermano del Norte, ese magnífico exponente de Libertad y Democracia, el primer Estado continental que debió repeler la agresión no provocada de las potencias totalitarias. Hoy es Brasil, nobilísimo pueblo hermano, culto y pujante, celoso de su dignidad eminente de país libre, el que ha debido responder con la guerra y la movilización total de sus fuerzas, al atentado cometido contra su soberanía y la vida preciosa de sus hijos.

Y bien, señores: cuando la guerra desatada por sus fuerzas oscuras y regresivas castiga ya los flancos de América, es necesario revisar las prácticas legislativas, los procedimientos administrativos, perfeccionar el instrumental de defensa, concertar nuevas fórmulas, tan sabias como seamos capaces de imaginarlas y tan severas en la represión de todo ataque como lo permitan las cartas fundamentales de nuestros Estados, a fin de asegurar a nuestros pueblos la salvación del patrimonio de libertad que nos legara el esfuerzo heroico de los Fundadores, en la gesta sublime de la independencia y de nuestra formación institucional.

Esa es la tarea inmediata que reclama de nosotros el tiempo en que vivimos. Cuando llegue la hora del triunfo para las democracias, cerrando este ciclo trágico de la Historia, será el instante en que habremos de congregarnos nuevamente para restablecer, sobre toda la extensión de nuestras tierras, las generosas fórmulas en que hoy se amparan, traicionando la hospitalidad que les brindamos, quienes atentan contra la soberanía de nuestros pueblos y la estabilidad de nuestras instituciones. Mientras tanto, la consigna ha de ser: aplazar toda otra consideración, ante la necesidad de salvar en América, para las generaciones que vendrán, el único medio político dentro del cual — de acuerdo con la tradición y la Historia — puede florecer nuestro ideal de cultura y de vida: una comunidad de Estados libres, organizados conforme a los principios democráticos, en la que todos los hombres de buena voluntad y limpia conducta puedan aspirar a la justa retribución de sus propias obras, difundir libremente su propia verdad, elevar la oración a sus propios dioses y gozar el beneficio supremo de la Paz.

Señores:

El timón de la cultura ha saltado con estrépito de la mano de una Europa enloquecida y enferma de odio y de venganza, para ser recogido por el puño firme de América.

Probemos con hechos, señores, que somos intérpretes fieles del destino superior de América. La hora actual exige acción, realizaciones concretas y prácticas, de aplicación inmediata. Ya hemos tomado posición. Pero, a las definiciones deben seguir los actos ejecutivos y categóricos.

Pongámonos a tono con el momento que vivimos para salvar el patrimonio histórico y moral de América, y con éste el patrimonio

espiritual de la humanidad. Porque América es hoy la reserva espiritual del Mundo, el último refugio de la esperanza humana.

Proclamemos, con el acierto de nuestras decisiones, con la solidaridad de nuestros propósitos, con el ritmo uniforme de nuestro sentir, que constituímos una fuerza homogénea y poderosa, una unidad indestructible, consciente de la realidad que le ha tocado vivir: que defiende y honra la tradición democrática del Continente: la obra constructiva de las generaciones del pasado, la gloria inmarcesible de sus grandes Capitanes y forjadores de Patrias; y un alto y luminoso ideal de recuperación y perfección del hombre con todos los atributos que hacen digna la vida, bajo la majestad resplandeciente del Derecho y los principios de la justicia inmanente.

Ahora, como antes y como siempre, América es el Porvenir. Por eso es Ideal y es Esperanza: un corazón inmenso abierto a toda la palpitación del universo.

América para América y para el mundo.

Que Dios la dirija en el cumplimiento de su alta predestinación.

II

DISCURSO DE CLAUSURA

Señores Representantes de las Repúblicas de Brasil, Argentina, Bolivia y Paraguay; señores Delegados del Comité Consultivo de Emergencia para la efensa Política del Continente; señoras y señores:

Hace solamente una semana pronuncié las palabras inaugurales de esta Conferencia. Tanto la vastedad del plan que entonces nos propusimos cumplir, como la índole compleja de los problemas que habrían de ser estudiados y resueltos, nos impuso la obligación de meditar profundamente acerca de ellos, a fin de encontrar las soluciones que nos permitiesen llevar a feliz término el propósito común.

Imaginad, señores, que no ahora, sino antes de haberse desencadenado la actual conflagración, Delegados de cinco países de cualquier otro Continente se hubiesen propuesto concertar fórmulas sobre materias idénticas a las que han motivado esta Reunión Americana. ¡Cuántos recelos, cuántas insalvables resistencias, cuántos viejos rencores, cuántos intereses no confesados se habrían opuesto a la realización de tal designio generoso!

¡Nosotros, en cambio, hemos triunfado! Basta recordar los textos de las resoluciones sancionadas en tan breve término para que podamos sentar en la forma más decidida, esta radical afirmación.

Hemos convenido las reglas que deben presidir la organización del tráfico de hombres a través de nuestras fronteras, inspirándonos en la consideración amplia de las exigencias de la defensa continental, al mismo tiempo que se han respetado situaciones particulares

con una profunda raigambre tradicional, bajo la más amplia seguridad, — y así lo declaro solemnemente en nombre de mi país — de que los regimenes de excepción que se reglamenten, jamás serán establecidos en mengua de la organización defensiva general.

Hemos concertado normas para la eficiente vigilancia de las fronteras, basadas en un espíritu de amplia cooperación, sin reservas, entre los institutos armados que montan guardia al pie de nuestras instituciones liberales; organismos y sistemas dirigidos a fortalecer la seguridad interna de cada una de nuestras Repúblicas han sido imaginados idénticos para todas ellas, y sus esfuerzos no han de ser aislados, sino que se articularán, en beneficio de todos, por intercambio de datos y experiencias..

Tal es nuestra obra, señores. ¿Dónde reside el secreto de nuestro éxito? Tratando de descubrir sus causas, he de rendir tributo, en primer término, a la sabiduría y a la amplia comprensión de todos los señores Delegados, así como a la versación excepcional y laboriosidad demostradas por los señores Asesores y técnicos que han prestado el invalorable concurso de su aptitud científica o de su experiencia inteligente. Con ello, con ser mucho, no alcanzaría a explicarlo todo. Hay algo más profundo que se ha revelado a través de nuestros debates, de nuestras deliberaciones, de las simples sugerencias cambiadas a todas horas durante nuestra convivencia en Rivera; hay algo más profundo que ha dictado los temperamentos de conciliación, que ha impreso el tono de cordialidad característico de esta Conferencia, que ha indicado la necesidad de aceptar ciertas limitaciones a la rigurosidad de alguno de nuestros puntos de vista. Ese complejo psicológico y emocional tiene un nombre, señores. Se llama América, o, en otros términos, historia, hermandad, solidaridad.

El espíritu de universalidad de que habla Emile Boutroux como indispensable para la unidad de la sociedad humana, sólo existe en los pueblos de América. Sus nacionalismos afirmativos se concilian; sus patriotismos se suman; la misma forma de gobierno inspira sus instituciones republicanas y democráticas, y el alma que palpita en sus cuerpos colectivos se nutre en tradiciones y costumbres comunes y se exalta con aspiraciones afines e idénticos ideales. En este sentido, América —expresión de cuerpos políticos distintos y de diversidad de almas nacionales— representa la armonía de su propio latir con el de la sociedad humana, y concilia el alma nacional con el alma internacional. Es que no hay en el mundo un conjunto de pueblos en el que las atracciones congénitas hayan determinado, como en nuestro Continente, la formación de una unidad natural semejante, que constituye como una especie particular dentro del género internacional, y que representa como el primer coágulo cósmico de esa sociedad de naciones auténtica y efectiva, que tanto se ha anhelado. Ese *espíritu de universalidad* es un privilegio singular de nuestros pueblos; *universalidad* en el mundo actual, trágico y en llamas, sólo traduce esta afirmación: *Americanidad*.

Y ese espíritu, señores, es el que ha inspirado la constitución del Comité Consultivo de Emergencia para la Defensa Política del Continente, organizador de esta Reunión Regional de Rivera, por feliz iniciativa del ilustre Embajador de Pimentel Brandao; y ese espíritu es el que ofrece el exponente único, extraordinario, y en ese sentido lo destaco que, Delegados de sólo siete Repúblicas, que son las que integran el Comité Consultivo de Emergencia, sean los que organizan, por delegación de los demás Estados, la defensa de todos ellos, con la aceptación y el aplauso unánime de todo el Continente.

Pero, si exalto el pensamiento que ha determinado la creación de ese eminente organismo internacional, no cumpliríamos un deber de justicia ni daríamos satisfacción a convicciones arraigadas acerca de su oportunidad, si no le ofreciésemos en este instante, a la vez, nuestro rendido tributo de admiración y aplauso por su obra magna y fecunda, que interpreta y concilia los supremos intereses particulares, adoptando fórmulas defensivas e imprimiendo directivas comunes frente a la confusión y a la violenta trasmutación de valores y posibilidades, producidas como consecuencia de la guerra, en todos los órdenes de las actividades humanas.

América, pues, por medio del abnegado Comité Consultivo de Emergencia para la Defensa Política del Continente, y hoy por medio de esta Conferencia Regional, ratifica su tradición solidaria y sigue haciendo historia. Hacer historia es su vocación y su costumbre. Seguir esa forja luminosa es su destino!

Señores: constituimos la unidad histórica, política, social y moral más grande y homogénea de todos los tiempos! A la violencia de las armas, preferimos la norma jurídica, la majestad resplandeciente del Derecho; a las tendencias sociales extremas, el ideal democrático; para los vencidos, o con déficit en el camino de la vida, una política más sabia, inspirada en una distribución más humana, que corrija injusticias y asegure un mínimo de felicidad.

Nada tiene fuerza bastante en América como para debilitar el vínculo común del origen, como para evitar la identidad del destino histórico, como para hacernos perder la fisonomía, tan acentuada, que ofrecemos al mundo, de una sola gran nación, con muchos territorios independientes, pero con una misma vida espiritual, con un mismo anhelo y un mismo ideal encendidos en el fuego de muchos corazones.

Hemos tenido crisis parciales y pasajeras, dolorosas y de una violencia que se diría en relación con el grado intenso de vinculación de las partes contendientes; porque entre los pueblos, lo mismo que entre los hombres, la susceptibilidad es mayor cuanto más cercano es el grado de parentesco.

Pero, en el espíritu libre de nuestra América, pasado el momento obnubilante de la pasión, reconquistadas la serenidad y la calma, todo se olvida, nada queda. No hay odios, no hay rencores reavivando en la carne fraterna las heridas de la lucha, o preparan-

do el desquite o la revancha como ocurre entre pueblos realmente enemigos.

Los pueblos hermanos de Bolivia y Paraguay, cuyos dignísimos representantes se sientan en esta Conferencia, ofrecen un exponente de alta elocuencia sobre este particular, que inspira nuestra admiración fraterna y nuestro cálido aplauso.

En esta hora trágica de la historia de la humanidad, la indecisión y la indiferencia son aliadas del Mal. Hay que accionar contra los enemigos de adentro y de afuera. Su técnica es la más peligrosa, porque no tiene límites ni escrúpulos; pega de frente y pega por la espalda; la quinta columna trabaja en las sombras, minando los cimientos de nuestras instituciones, introduciendo la confusión como factor dispersivo y debilitante de la unidad nacional.

América, unida, fuerte y solidaria, para América y para la humanidad, honrando su tradición de libertad, de democracia y su espíritu cristiano. Tal la consigna solemne de la hora, la que nos dicta el deber, como depositarios de un acervo de cultura y de un patrimonio moral, que debemos guardar y transmitir acrecentado por nuestro tributo, si no queremos ser juzgados por la posteridad como integrantes de la generación de la complacencia, el egoísmo, el entregamiento o la derrota.

América. Espacio para todas las posibilidades de orden físico, para el desarrollo de todas las aptitudes: surcos humeantes recién abiertos en la tierra virgen, como una promesa y una bendición; la mano firme en la esteva, el músculo tenso en la fragua; espacio para el vuelo del espíritu, para el desplegar de las alas de Ariel, para todos los sueños y todas las esperanzas bajo los cielos luminosos y en calma o bajo la serena majestad de las estrellas.

América! Cielo sereno y sin nubes, propicio para soñar en el recogimiento solemne del alma y en el silencio grave de la noche, bajo la luz escintilante de las constelaciones; cielo con estrellas que vibran y parpadean y tiemblan y en cuyo temblor —dijera Rodó— existe el mismo estremecimiento que en la mano del sembrador!

Surco y cielo, pues; hombres y estrellas, pan para el cuerpo y para el espíritu en el trigal divino y abundante de la tierra moza, de la selva virgen, de la raza fuerte!

La piqueta y el jadear de todos los progresos; la quimera y el Quijote de todos los caminos, de todas las sendas, lanza en ristre, alta la mirada, amplio el corazón, libre y al aire la frente luminosa, apta para todas las anunciaciones y para todos los alumbramientos!

He aquí, señores, nuestro mensaje, el mensaje superior de América, desprendido de lo alto, comprendio y norma de nuestra existencia colectiva y soberana.

América, Bendita seas!

HECTOR A. GERONA

DISCURSO DEL DELEGADO DEL BRASIL EN NOMBRE DE LAS DELEGACIONES.

Después del discurso admirable del Sr. Girona que acabamos de oír con placer, gratitud y unción, yo hubiera preferido que nos recogiéramos a un largo rato de provechosa meditación.

Hubiese propuesto que ninguna otra voz turbara la fuerza de las palabras incomparables de esa oración profunda y bella, llena de significación cívica; hubiese formulado el voto de que sin mezcla de otro acento, esas palabras fuesen guardadas en los corazones y en las almas como un viático para nuestras futuras andanzas de peregrinos de la causa de la humanidad! Pero dispusisteis, señores, mis colegas y amigos, de otra manera, y me encargasteis de la tarea de contestar a esa oración de nuestro eminente Presidente, tarea que yo no puedo cumplir porque es superior a mis fuerzas, pero que asumí porque sé que por lo menos tendré la excusa de darle lo mejor de mis sentimientos de fraternidad sin tacha.

Señores: en su inmortal comedia heroica Cyrano de Bergerac, Edmond Rostand nos presenta el cuadro del sitio de Arras, en el siglo XVII. Los soldados gascones que Cyrano comandaba y que eran una fracción del ejército sitiador, sufrían hambre, frío, privaciones. Cundía el descontento; las quejas se expresaban en tono de ira; la indisciplina amenazaba de ruina y de destrucción a las fuerzas combatientes. ¿Qué hacer? ¿Remediar las fallas de la organización material que engendraba tales peligros? No era posible. Hay cosas que no se improvisan.

Pero el hombre no vive solamente de pan! Cyrano tuvo una idea: llamó a un joven soldado que en otros tiempos fuera pastor; que sabía tirar de su flauta rústica las más armoniosas canciones del terruño, y le pidió que tocara delante de los más indisciplinados. Voy a repetir las palabras del poeta: «Chansons dont la lenteur est celle des fumées, que le hameau natal exhale de ses toits», Y mientras sonaba el bucólico instrumento, Cyrano cantaba: «Ecoutez, c'est le val, la lande, la foret — Le petit patre brun sous son rouge beret — C'est la verte douceur des soirs sur la Dordogne — Ecoutez, les Gascons, c'est toute la Gascogne!

Y delante de la imagen de la patria cesan las quejas, y el mismo dolor físico desaparece.

Señores:

Es así, como ese pastor de Cyrano, el Comité de Emergencia de Montevideo!

Los intereses tan diversos y tan importantes de los pueblos son como el hambre y el frío y las privaciones. Dividen las naciones de nuestro Continente, cuando las amenaza el peligro de la quinta columna; porque nosotros, señores, formamos parte hoy día, como los

gascones de Cyrano, de un ejército más grande, del ejército de los pueblos libres, ejército que ve a lo lejos como las murallas de un Arras inmenso, devastada, arruinada, incendiada, a esa tierra de elección que fué Europa, tierra que hoy domina una nación presa de odios, de ruina, de muerte, cuyo nombre no quiero mencionar ahora.

Es la imagen que el Comité de Montevideo quiere presentar a los pueblos representados hoy aquí, ante esta Asamblea ilustre, como ayer en Buenos Aires y mañana en otros puntos del Continente es precisamente, como dijo nuestro Presidente, la imagen de América.

Escuchad americanos, es toda la América! Toda la América cuya formación, cuya cultura es la misma por los ideales, por la formación espiritual y democrática, por el aporte y la asimilación de la colaboración de todos los hombres de buena voluntad, por todo ese conjunto de leyes, costumbres, cultos y aspiraciones sobre los cuales pasó para uniformarlas, el soplo de la libertad que se instaló en la tierra y dió vida eterna a nuestras naciones.

Pero, señores, son también esas características mismas de América en su vida de todos los días como en su vida de relación, las que han creado y crean en la actual oportunidad las más grandes dificultades que el Comité de Montevideo tiene que solucionar. Por eso, como peregrinos de la buena causa, venimos hoy a esta hermosa y sonriente ciudad, a este sitio apacible donde nuestras patrias del Brasil y del Uruguay se estrechan en un abrazo eterno que durará mientras dure la tierra y mientras duren las razas.

Nuestro propósito fué mostrarles a los delegados aquí representados, la imagen de nuestra grande patria, a fin de que todas las patrias que en ella existen examinen y remedien las deficiencias locales que pueden comprometer la existencia común y la particular de cada una, en el drama que ensangrienta el mundo y a cuya fatalidad ya sabemos que no hemos de escapar.

Esta gran tarea, la realizamos aquí, y nada más se sabe decir respecto a ella después de lo que dijo con tanta autoridad el señor Presidente en términos exactos y lapidarios. Excluyéndome de los demás, como el único que nada merece, yo quiero asociarme a las palabras del señor Presidente en el homenaje que tributó al Comité de Montevideo. Quiero señalar al público que me oye los méritos eminentes de un hombre como Carl B. Spaeth, representante de los Estados Unidos en el Comité...

...y no representante solamente en virtud de un nombramiento, sino porque en él se encarnan las virtudes magnas, la inteligencia política, la lealtad sin temor y sin reproche de su nación, que siendo la más poderosa, quizás, del mundo, no emplea su fuerza sino en la ayuda, el perfeccionamiento, la confraternidad de los demás, de una nación cuyo jefe es una gloria de la humanidad, porque, triunfó de la vida sobre el dolor de su cuerpo, y porque su alma, es el triunfo de la luz sobre las tinieblas.

Con Carl B. Spaeth aquí presente se encuentra Miguel Angel Chiappe, colega cuya personalidad fuerte y destacada, se impone a

nuestra estima, y cuya colaboración nos es preciosa por su actividad y capacidad.

Quiero rendir al señor delegado del Paraguay el homenaje a que se ha hecho acreedor por su talento. Yo lo comparo a un verso vivo de Corneille: «La valeur n'attend pas le nombre des années».

Del señor Delegado de Bolivia, de quien yo aprecio y admiro aquí una vez más, el «savoir faire» exquisito, la inteligencia sutil, esa bondad en que el espíritu y el corazón forman las dos mitades.

Al señor delegado del Brasil, amigo que admiro desde hace mucho, quiero agradecer, aún más, su preciosa colaboración, en la que, a los primores de una cultura y una inteligencia privilegiada, se añade la demostración de su coraje cívico admirable.

Y ahora, señores, ya las palabras no bastan. Yo les pido a todos, también, un gesto: que se pongan de pie para escuchar, no por la belleza de la forma en que la exprese, sino por aquél a quien las dirijo, esta plegaria de admiración y reconocimiento:

A Vuestra Excelencia, señor Presidente, toda nuestra admiración; toda nuestra estima afectuosa, por la manera insuperable como dirigisteis nuestro trabajo; por la distinción, el talento, la caballería sin par con que fuisteis nuestro guía y nuestro maestro; por el encanto con que supisteis ser el paladín de la más bella de las causas, al mismo tiempo que el representante de la más noble y fraternal de las patrias.

MARIO DE PIMENTEL BRANDAO



DEL CACIONERO DE FRUTOS RIVERA ⁽¹⁾

I

Por el medio del campo va Fructuoso Rivera.
Blanco y celeste el cielo. Y un sonido de espuelas.

Regresa el héroe; el pálido varón de las llanuras
ataviada de olvido su estupenda figura.
¿Quién lo escolta?
¡La Patria, con todos sus emblemas!

Mirad cómo se inclina a ver la tierra;
cómo tiembla en sus dedos la pequeña gramilla:
¡los pastos!, ¡la humedad!, ¡los pájaros!, ¡el aire!
La luz brillante del Uruguay: su patria sencilla.

Blancas nubes redondas del Uruguay,
serenos algodones que flotan en las ramas,
curadle sus venenos de serpientes
y su amarilla fiebre de malaria.

(1) BLANCA LUZ BRUM nació en Maldonado el 29 de Mayo de 1913; se educó en la ciudad de Montevideo, en escuela católica, y en muy temprana edad se casó con el poeta Juan Parra del Riego; a raíz de este matrimonio, penetró en el mundo intelectual rioplatense, donde sus poemas recién aparecidos, «Las Llaves Ardientes», habían provocado explicable expectativa. De inmediato dió muestra de su vocación americanista. Fallecido su esposo, de quien le quedó un hijo: Eduardito, que en la actualidad reside con su madre en Santiago de Chile, comenzó a viajar por el Continente. Desde entonces, escribe, habla y viaja en un apresurado afán de ponerse al servicio de los pueblos oprimidos. Su vinculación con los intelectos más sobresalientes de América le llevó a alternar en los altos círculos culturales, y es así como, a los 17 años de edad, no obstante su amistad con el Presidente, señor Leguía, sus vinculaciones con la aristocracia limeña y su posición económica, sufrió en Perú la pena del destierro, motivada por su intensa e implacable labor de «leader» de los problemas sociales. En Lima fundó la revista «Guerrilla» y dió a la estampa el libro de poemas «Levante» — arte social y combate —. Deportada, va a Nueva York. De Nueva York a California. De California a Los Angeles. En Los Angeles permaneció dos años, junto a su marido, el famoso pintor mexicano David Alfaro Siqueiros; de allí fueron a México, donde tomó decididamente parte en la lucha social que en aquel país encen-

Por el medio del campo va Fructuoso Rivera.
Blanco y celeste el cielo y un sonido de espuelas.

Chicotea en sus ojos el viento
¡el viento de los ponchos y de las tolderías!
El que volteaba los sombreros románticos
y las crines aladas de las caballerías.

Busca los campamentos donde resplandecían
los enjambres de gauchos
que la historia empujaba hacia la libertad de los días.

Galopan caballos sin jinetes en el horizonte;
cantan alondras invisibles;
hay seres que se quejan en los montes;
ruidos de hojas que caen
y flores que se quiebran.

¡Yucutujá!, ¡Palmar!, ¡Carpintería!
¡Colorados potreros de la historia!

Han pasado 100 años y un Oriental evoca
sin que el rencor le suba a secarle la boca.
Es sólo el movimiento de la historia
en el temblor de un nombre que viene a la memoria.

Por el medio del cielo va Fructuoso Rivera.
Blanco y celeste todo y un sonido de estrellas.

dieron y mantienen el propio Siqueiros, Rivera, Orozco y otros, al tiempo que publicó «Penitenciaría Niño Perdido», libro que, bajo el título «Documento Blanco» trasciende en traducciones a diversos idiomas. Luego tornó a viajar. De paso por Montevideo para la Argentina, publicó «Atmósfera Arriba», y fundó simultáneamente el periódico de combate «Aportación», colaborando con ella renombrados escritores y artistas. Durante algún tiempo residió en Buenos Aires. De la Argentina pasó a Chile. En Chile, donde se ha radicado hace diez años, constituyó su hogar con el chileno George Beeche Caldera, ingeniero, industrial, salitrero, político. Allí, fundó el cartel mural «Sobre la Marcha», en el que agrupó a los escritores chilenos de tendencia antinazi. Siguió a su marido hasta el desierto de Atacama donde, mientras aquél organiza y mejora las industrias mineras, ella va publicando los cuadernos «Cobre», «Salitre», «Borax», «Azufre», etc., y dos libros: «Contra la Corriente» y «Cantos de la América del Sur», ambos editados por «Ercilla» y de vasta repercusión continental. Actualmente es directora de la revista «Victoria», instrumento vital, dentro del periodismo, en la lucha antitotalitaria. Prepara, además, dos libros en este momento. Uno de ellos es el «Romancero de Frutos Rivera»; el otro, «Leyendas del Mar y del Bosque de Punta del Este». El citado romancero, al cual pertenecen las piezas que publicamos, será editado en Montevideo por el Ministerio de Instrucción Pública. En Chile, últimamente, fué jefe de Prensa, Propaganda y Radio durante la lucha electoral que llevó a la primera magistratura de aquel país a don Juan Antonio Ríos, su amigo personal.

II

BATALLA DEL PALMAR

Noche de Junio desdoblada
sobre la víspera del Palmar
y suspenso bajo la helada
el Ejército Constitucional.

Es una noche negra, negra,
como el tabaco del Brasil.
Duermen los gauchos de Rivera,
las boleadoras y el fusil.

Va consumiendo la madrugada
las velas del campamento
y afuera las caballadas
rompen el alba con su aliento.

Cuando asomen las barras del día
cruzarán el arroyo Santa Ana
y se oirán las caballerías
macerando las yerbas lejanas.

Irán con trote de victoria
y de romántica gallardía,
«porque en las puntas de sus lanzas
iba a morir la tiranía»...

En las llanuras verdes y lisas
fueron formados los escuadrones.
Blancas y rojas las divisas
pero orientales los corazones.

Bajo las cargas desordenadas
vibraba un viento colorado.
En las columnas desgarradas
iban los héroes entreverados.

(Derribadas de golpe
las caballadas,
¡de pie! peleó la gente,
a cuchilladas.)

Mil hombres vió la noche
en el campo extendidos.
Mil orientales fueron
en sus pechos heridos.

Y las banderas en las torres
y en las basílicas campanas.
Por una alfombra de sables
va el Angel de Santa Ana

.....

Entre las lanzas abatidas
pasan los frisos populares.
¡Quedan las luces encendidas
en el rumor de los maizales!

III

• •

LA BATALLA DE CARPINTERIA

Fué al final de las lanzas de Artigas,
cuando el año ochocientos corría,
que nacieron en nuestras cuchillas
las divisas de Carpintería.

Sobre un campo de pastos extensos,
sin sembrados ni ganaderías,
estallaba una aurora de gauchos
y entre lanzas la patria nacía.

Entre aquellos tropeles de machos
que llenaban de hazañas la tierra,
se midieron los gauchos de Oribe
con los gauchos de Frutos Rivera.

En una mañana de Septiembre
de mil ochocientos treinta y seis
se voltearon los ponchos feroces
por el lado que iban a pelear.

Entre el blanco y el rojo eligieron
los colores que habían de quedar
para siempre luchando en el pecho
las pasiones del pueblo oriental.

¿Quién prendía el coraje en los puños?
¿Quién llevaba las riendas triunfales?
En el aire flotaba la magia
de las grandes mañanas rurales.

Y los gauchos iban y venían
con una costumbre de pelear.
Si las huestes de Oribe eran bravas,
las de Frutos Rivera eran más.

Y el valor de estos hombres tenía
una recia profunda unidad.
En sus pechos oscuros nacía
un anhelo de patria tenaz.

En las líneas de Carpintería,
cuando el bosque de lanzas pasaba,
con un «¡Viva Rivera!» los gauchos
empuñaron la flor colorada.

Se quejaban los pechos granates
de las lanzas de puntas violentas.
Con el ir y venir de los hombres
se grabó un arabesco en la tierra.

Se llenaron de sangre los pozos
y de sangre cachimbas y arroyos;
con la sed que los gauchos tenían
se bebían la luz de los ojos.

BLANCA LUZ BRUM

¿LOCO? ¿CHARLATAN? ¿GENIO?

UNA SEMBLANZA DE PARACELSO

Hay épocas en la Historia de la Humanidad que señalan etapas tan magníficas y decisivas de su evolución que pueden establecerse como luminosos jalones, meta y punto de partida a la vez, reanudación y rectificación de formas de civilización y de cultura.

El siglo XVI es, desde ese punto de vista, una de esas etapas características. Es el «Cinquecento» italiano con su admirable floración de pintores, poetas, arquitectos, escultores, condottieri, filósofos y sagaces y clarividentes políticos como Niccoló Macchiavello. Es la España de Carlos V y del sombrío pero profundo estadista Felipe II, en la que se forjaron los hombres recios que realizaron la fantástica epopeya de la conquista de América. Es la Francia de Rabelais, el temible burlón y de Montaigne, el pensador escéptico; de grandes artistas, de Enrique IV de Navarra, realista y zumbón, que juzgó que París bien valía una misa para asegurar la paz espiritual en un país desgarrado a fondo por las luchas de Religión.

En la zona civilizada de Europa se exteriorizan movimientos sociales y religiosos, económicos y estéticos que dejan huella imperecedera.

Ese siglo es también el período en el que la Humanidad, después de los diez siglos que caracterizaron la Edad Media, dirige sus miradas a la remota y a la vez gloriosa Antigüedad.

La imprenta difunde la obra filosófica, literaria y científica de los juristas romanos, de los poetas griegos, de los filósofos alejandrinos, de los médicos árabes y judíos; hay un renuevo intelectual de cuya intensidad apenas si podemos darnos cuenta hoy.

Es a la vez la iniciación de un período de resistencia contra todas las coyundas que aherrojaron el pensamiento, mientras la Monarquía feudal sin freno y la Iglesia, más intolerante aún, fueron amos y señores de la conciencia humana. Entonces también los abusos y la corrupción de esta Institución justificaron un movimiento de reacción religiosa que culminó con la rebeldía de Lutero, de Zwinglio y de Calvino.

A ese período, en sus comienzos, indeciso entre el pensar escolástico y el Renacimiento racionalista y pagano, corresponde la vida de Paracelso, calificado de loco, de charlatán o de genio, según el punto de vista, el interés, la pasión, la ecuanimidad o la admiración con que su obra y su personalidad fueron apreciadas por sus contemporáneos o sus sucesores.

El período en que vivió Paracelso fué de lucha, de lucha vehemente y sin cuartel. De un lado su amigo Lutero, grandioso y potente en su rebeldía, dueño de una lengua que venía perfeccionándose en

la dialéctica teológica, arma que le faltó a Paracelso, que hubo de inventar su idioma científico.

Del otro al campeón de la Contra-reforma, el formidable Ignacio de Loyola, que después de una vida de disipación y de hazañas guerreras, encuentra su camino de Damasco y organiza esa temible y disciplinada milicia de Cristo, la Compañía de Jesús, con la que, por lo menos en España, detiene la ola invasora de la Reforma luterana.

Al lado de estos gigantes de la guerra religiosa, los hay menos peligrosos en apariencia, más eficaces en la realidad, que manejando la pluma con sutil habilidad, minan sordamente las bases de todas las tiranías espirituales.

Asombra ver cómo haya podido escapar, si no a la hoguera, por lo menos a la cárcel, Erasmo de Rotterdam, con sus aires de infeliz, de filósofo sensual y acomodaticio, que fué capaz de escribir esa implacable sátira que es el *Elogio de la Locura*, en la que desde las más bajas esferas hasta los Monarcas y los Pontífices reciben la marca de fuego por sus vicios y sus demasías; pero lo hace en la forma eficaz de los más grandes satíricos: «Castigat ridendo mores».

Por manida que sea la afirmación, es sólida y perdurable: la Historia es una gran maestra, para quien sabe ver al través de su anecdótico, la prepotencia de los vencedores, la amargura de los vencidos, la falacia de los turiferarios y captar la verdad recóndita y aleccionadora.

Nada perturba y desvía más el concepto integral que el médico debe tener de su Ciencia, que es a la vez Arte, como el desconocimiento de las grandes etapas, de las grandes doctrinas y de los grandes hombres que han construido la Historia de la Medicina.

Esa ignorancia explica lo mismo los conservatismos que las novelerías, las retracciones como los embalamientos; es esa ignorancia la que nos hace juzgar original y presente lo que fué verdad en tiempos pasados; es también esa ignorancia que nos acecha maliciosamente cada vez que creemos haber descubierto o inventado algo nuevo y personal.

Hecho lógicamente humano, la idea que cada generación se hace de que, si no la Ciencia, la verdad científica empieza con ella, es también el fruto de las fallas del conocimiento médico-histórico.

Por eso y por lo que significa de seísmico, en un equilibrio científico secular, por los aspectos precursores de su doctrina y por los oprobios y villanías de que fué objeto durante una buena parte de su vida y aún después de su muerte, es que he elegido la extraordinaria figura de Paracelso.

Es posible que algunos ignoren que bajo los nombres, grotescos para nuestros oídos actuales, de Felipe, Aureliano, Teofrasto, Bombasto de Hohenheim, se oculta el muy conocido por todos de Paracelso.

Al darle esos nombres, su padre fué observador y profeta: Aureliano, por sus rubios cabellos; Teofrasto, «divino hablador», y así

lo fué toda su vida, debiendo no poco de su prestigio a la magia de su palabra.

Más dudas sugiere el nombre de Paracelso, ¿significa «al lado» o «contra Celso» o bien «hacia los cielos», «hacia la cumbre»? Fué extraordinaria, en eso, la premonición de su padre.

Es posible que conocida en su mediocridad la pequeña nobleza germana de la época, el primer ennoblecido de la estirpe y su castillo Hohenheim, «casa de la altura», fuera parecido al Barón de Thunder-Ten-Tronck y su morada, descritos risueñamente en tres líneas por Voltaire en su inmortal novela «*Candide*».

Por lo que parece, el padre de Paracelso, que fué un profesional distinguido, no daba gran valor a sus cuarteles heráldicos, pues era médico y químico de las minas de los Fugger, ricos propietarios de las cercanías de Zurich.

Nació Teofrasto el 10 de Noviembre de 1493, en Etzel, cerca de Einsiedeln, en donde su madre había sido directora del Hospital de los Peregrinos.

El nacimiento de Paracelso es el punto de partida de un enigma singular que explicaría, si no la misoginia, por lo menos la soltería recalcitrante y a la vez el culto ideal por la mujer, encarnada en la Madre del Redentor, que él parece siempre haber asimilado a esa madre misteriosa, muerta al darle a luz, de la que siempre oyó hablar con sigilosa reserva, como si su propio padre se hubiera sentido culpable de su desaparición, por haber contribuido a ella en su acción de varón.

Abismo psico-analítico al que apenas me asomo y que el futuro tal vez aclare, para mejor comprensión de la personalidad de Paracelso.

Su padre corrigió lo que su infancia tuvo de deficiente haciéndole vivir al aire libre y llevándole como compañero y discípulo en todas sus correrías y más tarde haciéndole su colaborador en sus investigaciones químicas. Apenas tenía Paracelso nueve años cuando su padre se marchó, como médico municipal, a la pequeña ciudad de Villach, en la que abundaban los yacimientos de cobre.

Muy rápidamente el adolescente se empapó de la enseñanza objetiva y realista de su padre; su contacto constante con la Naturaleza, la relación próxima entre el sentido de la Vida, que sentía bullir en su derredor, y la posesión del saber, pronto le inmunizaron contra la lacción, que más tarde tendría que soportar, de la enseñanza libresca y dialéctica a la que habría de someterse forzosamente, pero de la que extrajo inteligentemente la erudición extraordinaria que le permitió luego arremeter victoriosamente contra diez siglos de galenismo.

Al mismo tiempo que ayudaba a su padre en las faenas del laboratorio, se entregaba a la lectura de las obras de los alquimistas y contemporáneamente se instruía en la técnica, sin teorías, de todas las operaciones relacionadas con la minería.

Su espíritu estaba preparado para resistir a la presión asfixiante de la enseñanza doctrinaria y verbalista de sus futuros maestros; no

ha sido posible afirmar, hasta ahora, donde estudió Medicina. aunque se sabe, por documentos existentes en Basilea, que poseía un título de doctor en Medicina de la Universidad de Ferrara.

Al hacer una comparación entre la instrucción libresca con sus sentencias invariables y la de la Naturaleza, la Creación, en la que él veía, en su aspiración cristiana, la más magnífica demostración de la existencia de la Divinidad, jamás vaciló; sintió al mundo físico tan fecundo, tan armonioso, tan incorporado a su concepto de un Creador omnipotente y sabio, que esta convicción fué su espada y su escudo; por ella luchó y con ella se defendió. En la imposible desintegración del Hombre y del Universo encontró, en los peores momentos de su accidentada vida, el consuelo y la energía, la resignación y el coraje para no declararse jamás vencido.

Sin embargo, no debe creerse que su culto por la Naturaleza le deslumbrase; el tiempo que pasó en las Escuelas lo dedicó a empararse de sus adversarios futuros y las referencias que hace, en sus escritos, de las obras de Hipócrates, de Galeno, de Celsio y de sus sucesores demuestran hasta qué punto estaba armado para demoler lo vetusto y construir una nueva doctrina.

Hacia 1519, Teofrasto trabajó cerca de Insbruck en una mina de plata, también propiedad de los Fugger, aumentando considerablemente sus conocimientos y, lo que es singular en un hombre de su clase y de su tiempo, poniéndose en contacto con obreros de toda industria, cuya sociedad no desdeñaba, pues que era para él inagotable fuente de enseñanzas obtenidas en la labor práctica de aquellos hombres.

De la Alquimia, de esa vilipendiada Alquimia, de la que en años juveniles todos nos hemos burlado por su insistencia en buscar la transmutación de los metales —que hoy obtenemos por bombardeo electrónico... y ya no nos burlamos— extrajo toda la médula de sus métodos, al parecer infecundos, aunque no tanto si se piensa en Brandt, buscando oro en la orina, donó a la Química el descubrimiento del fósforo.

Ya por aquellos tiempos Paracelso empezó a vagabundear; en 1517 visitó Viena, Colonia, París, Montpellier, Padua, Ferrara, Bolognia, Granada; en los años siguientes Lisboa, Oxford, Holanda, en cuyo ejército se enroló como médico; Copenhague, Estocolmo, Brandeburgo, Bohemia, Moravia, Polonia y Lituania. Su estadía en la mina de los Fugger fué breve; entre los años 1519 a 1526 viajó por Transilvania, Valaquia, pasó por Fiume, Rodas; se supone que llegó hasta Constantinopla y Moscú. Volvió luego a Italia por Nápoles, Salerno, la gran Universidad, Venecia, en donde actuó como médico militar; Estrasburgo y Baden. En todas partes estuvo en contacto con los investigadores y los filósofos; para él si la Naturaleza siempre le acogía como hijo dilecto, el espectáculo de la Historia, de un pasado reciente y de un presente tumultoso, no le fué menos interesante. Seguramente de ese comercio con los hombres, de la lección de los hechos, de la observación de los ambientes extrajo la docu-

mentación mental para sus célebres *Profecías*, que en el porvenir habían de darle tan gran notoriedad.

En esos viajes entró también en contacto con elementos judíos y árabes, escapados penosamente a las persecuciones religiosas y por su intermedio conoció y se empapó de las enseñanzas de la «Kabbala» israelita y de las obras de los grandes maestros árabes: Rhazes, Avicena, Abulcasis, el gran cirujano cordobés, Averrhoes, sin olvidar al gran mallorquín Raimundo Lullio. «Entretanto —dice uno de sus «biógrafos— Paracelso buscaba la verdad en el amplio Mundo, en «la Naturaleza, en las fuerzas y en los minerales, en las plantas y la «atmósfera; he aquí por qué desdeñaba las rutas conocidas, por los «senderos ignotos. No hizo sino resbalar por las Universidades, los «centros de la prosperidad y del fausto; en una palabra, por todo «lo que la regla y la forma habían desvirtuado. Ante todo exhumaba los secretos del pueblo, sondando la miseria cruel, estudiando «las supersticiones de antaño, las costumbres raras o desaparecidas, «los recursos de tiempos pasados, interesándose en las cosas pros- «criptas o repugnantes, como el populacho, las brujas y hasta los «verdugos. Exploraba todas las regiones y todas las capas del pueblo «en las que el sufrimiento era más violento y más primitivo y en las «que se manifestaban, todavía libremente, desdeñados por las luces «y la suficiencia de los letrados cultivados y virtuosos, un saber «instintivo y una visión divinadora de las relaciones estrechas entre «los tres reinos de la Naturaleza».

¿Cómo no iba a chocar un hombre así formado, dueño de una voluntad de hierro y de un concepto despectivo de la Escolástica, con sus colegas apegados a las polvorientas bibliotecas y a la indiscutida opinión de los clásicos? ¿Cómo habían de perdonarle que en su prefacio del *Paragranum*, uno de sus libros de polémica, les dijera en su estilo agrio: «¿Quién pondrá rojo en los finos labios «de sus mujeres y sonará sus naricitas puntiagudas? El Diablo, con «el pañuelo del hambre y de la miseria».

Tal sentido tenía de su grandeza que no titubeaba en escribir: «Seguidme Avicena, Galeno, Rhazes, seguidme todos, los de París, «los de Montpellier, de Colonia, de Italia, de Dalmacia; no soy yo «que debo seguiros, seguidme Arabes e Israelitas: de todos vosotros «ninguno sobrevivirá, ni en el más apartado rincón de la Tierra. Yo «seré el monarca y mía será la Monarquía que reunirá todos vuestros «países».

Magnífica invectiva, orgullosa afirmación que —sin embargo— contiene la Vedad perdurable de la comunión internacionalista de la Medicina moderna, de la que tuvo una profética visión.

Acogido siempre con entusiasmo doquiera que se presentaba, rodeado por los jóvenes inquietos y turbulentos, pronto sus protectores se sentían molestos por las audacias de su protegido; no todos sus alumnos eran de primera agua y más de uno —no han cambiado los tiempos— lo renegaba porque al terminar una magnífica lección no les dictara... una receta.

Mucho contribuía a encolerizarle la ingratitud de sus clientes, tal el canónigo Lichtenfels que ofreció cien florines a quien le aliviara su insomnio y sus dolores, contra los que habían luchado infructuosamente los médicos de Zurich y a quien muy rápidamente Paracelso curó. Cuando reclamó sus honorarios, el canónigo le ofreció seis florines, porque decía: unas gotas de su remedio no valen más de esa suma.

Igual conducta siguió un cierto Margrave de Baden a quien había curado de una grave enfermedad intestinal; éste fué más cínico y desvergonzado; le negó lisa y llanamente sus honorarios, con el aplauso unánime de los otros médicos de la ciudad.

Entretanto Paracelso continuaba sus andanzas. Ya en Venecia había sido cirujano militar y allí aprendió a tratar las heridas y más que todo, los heridos, observando con agudeza la «Natura medicatrix» tantas veces contrariada por las absurdas técnicas traumatológicas de la época.

No en vano había gastado su salud y su vida en viajes, luchas y privaciones; en Abril de 1541, cordialmente acogido por el príncipe arzobispo Ernesto, llegó a Salzburgo; ésta debía ser su última etapa.

¿Fué su muerte natural o los malvados que amargaron su vida urdieron su muerte con un atentado? El examen de su cráneo, hecho varias veces desde 1878, demuestra una lesión traumática occipital.

Sea lo que fuere, expiró el 24 de Setiembre de 1541, disponiendo ser enterrado en el cementerio de los pobres; suprema lección de humildad en un momento que podía esperar las más suntuosas exequias dispuestas por su protector.

No tenía aún 48 años.

No tengo derecho a imponer a mis lectores el fruto de las largas horas que he dedicado desde hace más de diez años a la singular y augusta figura de Paracelso. Este ensayo tiende a dibujar a grandes rasgos el personaje y su obra, a despertar la curiosidad por un hombre que es para muchos casi legendario.

Pero quiero dedicar algún tiempo a abocetar algunos aspectos de la vida y de la acción de Paracelso.

Paracelso fué un creyente, un sincero y profundo cristiano, simple, sin recámaras ni sutilezas teológicas, tal como debieron ser los primeros que, en las catacumbas, desafiaban las iras de los emperadores romanos. Ya hemos dicho de su concepto de la Naturaleza y de la Medicina. Tuvo de ésta la intuición de su grandeza futura y a la vez predicó la más pura ética profesional.

«Nunca —dice— hay que poner la Medicina al servicio del orgullo personal, entendiendo por orgullo el abuso de todas las pasiones. Desde que el Médico piensa en enriquecerse de otra manera que por la pureza de su corazón, va por mal camino. El médico no es el que hace medicina por su cuenta sino para servir al prójimo.»

Su naturismo es sincero y veraz. «La Naturaleza es la que cura

« al enfermo, porque la enfermedad es un producto de la Naturaleza y no del médico; así como el remedio proviene de la Naturaleza y no del médico, éste debe instruirse en ambas fuentes para proceder «útilmente.»

Su obra, consideraba con el criterio científico actual, presenta grandes vacíos y no podía ser de otro modo. Faltábanle los conocimientos de Anatomía, de Fisiología, de Química, de Biología, inexistentes en su tiempo y a ello tuvo que suplir con su genial intuición.

En cierta época de su vida pareció inclinarse al ocultismo y sus lejanas relaciones con observadores judíos y árabes, su profundo conocimiento de las obras de los alquimistas y de los astrólogos explican en parte esta tendencia; en parte solamente, porque tal vez lo indujera a velar su pensamiento y a rodearse de cierto misterio la indigna conducta de muchos de sus discípulos que aprovecharon de sus enseñanzas para hacer obra de codicia y de charlatanería.

De cualquier manera asombra la magnitud de su obra, escrita casi toda ella durante sus peregrinaciones y a pesar de sus tribulaciones; y no poco volumen de ella corresponde a la necesidad de polemizar con sus adversarios, en lo que no iba de mano muerta.

De ciertos puntos de vista la obra de Paracelso parece ser más premedieval que renacentista; en efecto, su concepto de la Medicina se resiente del neoplatonismo alejandrino. No admite la escisión del Macrocosmo y del Microcosmo. Si analizamos la marcha de la Medicina desde el siglo XVI hasta nuestros días veremos que su concepto es opuesto.

De Vesalio y Harvey hasta Laennec y Virchow, de Boerhave a Broussais, y de Sydenham a Claudio Bernard y Pasteur, la Medicina ha sido y es aún para sus máximas figuras actuales, fundamentalmente microcómica. Duras críticas se han erguido contra mí, por sostener desde más de veinte años, el neo-hipocratismo; hoy todos nuestros ases nacionales son «neo-hipocráticos».

«Risum teneatis!»

El hombre, sólo el hombre interesa en su admirable y complejo microcosmo; a nuestros semejantes se les ha estudiado como si vivieran y actuaran fuera del complejo cósmico. Apenas sí, en nuestros días, mínimos destellos señalan un retorno a las viejas concepciones. La Cosmopatología y la Meteoropatología presentidas por los viejos clínicos, pero ocultadas por sus sucesores como resabios de un pasado anticientífico, asoman tímidamente y he aquí que Paracelso, retardario en el siglo XVI, sería en el siglo XX un precursor.

Es conveniente detenernos un instante en un aspecto singular de su historia. ¿Cómo es posible que un hombre de malas pulgas, en el sentido dístico francés:

Il est un animal très méchant,
quand on l'attaque il se défend?

¿Cómo es posible que un hombre con ese temperamento bata-

llador encontrara acogida cordial y afectuosa de parte de encumbrados personajes, filósofos eminentes, investigadores sagaces?

Un lugar común, tan falso como difundido, hace de la Edad Media exclusivamente una época de oscurantismo, de superstición y de barbarie. Olvídase que en el Alto Medio Evo los monasterios y las abadías concentraron y conservaron la «Summa» de los conocimientos de la antigüedad.

Más tarde, cuando la Iglesia estableció su dominio incontrastado e incontrastable, cuando se instituyó en inexorable defensora, no ya de los Evangelios auténticos, sino de las múltiples y escolásticas interpretaciones a que dieron lugar, la libertad humana no perdió sus derechos. El temor justificado a las sanciones morales y corporales obligó, a quienes no rendían su intelecto a la tiranía clerical, a buscar escape para sus pensamientos y ambiente para sus obras. Muy precozmente, por intermedio de los Arabes y de los Judíos con los que entraron en contacto durante casi dos siglos los Cruzados, dióse el inesperado resultado que, si no se consiguió el exterminio de los musulmanes, en cambio las ideas reinantes en Asia y en el nordeste de Africa se infiltraron en el mundo cristiano. Los estudios neoplatónicos alejandrinos, los misteriosos libros de Hermes Trimejisto, la Kabbala judía minaban la colosal potencia espiritual y temporal de la Iglesia. Pero como era sumamente arriesgada y peligrosa la publicidad de esas ideas, aquéllos que se sentían atraídos por esa comunión ideológica, reuníanse y correspondíanse secretamente, utilizando toda clase de claves criptográficas y de expresiones ininteligibles para los profanos, conocidas solamente por los iniciados y conservadas celosamente. Eso, precisamente, constituye una de las mayores dificultades para la lectura y la interpretación de muchos escritos de Paracelso y a la vez configura el desdén y la burla de los que, considerando solamente su aspecto exterior, lo califican de oscuro, de absurdo y hasta de charlatanesco. Ese orden de cosas dió nacimiento a asociaciones secretas, cuyos miembros se guardaban una consecuencia y una fidelidad absoluta, muy explicable si se piensa que la menor infidencia podía costarles la libertad, encerrados en inmundas mazmorras y hasta la vida, carbonizados en chisporroteantes hogueras. Muchas asociaciones secretas se han descubierto y a cada paso se descubren nuevas, pero entre todas la más conocida es la de los Caballeros de la Rosa Cruz, que adquirió publicidad a principios del siglo XVII; muchos documentos prueban que existían, por lo menos, un par de siglos antes; los Rosa Cruz pugnaban por la libertad del pensamiento y de investigación, por el ejercicio integral del cristianismo primitivo, despojado de todas las deformaciones que catorce siglos de dialéctica le habían venido imprimiendo, por una interpretación monista del Universo, completamente opuesta al concepto dualista del catolicismo imperante. Todo hace pensar que Paracelso, si no perteneció concretamente a esa asociación, se vinculó con muchos de sus miembros, lo que explica a la vez que sus deambulaciones, en una época en que un viaje breve era una aventura, la facilidad de sus desplaza-

mientos y acogida favorable que encontró en todas partes. Escurridizos y sutiles, los Rosa Cruz eran la pesadilla de los monarcas y de los pontífices, como lo fué y lo es hoy la Francmasonería en todos los países gobernados totalitariamente. Todos los déspotas la han temido y la temen, pues saben que en ella se incuban las reacciones libertadoras contra las opresiones liberticidas.

Paracelso en muchos de sus escritos dejó la traza de su contacto espiritual con los Rosa Cruz; hasta su propio sello ostenta la Rosa mística de aquella orden caballeresca y humana.

No debe dudarse que la publicidad de los preceptos fundamentales cristianos de los Rosa Cruz, exteriorizados a cada paso por Paracelso, en sus enseñanzas, debió contribuir a explicar una buena parte de las hostilidades encontradas. Hombre sincero y fundamentalmente honesto tenía que herirle el espectáculo cómico de los médicos de su tiempo y a la vez despertar en éstos incontenible antipatía.

¿Cuánto se ha burlado Paracelso de los médicos engolados y encapuchados, con su manto y su birrete rojos, montados en robustas mulas blancas, con su arnés lleno de borlas y cascabeles, conducidas del cabestro por un palafrenero?

Y a la vez, ¿cómo iban estos empingorotados señores a tratar como a igual a ese sujeto despeinado, con su túnica harapienta y manchada de todas las substancias con las que experimentaba? ¿Cómo podían estrechar sus manos enguantadas de blanco la de ese energúmeno que les ofrecía la suya sucia y requemada por el manejo de escorias y carbones ardientes? Es más, ¿cómo podían transigir con ese hombre que, después de haber manoseado a los Galenos y a los Celso tenía el atrevimiento de curar enfermos que ellos habían infructuosamente tratado? ¿Cómo podían ellos admitir en su docta compañía a quien declaraba, ya entonces, indivisibles la Medicina y la Cirugía?

Paracelso no hacía esta afirmación por simple prurito de oposición; él había sido médico militar en varios ejércitos y su experiencia en toda clase de traumatismos era probablemente tan grande como la que adquirió más tarde Ambrosio Paré, que tuvo a los ojos de los médicos académicos el mismo vicio redhibitorio: No enseñaba en latín.

Paracelso es también un precursor en materia de enfermedades profesionales; su íntimo, su frecuente y prolongado contacto con los obreros de las minas le hizo ver la acción deletérea de los minerales de plomo y de mercurio.

Todo lo que hizo, todo lo que observó, lo realizó con sentimiento de cristiana piedad, con el infinito e incontrastable deseo de contribuir al alivio de sus semejantes, seguro de acercarse así, cada vez más, a las enseñanzas de amor y de caridad, del que era, para Paracelso, su Divino Maestro.

La Medicina de Paracelso se resiente del grave conflicto creado en él por la deprimente influencia de la Medicina escolástica y la abusiva presión de las sotanas doctorales o eclesiásticas.

El principio de la «dualidad» que le infundieron las enseñanzas teológicas y médicas, según las cuales en el Mundo existían dos principios antagónicos, en eterna lucha, el Mal y el Bien, como en la vieja Mitología persa, Ahrimán y Ormuz, y en la que obligatoriamente uno tenía que ser vencido «Ad maiorem, Dei Gloriam», era contrario hasta al aire que se respiraba en los ambientes intelectuales de su época. Pero si ya en otros terrenos la reacción se había hecho sentir, en Medicina aún reinaban imperiosamente un Aristotelismo cerrado y un Galenismo intransigente.

Es singular, cómo un espíritu tan libre y tan anticlerical como el de Paracelso, encuentre precisamente en la dulce y tolerante enseñanza de Jesús la fuente de su inspiración y el origen de su rebeldía a las coyundas autoritarias, cualesquiera fuera su origen.

Resurge con Paracelso el Monismo dialéctico, perdido durante la Edad Media, pero cuyas raíces se encuentran en Egipto, en la filosofía neoplatónica, en la India y hasta en los Druidas galos.

Como con precisión lo dice Allendy: «Toda la Medicina de Paracelso está fundada en la preocupación básica de integrar al Hombre en el Universo, del que el Medio Evo había intentado separarlo. «No quiso considerarlo sino como un ser en la Naturaleza, situado entre los demás y participando con ellos en una vida común... «Quiso que todos los seres estuvieran sumergidos en el alma común «de la Naturaleza, que la Vida evolucionara y se transformara sin «solución de continuidad, del guijarro a Dios».

Es singular y esto incita a creer en las estrechas relaciones que Paracelso mantuvo con variadas escuelas filosóficas y sociedades secretas, la íntima relación existente entre su filosofía monística y la de los teósofos, los budistas, los kabalistas, los alquimistas.

Nos llevaría muy lejos y sería poco ameno ahondar el fondo filosófico de Paracelso, con tanta mayor razón que una gran parte de su obra debe ser revisada e interpretada a la luz de los recientes conocimientos sobre el Ocultismo y otras doctrinas análogas.

A la manera del poeta latino Lucrecio Caro, no admitía la muerte absoluta sino la disociación y el retorno a la Madre común y —grave pecado para su época— situaba al hombre entre los animales. Quienes recuerden la campaña protestante, en los Estados Unidos de América, contra la enseñanza de las doctrinas darwinianas y transformistas, se percatará que aún hay hombres que hubieran condenado a Paracelso. Así se expresa: «Los animales y sus instintos han precedido a los «hombres; también el alma animal del hombre —el instinto, que él «distingue del alma que llama: sideral— deriva de los elementos «animales del Cosmos. El hombre posee, pues, en sí, combinados «en un alma única, todos los elementos animales de la Tierra sino «de Dios. Su función es de hacer ascender hacia el plano divino los «elementos animales que encarna y no lo contrario».

Para Paracelso el «Arqueo» es una fuerza vital que persiste aún después de la muerte corporal, que indica a cada cosa su naturaleza, que rige el crecimiento y la renovación del organismo, la cicatrización

y la renovación del órgano lesionado. Qué cerca está del, élan vital» de Bergson!

¿No perciben ustedes en estas ideas algo del oscuro concepto que nace en nosotros cuando observamos los maravillosos hechos de la Génética, la misteriosa y desconcertante ordenación de las células en el óvulo fecundado y en el embrión, la sistemática regeneración de los tejidos que llega hasta reproducir, en su originaria disposición, después de un traumatismo, las papilas de la yema del dedo?

En realidad, Paracelso con su genial intuición y dentro de las limitaciones que los conocimientos científicos de su época le imponían, entrevió el origen físico-químico del metabolismo.

Pretender burlarse de los nombres que él dió a entidades que presentía más que afirmaba, es olvidar la profusión de neologismos con los que los médicos actuales creen explicar lo que ignoran. Un artículo de Tzanck en la «Presse Médicale», de hace algunos años, estudiando los once significados de la palabra «Anafilaxia», aplicada a cosas distintas de aquella a la que Richet dió ese nombre preciso y exacto, como su definición, es el mejor comentario a los criticones de Paracelso.

Es curiosa y precursora su concepción de las intoxicaciones.

«Debemos», dice, «absorber alimentos; ahora bien, nuestro cuerpo exento de venenos absorbe los que se han unido a los alimentos. Pero para combatir este constante envenenamiento poseemos un poder de neutralización química y de eliminación.»

¿No parece aquí oírse, a tres siglos de distancia, a Bouchard y su teoría de la «autointoxicación», tan aceptada en los últimos veinte años del siglo XIX?

Su concepto unitario de las enfermedades litiásicas, a las que acerca las esclerosis viscerales, es pariente cercano de la «diatesis artrítica» que no podemos definir con exactitud, pero que la observación clínica permite afirmar si no en su esencia, en sus manifestaciones familiares y hereditarias.

El microcosmo humano es para Paracelso un conjunto de órganos y de funciones en estricta relación de homologación y dependencia del Macrocosmo sideral.

¿Cómo no pensar en la grandeza de su genio, cuando lo vemos trescientos años antes que Freud, hablarnos de la importancia de los ensueños y de las consecuencias que su análisis puede ofrecer del punto de vista de la interpretación de los trastornos mentales?

Sin pronunciar la palabra, tiene una concepción precisa de la existencia de los fenómenos metapsíquicos, más fáciles de negar risueñamente que de analizar científicamente.

Paracelso distingue con precisión lo consciente de lo subconsciente; ¿qué importa que a uno le llame alma humana y al otro alma animal, si separa con exactitud lo que cada campo corresponde, cuando estudia las formas variadas de la alienación mental? Su espíritu de observación brilla esplendorosamente cuando nos dice que las vesanias congénitas son incurables. La idea que se forma de la locura

es absolutamente contraria a la manera cruel como se trataba a los locos, que más de una vez murieron en la hoguera, como castigo de sus delirios y de sus interperitaciones.

Dos siglos tenían que pasar antes que Pinel hiciera sacar los grillos y las cadenas a las infelices locas de la Salpêtrière.

Paracelso no conocía la palabra «Opoterapia», pero aplicaba el extracto de bilis de buey y el extracto de bazo a las cirrosis hepáticas y esplénicas y el suero sanguíneo para cohibir las hemorragias.

Cuando años después sus discípulos Crollin y Kircher aconsejaban las ponzoñas contra las heridas emponzoñadas, ciega, pero eficazmente preparaban la vía a la terapéutica antiponzoñosa de Calmette y sus discípulos.

Oponiéndose a la Terapéutica galénica por los «contrarios» y aconsejando la de los «semejantes» ponía los jalones de la Homeopatía, en la que tal vez no todo sea charlatanismo y ridículo, como nos lo ha enseñado la Ciencia médica oficial.

La Transmutación de los metales, provocada por un agente misterioso, arqueo, piedra filosofal, etc., e infructuosamente buscada por los alquimistas, de los que durante los últimos siglos todo el mundo se burló, es hoy un hecho evidente y una vez más se realiza el proverbio: *Rira bien, qui rira le dernier*.

Es evidente, y eso ha contribuido a malograr la obra póstuma de continuidad paracelsiana, que en sus libros y en su enseñanza Teofrasto disimuló muchos de sus geniales descubrimientos, con el manto de una prosa oscura y una jerga ocultista accesible solamente a los iniciados y que hace en la actualidad sumamente difícil su lectura y su interpretación.

Se ha dicho, y con razón, que Paracelso mezcló a sus libros de Medicina un gran caudal de Astrología. No podía ser de otra manera; no es posible a un hombre, por poderoso que su genio sea, substraerse por completo a un complejo dominante y dominador.

¿Amenguase la admiración que sentimos por Pasteur sabiendo que iba a misa? Pero aún en esto las ideas astrológicas de Paracelso son personales: la Astrología no es para él la acción de los astros expresada en estrechas e inmutables fórmulas, como las que hoy emplean las cartománticas y las adivinas.

En él se percibe —lo que no podía probar vista la escasez aún actual de documentos— más que una acción mágica e incomprensible, un vislumbre de la acción cósmica sobre el organismo humano y por ende sobre su destino y sus vicisitudes.

Forman parte de su Astrología sus «Predicciones» sociales y políticas; reiteradas veces señala los peligros que corren la Iglesia y las Monarquías. Tal vez su sagacidad pudo más que sus cálculos sobre las conjunciones planetarias y astrales y el espectáculo que el mundo le ofrecía, el vigor crecient de la Reforma religiosa, desencadenada por su amigo Lutero, la difusión de la imprenta como vehículo del pensamiento, el progresivo auge de una burguesía esclarecida y económicamente poderosa tenían que hacerle presentir

las conmociones populares que un siglo después decapitarían a Carlos I de Inglaterra y al fin del otro siglo al eunucoide Luis XVI.

Decíamos que el volumen de su obra escrita se explica por su capacidad de trabajo: sus libros, editados en conjunto una primera vez en 1589 - 91 y finalmente por Bernardo Ascher, en 1926 - 32, comprenden tal suma de asuntos que no es posible hacer una completa enumeración, que sería además larga y aburrida.

En sus dos «Paramirum» estudia el origen y las causas de las enfermedades, en sus dos «Paragranum» los elementos del Arte de curar, entre los que cita la Filosofía, la Astronomía, la Alquimia y, lo que no es de desdeñar..., la honestidad del médico. En sus «Defensiones» expone los alegatos en favor de sus doctrinas: dedica numerosos volúmenes al estudio particular de infinidad de síndromes; en tres libros se ocupa de las enfermedades que aquejan a los mineros, en cuyas descripciones es fácil descubrir la tuberculosis, las intoxicaciones arsenical, mercurial, cúprica, gaseosa; allí propone la terapéutica y, lo que es más interesante, su profilaxis. Comenta en muchos otros, las doctrinas médicas aceptadas en su tiempo, a las que refuta con energía rayana en la violencia; estudia las aguas termales y los meteoros, el Ocultismo, la Magia y, finalmente, hace sus «Profecías», muchas de las cuales fueron publicadas después de su muerte y en parte realizadas en los siglos siguientes.

Una personalidad tan extraordinaria, tan recia, tan original, no podía dejar verdaderos discípulos; su doctrina, sintética y coherente mientras él la expuso y la defendió, se desmenuzó con el tiempo y cada cual hizo suya la parte que más convenía a la propia.

Pero quedaron ciertos principios que él expuso y defendió mientras tuvo un instante de aliento.

«Las Ciencias —dice— no están encerradas en una patria, sino «distribuidas por el Mundo entero; no se encuentran ni en un hombre único, ni en único sitio; hay que recogerlas en todas partes e «ir a buscarlas doquiera que estén.»

Los medios de que se sirve Paracelso para captar el mundo viviente son, para su época, originales, aunque puede encontrarse su traza en su gran precursor Rogelio Bacon. Corresponde a Paracelso haberles dado existencia y jerarquía.

Gundolph, que ha estudiado su vida en un libro lleno de documentación inédita, dice: «Búsqueda, investigación, experimentación, «triade incommovible en la que se funda la Ciencia moderna y no «lecturas ni abstracciones de quintaesencia fueron las bases de su «obra».

En sus obras hay un concepto vago pero evidente de una teoría energética de la Materia. Su concepto de la enfermedad como perturbación de las funciones naturales, es un regreso al hipocratismo naturista y como tal debe ser saludado por nosotros como una nueva fuente de Juvencia para la Medicina actual. Exponente de su libertad de espíritu y de su potencia de observación es que se atrevió en época de peligrosidad a denunciar la superstición contenida en el

concepto del Diablo. Pero era demasiado inteligente para enrolarse en algunas de las facciones que se disputaban el dominio de las conciencias. Aunque muy amigo de Lutero, criticó sus demasías, como otrora había fustigado los desórdenes de los monjes, de las religiosas y de los sacerdotes.

Se contentó con ser un cristiano integral, pleno de moral liberal y humana. Su concepto de ésta no puede ser más actual: «Que sentido —dice— tiene estas interdicciones sobre las costumbres, la castidad, la continencia. Estas interdicciones varían con el tiempo y la época; luego son eliminadas y reemplazadas por otras».

Como se ve, Havelock Ellis, recientemente desaparecido, tiene un ilustre precursor; ¿llegaremos a pensar, con uno de sus biógrafos, que por su lucha contra las armas y el oro es también un precursor de Carlos Marx?

La lección que nos han dado sus adeptos y sus discípulos hace que, por respecto a Paracelso, no le busquemos sucesores en el bolcheviquismo leninista.

La gloria de Paracelso es harto magnífica para que retorzamos la dialéctica con el propósito de atribuirle más de lo que dió.

Castiglioni en su «Storia della Medicina» le juzga así: «Spirito irrequietissimo, critico acuto, Paracelso é un romantico che nel suo sentimento rivoluzionario esagera nell'abbattere tutte le tradizioni. Insofferente ad ogni autorità, non trova freno alla sua critica distruttrice e non si arresta nemmeno dinanzi a quello che gli antichi avevano lasciato di veramente buono e degno di studio».

Este juicio apasionado, pero que se justifica en un italiano, para quien la antigüedad es un tabernáculo inviolable, peca de injusto e indocumentado; Paracelso sólo atacó a los compiladores y a sus secuaces que por pereza intelectual se conformaron con repetir durante diez siglos, sin ningún espíritu crítico, afirmaciones muchas veces desnaturalizadas por los copistas.

No haré, seguramente, de Paracelso un ejemplo de templanza ni de mesura; hay historiador que dice que su muerte fué el resultado de una riña de taberna; pero ese biógrafo olvida que fué esa vida junto al pueblo, a sus miserias, a sus vicios, a sus bajezas, y a sus dolores, lo que le proporcionó no sólo un acervo extraordinario de conocimientos, sino también una cristiana, una evangélica comprensión de su mísera condición de seres humanos y un ferviente deseo de contribuir a modificarlo en el sentido de la superación.

¿Acaso para remover una mole inmensa de prejuicios y de ignorancia no le fué necesario ser excesivo? Hace algún tiempo, leyendo algunas páginas de un eminente pensador español, cuyo nombre quiero olvidar, para no recordar su traición ideológica postrera, encontré estas frases con las que quería señalar la ruta y la táctica a la generación que luchó por redimir a España, después de las derrotas de 1898. Refiriéndose a lo que él llama: el rescate del sepulcro de Don Quijote, o sea la reconquista del idealismo hispánico decía: «Verás como así que el sagrado escuadrón se ponga en marcha, apa-

«recerá en el cielo una estrella nueva, visible sólo para los cruzados, una estrella refulgente y sonora que cantará un canto nuevo en esta larga noche que nos envuelve, y la estrella se pondrá en marcha en cuanto se ponga en marcha el escuadrón de los cruzados. Y cuando hayan vencido en su cruzada, o cuando hayan sucumbido todos —que es acaso la única manera de vencer de veras— la estrella caerá del cielo y en el sitio que caiga allí estará el sepulcro de Don Quijote. Poneos en marcha. ¿Que dónde vais? La estrella os lo dirá: Al sepulcro. ¿Qué vamos a hacer en el camino mientras marchamos? ¿Qué? Luchar. ¿Y cómo? ¿Tropezáis con uno que miente? Gritadle a la cara: Mentira y adelante. ¿Tropezáis con uno que roba? Gritadle: Ladrón y adelante. ¿Tropezáis con uno que dice tonterías y a quien oye la muchedumbre con la boca abierta? Gritadle: Estúpido y adelante. ¡Adelante siempre!»

Así pensó Paracelso.

Figura excelsa de una humanidad superior, ni siquiera le faltó el calvario de su vida para que no le reconozcamos como el Redentor de la Medicina moderna.

Paracelso, por su vida, por su obra, por los constantes martirios que su heroica personalidad le hizo recorrer y a cuyo lado los que Jesús sufrió en el Pretorio fueron juegos de niños, condiciona el tipo del revolucionario constructor. Como Cristo, llevó su corona de espinas y como a él, despectivamente, se le quiso ofrecer el cetro de caña. Así debió ser para que la posteridad, la lejana posteridad, que tardó tres siglos en iniciar su conocimiento desapasionado, le diera su admiración; porque si Paracelso fué un persistente rebelde, lo fué contra la falsa Ciencia, contra los repetidores de libros, contra los que apoyan la soberbia de su ignorancia en la mole de las posiciones universitarias y sociales. Esa lucha que Paracelso sostuvo contra los falsos sabios no ha terminado aún; todavía perduran esos sorbonistas a quienes con tanto gracejo como cruel sátira, señaló Rabelais a la burla de sus contemporáneos. Todavía existen quienes creen que su ciencia es permanente y definitiva; todavía hay tipos inferiores que ven con ira —que en el fondo es espanto— a sus discípulos discrepar con ellos —y lo que es mayor pecado— pensar personal y originalmente.

Sobre ellos caerá también un día la sátira, el sarcasmo y la condenación; para un Semmelweiss ascendido a la gloria, yacerán muchos Klein hundidos en las «bolgias» dantescas del noveno círculo.

Admiremos, pues, como lo hago yo a Paracelso: es el primero de los grandes médicos de la Era Moderna. Precursor de Harvey, de Jenner, de Laennec, de Morgagni, de Claudio Bernard, de Pasteur, tuvo sobre ellos la supremacía que le dan sus esfuerzos para desprenderse de los métodos dialécticos de la Escolástica medioeval y para adaptar a su vivaz inteligencia un idioma casi bárbaro, impudido e inapropiado para expresar la sutileza de un pensar científico multiforme y audaz.

Pero no os engañemos sobre el significado de mis palabras: ser

rebelde, ser revolucionario no es sinónimo de ser estérilmente subversivo.

Para ser revolucionario, si es menester destruir algo, es mucho más importante ofrecer la fórmula de la reconstrucción; cuando así no es, la obra resulta perecedera e infecunda.

Lo que hace inmortal la figura de Paracelso es que antes de demoler conoció a fondo lo que era necesario y susceptible de demolición. No improvisó jamás; jamás perdió contacto con la Realidad viva, maestra inagotable de enseñanzas.

Por eso vive y vivirá mientras haya hombres accesibles al sentimiento de admiración y de gratitud.

El momento es propicio para hacer amar a Paracelso, más conocido por su apodo que por su vida y su obra.

En este confuso período actual de vacilaciones y de desorientación, también la medicina está en crisis, como lo está la Humanidad entera. En su enorme labor de investigación la medicina ha perdido mucho de su espíritu de Síntesis que constituyó la gloria de pasadas etapas.

El siglo XIX conoció los hombres capaces de tal tarea; los investigadores son hoy innumerables, la bibliografía desborda el poder de lectura. Pero la especialización, a pesar de sus indudables beneficios, ha estrechado el campo de visión.

Cada cual no ve en su obra sino un aspecto parcial y por lo tanto incompleto.

Apenas si algunos médicos de excepción empiezan a contemplar al Hombre en relación con su medio cósmico, con sus relaciones sociales, con su futuro biológicamente incierto, agobiado por las circunstancias de la catástrofe mundial.

Con graves problemas de todo orden tendrá que enfrentarse el médico en un futuro próximo.

Al concepto de una procreación irresponsable e imprevisora, tiene que oponerse el de un concepto de responsabilidad individual y colectiva, que sirva para modificar la inclinación bestialmente instintiva que le lleva a continuarse en el tiempo, sin previsión ni sensatez.

Pueblos y gobiernos, estadistas y médicos deben encarar una «Política de la Estirpe», tan importante como la Política económica, la Política internacional y la Política Social. Hasta ahora se la ha dejado de lado o se la ha encarado parcial, tímida y a veces demagógicamente, olvidando que en la raíz de una Regulación procreacional sabiamente equilibrada está el porvenir de las Razas humanas.

Cuano se les dió a sus componentes la designación de: «Homo sapiens», se olvidó la complejidad de la Sabiduría.

A menudo se le ha confundido con la Ciencia, y más a menudo aún, a ésta con la Cultura.

Muchos médicos han desdenado esta última y han volcado todo su saber, toda su voluntad, todo su tesón para cultivar la técnica, sin

recordar que lo que hizo la gloria de los grandes médicos fué su vasto acerbo de Humanismo.

El, únicamente él, puede hacer accesible a todos los hombres inteligentes y cultos la solución sabia, previsor y profundamente solidaria con los destinos del hombre futuro.

Por haber sido Paracelso un gran Humanista es que le he dedicado mi perdurable veneración.

Y porque siempre se le vió, en los más duros trances de su azarosa vida, indisolublemente unido a la existencia dolorosa de sus más miserables hermanos, es que le debemos todos el homenaje de nuestro respeto y de nuestra admiración.

AUGUSTO TURENNE

SONÉ QUE ERA JURADO DE ARTE ⁽¹⁾

«Cuando la obra queda, queda el pasado y no es más el pasado.» — *Lippmann*.

I

Los habitantes de Efeso encargaron cierta vez a cinco escultores otras tantas estatuas de las Amazonas destinadas al templo de Diana considerado una de las siete maravillas del mundo. La Escultura y la Pintura figuraban como las primeras artes liberales en la Grecia Antigua. Los hijos de los ciudadanos libres debían aprender, ante todo, la ciencia del dibujo. Seguían en eso el ejemplo de Sicione donde concedían tal valor a las obras plásticas bien realizadas, que la ciudad pagó con ellas su rescate después de una derrota militar. Es decir que los helenos todos poseían conocimientos para apreciar los trabajos de ese género. No obstante, cuando los efesios se hallaron delante de las cinco estatuas, fingieron sentirse incapaces para establecer entre ellas una escala de méritos y deseosos de que los propios autores la fijaran. Cada concursante asignó a la suya el primer puesto, pero todos ellos dieron el segundo a Policleto. En el acto los efesios le proclamaron vencedor.

Ningún jurado de concurso — pese a que la institución de esas pruebas es conocida desde los tiempos más remotos — ha logrado todavía dejar satisfechos a todos los competidores. Con mayor o menor fineza se les ha venido maltratando de palabra, por escrito, en prosa, en verso. Hasta en pintura. Decamps representó uno de esos tribunales, de arte, bajo la forma de un areópago de monos. El cuadro conoció un éxito enorme y fué uno de los que se vendieron

(1) CARLOS LERMITTE nació en Montevideo en 1896. Estudiante, autodidacta, atleta, corredor de automóviles, buscador de minas, hombre de cine, conferencista, cónsul del Uruguay, ha vivido largos años en el extranjero y habitado en numerosos países de Europa. Su vocación de escritor se despertó desde antes de su ingreso a la Universidad de Montevideo, donde cursó estudios generales de bachillerato. Recién ha empezado a editar sus obras. Es autor de «Mentira o Verdad», comedia dramática (1935); «La Profecía», novela cinematográfica (1938); «La Edad Heroica», argumento cinematográfico, adaptación de «The Purple Land» de W. H. Hudson (1939); «Aboating in Uruguay» (a editarse en Estados Unidos, en inglés), (1940); «Itinerario de un gran viaje por la vida» (la vida de Elzear S. Giuffra), (1941). Sus cuentos y relatos, poemas libres, estudios y crítica de arte, artículos aparecidos en diarios del país y del extranjero, conferencias y discursos, hablan de una gran dosis de labor literaria sostenida a través de sus otras actividades y de sus trabajos científicos de años recientes como Encargado de la Dirección de la Sección de Investigaciones Geográficas del Instituto de Estudios Superiores. Tiene varios trabajos e investigaciones geográficas en preparación y acaba de terminar una novela,

a más alto precio entre las obras de ese pintor que tuvo infinidad de aciertos menos discutibles.

Un pintor norteamericano, amigo mío, me presentó una risueña mañana, en una pequeña ciudad de Provenza, a un solemne señor condecorado que daba la impresión de padecer el mal dormir.

«Monsieur Fulano, jurado de Bellas Artes, a sus órdenes» — dijo ceremoniosamente el desconocido al extenderme la mano.

«Sí — comentó en el acto el compatriota de Mark Twain. — Tenga cuidado. Es de los que han jurado vengarse del Arte.»

Aristóteles nos refiere que Apeles declaraba preferirles los caballos. No creo que su biógrafo haya retenido esa opinión por lo espiritual. Sin embargo los jueces de los concursos de la antigüedad recibían una educación especial. Es muy verosímil que la completaban con entrenamiento en el arte de la defensa propia.

Lo que asombra es que aún existan personas sensatas, y por ende pacíficas, que se complazcan en integrar jurados, de arte, por ejemplo, una vez y las siguientes.

Esto solamente puede explicarse, en parte, por la inocente ilusión de que nos hacemos víctimas cuando nos imaginamos vagamente que al ser llamados a juzgar el mérito de una obra ajena, sobre todo si ella pertenece a las de nuestra especialidad, se nos otorga un tácito reconocimiento momentáneo de superioridad sobre el autor. Olvidamos con excesiva facilidad en esos casos, que por grandes que sean nuestros valores personales en la materia de que se trata, la obra que hemos de aprobar o rechazar, o simplemente criticar, no la concebimos ni ejecutamos nosotros, y que esa concepción y realización, más o menos elogiabile o deleznable a nuestro criterio, a quien otorga superioridad circunstancial es al que la ha creado, por constituir «un hecho».

Constituye asimismo una fruición incomparable la de comprender que siquiera sea durante unos instantes, o unos días, a veces más, tenemos en nuestras manos los extremos exquisitos del sistema nervioso de un rival habitual, o simplemente de un particular que, en la vida diaria, no dá muestras de particular atención hacia nosotros. El experimentar probablemente otro tanto en nuestro lugar. Cuando se trata de un amigo, pensamos en el gran bien que podemos otorgarle y nos sentimos buenos por un rato.

Las ingratas derivaciones de los concursos de Bellas Artes, ingratas por igual para los jurados y los concursantes, derivan en primer término de que los jurados no son jueces encargados de aplicar leyes definidas y conocidas por todo el mundo.

En nuestro país, vehemente y dado a adoptar posiciones extremas y precipitadas en cualquier asunto, los fallos emitidos dejan a los concursantes, lógica o insensatamente descontentos, frente a frente con los jurados, sin que sea posible ni a unos ni a otros el apelar a árbitros de confianza y competencia. Semejante confrontación sin esperanza exacerba los ánimos. Las polémicas se multiplican, se desvían hacia los personalismos, levantan estandartes con reivindicacio-

nes desproporcionadas cuando no fuera de lugar. Cada nuevo concurso no hace sino remozar los enconos dejados por los pasados y comprometen un poco más los futuros.

La crítica nacional de Arte carece de autoridad reconocida y de tribuna estable, consagrada. La extranjera está muy lejos y tiene demasiado que hacer con sus propios debates. El público — cuyos pronunciamientos podrían ejercer una influencia beneficiosa en todo sentido y en cualquier caso — no está en condiciones de cultura general, y artística en particular, como para opinar por sí mismo ni siquiera a título de generalizaciones más o menos intuitivas. Dentro de las salas de exposición, casi todos los iniciados se limitan a desfilar repitiendo lo que les dictan sus guías ocasionales, miembros de uno u otro de los bandos en constante oposición.

He conversado a menudo con personas criteriosas que están convencidas de que existiría conveniencia en suministrar a las gentes no iletradas de nuestro país, tan inteligentes por naturaleza, sencillas y desapasionadas consideraciones que pudieran servirles de base para ensayar el pensar por sí mismas acerca de esos problemas.

Las ideas que yo poseo al respecto son, en el fondo, las de todos cuantos reflexionan sobre la imperiosa necesidad de desarrollar humanismos entre nosotros. Ya que se me presenta una oportunidad para hacerlas llegar al público, voy a ensayar el formularlas por escrito.

Comenzaré por recordar algunos principios — ajenos en gran parte y carentes de verdadera novedad pero que permanecen indiscutidos y demasiado poco divulgados — que se me antojan capaces de servir a quienes no han nacido artistas ni han frecuentado talleres de artistas ni libros sobre estética y Bellas Artes, de reglas elementales para apreciar cuando se encuentran ante una obra de arte plástico o literario, o aún cinematográfico, (resulta una redundancia decir «una verdadera obra de arte»), y cual es, a juicio sumario, su mérito relativo.

II

No se tema que, ande yo pensando en escribir un «manual para llegar a ser crítico de arte en diez lecciones». Una obra en cien tomos no haría adelantar más al profano, ni aún a muchos artistas por oficio pero no por naturaleza. Unas pocas definiciones que hayan hecho ya sus pruebas de supervivencia pueden, en cambio, iniciar con éxito a los que, sin sospecharlo muchas veces, llevan en sí ciertas facultades de apreciación indispensables.

Es posible dar tantas definiciones como se quiera de lo que ha de entenderse por obras de Arte. Todas ellas tendrán una forma diferente y un fondo común, lo que se refiere a la esencia de esas creaciones. Nadie hasta ahora ha expresado más clara y concisamente que Taine en su Filosofía del Arte, esa parte fundamental. Es pro-

bable que su enunciación nunca será superada. En todo caso, resulta preciosa cuando se la ha asimilado. Héla aquí resumida:

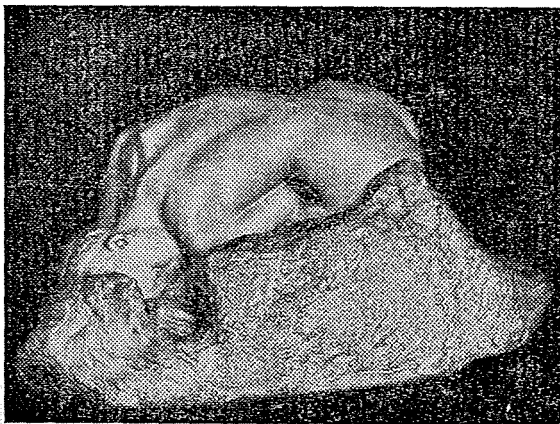
«El Arte tiene por objeto poner de manifiesto, más nítida y completamente que lo que lo hacen los objetos reales, el carácter capital, alguna cualidad sobresaliente y notable, un punto de vista importante, una manera de ser principal de ellos.

«En la naturaleza el carácter no es más que predominante. En arte, se trata de hacerlo dominador.

«Así pues, lo propio de la obra de arte es revelar el carácter esencial, o, por lo menos, una característica importante de un objeto (persona, cosa, paisaje o escena) volviéndolo tan dominador, tan visible cuanto sea posible. Para lograrlo, el artista entresaca los rasgos que le disimulan en la realidad, escoje los que le ponen de manifiesto y los destaca modificando para ello las relaciones entre

las partes originales, corrije aquellos en los cuales está alterado, rehace los que parecen faltar».

En presencia de los objetos el artista experimenta una sensación particular: descubre su carácter esencial. Penetra en su interior y parece más perspicaz que los demás hombres. Vidente hasta cierto punto, da la impresión de entrar fácilmente en con-



Danaïda (Rodin)

tacto con el espíritu de todas las cosas y con sus espíritus particulares. Es una facultad especial. No es posible adquirirla mediante el estudio, pero el estudio de las obras de arte permite, aún a quien no la posee, el reconocer con mayor o menor claridad si ella se ha hallado presente en el momento en que fueron creadas.

La obra de arte es, por consiguiente, la que nos muestra los elementos materiales y espirituales más representativos de un tema dado, combinados en una nueva armonía que nos permite reconocer con placer intensificado el original, apesar de que no existe parecido definible. Extraña sensación inolvidable, en el cuadro, en la escultura, en las páginas de un gran artista, ese tema escogido y figurado o descrito nos resulta más verdadero que el otro, el modelo existente en la realidad material.

No se trata, repetiré, de parecido de detalle, como es lógico de-

ducir del hecho de haber existido una selección previa de rasgos visibles y de otros que permanecían ocultos para la mayoría de los ojos, los que constituían el carácter propio, exclusivo, de dicho modelo.

Tampoco es cuestión de «cosa bonita». Lo «bonito» no es arte, si tomamos el adjetivo en el sentido trivial de representación de un original agradable a los sentidos hecha sin que el artista haya dado predominancia a ninguna de sus características. Es generalmente el defecto capital de las obras llamadas de arte realizadas por mujeres inequívocas. La mujer, que es atraída lo mismo que el hombre por los temas hermosos, carece, casi siempre, del vigor masculino para expresar su carácter fundamental. Las armonías superficiales la retienen antes de que haya logrado penetrar los acordes recios y profundos. Es una propensión innata, ligada indisolublemente al papel que le está asignado dentro de la creación y a su organización propia. Las estatuitas y las láminas en colores producidas en serie, que se venden en los bazares y papelerías, para ornato de los hogares donde no existe cultura artística, son adquiridas siempre por mujeres, deliciosamente femeninas. El hombre prefiere pasarse sin ellas o clava en las paredes algún recorte de diario o revista, alguna foto, banales en apariencia pero que hablan a su virilidad con fuerza expresiva que está muy lejos de poder reconocer conscientemente, por lo demás. Existen naciones, en la misma Europa, donde las insustanciales representaciones pseudo-artísticas del comercio, satisfacen la necesidad del adorno estético de las moradas, complaciendo por igual a ambos sexos, y son buscadas sin vacilaciones por hombres y mujeres para obsequios en las fiestas tradicionales. Es digno de observación que en esos países —y ello constituye un ejemplo de la recíproca compenetración del ser humano y el medio en que vive— los paisajes suelen carecer de vigorosa expresión, siendo, no obstante, impecables en el sentido de «bonitos», de «pintorescos». Para el común de los pobladores de esas regiones, donde el gran arte nunca pasó de manifestaciones de individualidades excepcionales a los ojos de sus propios compatriotas, todos los elementos de un ser viviente, de un aspecto de la naturaleza, de una cosa, parecen resultar igualmente representativos. Si pudieran apreciar su situación, se sentirían invadidos por el desconuelo de esas personas a quienes una enfermedad ha dejado incapacitadas para establecer diferencias entre el gusto de los diferentes alimentos.

A primera vista, en estas investigaciones, parece como si se jugara con palabras. ¿Cuales son, en efecto, los elementos representativos? ¿Como reconocer el carácter esencial en la representación artística?

Quien está dotado con facultad artística siente todo eso, sin preocuparse por definir su impresión. De ahí que el artista, en cuanto alcanza conciencia de tal, muestra tendencia a incorporarse a la casta que sus pares pretenden constituir dentro de la sociedad. Es una actitud que desconcierta y predispone automáticamente al vulgo contra ellos, pues la atribuye a vana pretensión.

Una de las finalidades que debería proponerse la crítica de arte en países como el nuestro, de raza muy fina, muy penetrante, pese a las apariencias, y muy dejada de la mano de los humanistas, sería la de democratizar en esos temas. No en el sentido de rebajarlos con ayuda de todos, sino en el de difundir su conocimiento y su comprensión entre el mayor número posible de interesados sinceros. Resultará de ello un inmenso bien. Los falsos artistas serán los únicos que lo lamentarán. Se empezará a ver por demasiados lados a través de sus posturas.



El caballo de Isabel de Borbón (Velázquez)

Hay que tratar de definir, ahora, lo que un artista nato entiende por carácter esencial, predominante, de un modelo que se propone representar. Un buen sistema de definición indirecta, la única posible, consiste en buscar la explicación de la atracción que las obras de arte ejercen sobre el ser humano. Cuando hayamos alcanzado una idea, forzosamente incompleta, de porqué una obra nos encanta habremos dado un paso enorme en el sentido de llegar a darnos cuenta de porqué otra nos place menos o nos choca. Se trata de remontarse hasta lo que los filósofos estudian como el Secreto de lo bello. Nosotros no hemos de dar, naturalmente, los temidos rodeos habituales.

III

Así como para la definición de la obra de Arte en general escogimos a Taine como guía, para la del porqué de la atracción que ella ejerce sobre nuestro espíritu elegiremos la teoría de Constant Martha, un crítico no menos capaz y más sensible, casi desconocido entre nosotros. El nos ofrece una de las más claras y bellas soluciones de ese problema que ha recibido ya infinidad a cual más complicada y egoístamente despreocupada de la popularización.

El hombre —según Martha— ha creado las artes para encantarse consigo mismo. La escultura para admirarse en su belleza física. La

pintura para regocijar sus ojos con el color y la gracia de las actitudes y los espectáculos visibles. La música para embriagarse con sus más vagos sentimientos íntimos. La arquitectura y el urbanismo, en sus fases no utilitarias, para halagar la facultades que le hacen desear el orden gracioso, la simetría y la perspectiva de las líneas y los planos. La literatura y el teatro con el objeto de multiplicar su propia existencia. A través de la historia conversa con sus antepasados.

El Arte — sigue diciendo — despierta en nosotros y desarrolla, glorificándolo, el sentimiento de la humanidad. Es, en efecto, la naturaleza humana lo que buscamos en las obras de los poetas y de los artistas. Lo que más ama el hombre es él mismo y sus semejantes. Quiere verse, sentirse, contemplarse bajo todas las formas, aún en esas que, fuera del género humano, despiertan en él emociones, afectos y sensaciones en el fondo de las cuales se halla a sí mismo. Es la reflexión aquella «adonde quiera que vayas no te encontrarás sino a tí mismo» generalizada para toda la humanidad, para el presente, el pasado y el porvenir.

Inmediatamente se alcanza por ese camino interpretativo, cuyo valor absoluto no interesa, cuan inmensa es la influencia del Arte y cuan absurdo resulta descuidarle como viene haciéndose en nuestros días, particularmente en nuestra América.

No solamente exalta el espíritu, sino que lo purifica y lo conforma a su imagen. Lo regula, impone orden dentro de él y somete nuestras facultades todas a la medida y a la armonía que lo preside, cuando es Arte auténtico.

A fuerza de contemplar obras de arte nos volvemos a la larga más o menos capaces de pensar y sentir bien por nuestro lado. Nuestras ideas comienzan a desarrollarse de acuerdo con una lógica natural e invisible, como en ellas, cuando son auténticas. Nuestros sentimientos brotarán donde y cuando convenga. Reconoceremos tonalidades insospechadas en nuestro pensar, asociaciones justas de los colores, lo apropiado de los tonos. Lograremos darnos cuenta hasta de los impulsos o de las detenciones de nuestra expresión mental que se alarga o se reduce según lo que el mismo Martha llama «la respiración de la inteligencia», tan sensible para el lector experimentado, en las páginas bien escritas y mejor pensadas. Descubriremos, por fin, conformidad entre nuestros sentimientos y nuestras ideas. Nos sentiremos llenar poco a poco, por todo ese bello orden viviente que nos rodea.

¿Cómo un visitante de exposición de Artes plásticas, por ejemplo, ya prevenido sumariamente, no habría de experimentar, según su medida, la ambición de poner su espíritu en conformidad de ritmo con esas obras que parecen mostrarle su propia imagen, sus propios sueños, en movimiento delante suyo con una fuerza de expresión una armonía, un orden, una gracia incomparables? Piénsese un instante en el daño que causa, en cambio, una exhibición de pseudo obras de Arte.

Todavía creo estar viendo una humilde pareja que se presentó a la puerta del salón en donde se realizaba, hace pocos años, una muestra de telas del pintor Manuel Rosé. — Las Piedras, ciudad natal del gran artista plástico, la celebraba en su homenaje, con deliciosa delicadeza y sensibilidad que recuerdan tiempos y lugares de la tierra muy refinados y remotos.

El hombre estaba vestido con desaliñado traje de mecánico que acaba de dejar el trabajo. Se había concertado con su mujer de antemano, sin duda, para venir juntos a ojear el gran acontecimiento local que se clausuraba aquel anochecer. Desde el umbral observaron largamente el recinto iluminado por las telas como un palacio en fiesta. Todo el fondo de la vasta sala, muy acertadamente arreglada por cierto, estaba ocupado por una, grandiosa por las dimensiones, por el esfuerzo que significaba y por su arte. Representaba la Batalla de Las Piedras. Actualmente se encuentra depositada en el Palacio Legislativo, pues su adquisición por el Estado es objeto de consideración de parte de los poderes públicos. Los sencillos habitantes de corazón tan grande del histórico pueblo que tiene algo de Florencia del Uruguay, miraban absortos su propio pasado en aquel cuadro, veían actuar sus antepasados en plena gesta heroica, y las lejanías que les eran familiares desde la infancia, se esfumaban bajo el cielo pálido del cuadro tal como desde la eminencia donde se levanta el otro monumento a la batalla, el de granito, a unos centenares de metros de allí, podía contemplárselas en la caída tranquila del día.

Los dos tímidos visitantes se marcharon sin entrar.

El encargado acababa de cerrar definitivamente la puerta del salón y solamente quedábamos en el interior algunos amigos del pintor, cuando el portero vino a consultar si podía dejar entrar a dos personas pobres, un matrimonio, que se lamentaban de su poca suerte al llegar tarde. Le fué concedido. Era la pareja de una hora antes, vestida con sus mejores galas y emocionada como un par de escolares. Me aproximé a ellos y les pregunté suavemente por qué habían ido a mudarse de ropas dado que allí no se imponía etiqueta a nadie.

«¡Ah, señor!, — me confió la mujer ruborizándose — esto era tan lindo que comprendimos que no podíamos entrar como estábamos!»

No, no es una utopía creer que el estudio y la contemplación de obras de arte pueden conformar las creaciones del espíritu de esos mismos que no son artistas. La misteriosa influencia de la belleza plástica, lo mismo que la literaria, no actúa solamente sobre determinados seres, por lo demás. Forma y disciplina invisiblemente hasta a las gentes que no concurren a las exposiciones ni leen libros, siempre que en el país existan verdaderos artistas que producen sin cesar. Esas gentes encuentran por doquiera en torno suyo, resultancias de esas creaciones, a través de los actos y los decires de quienes las observan y reaccionan de acuerdo con las enseñanzas más o menos subconcientes que de ellas recogen.

IV

Hasta hace unos cien años las Bellas Artes vivían en paz con el principio según el cual el hombre las había creado para deleitarse consigo mismo. Se sublevaron luego los artistas, no sin razón, contra ciertas reglas demasiado rígidas y estrechas, y, como sucede con las más legítimas revoluciones, pusieron a reivindicar más de lo que les era debido.

Al principio no violaban la regla básicamente, pero llegó el día en que se dieron a desafiarla por simple petulancia juvenil, por audacia, por vanidad, por algo mucho peor: por producir obras que se vendieran fácilmente entre los adeptos de las innovaciones sin freno ni medida.

Una reacción saludable empieza a registrarse, pero el mal causado ha sido enorme. Subsistirá durante mucho tiempo una triste desconfianza general hacia el arte contemporáneo. El desconocimiento o la negación caprichosa de las verdades elementales en Arte, ha traído una pasmosa confusión.

Con mayor o menor claridad todos sienten que lo bello y lo comprensible no deben hallarse en oposición. El Arte, que debería ser, como en la antigüedad, la noble distracción de todo el mundo, se ha convertido en el privilegio de algunos iniciados o que se pretenden tales y afectan aires superiores. Hecho significativo, desde que comenzaron a agitar la bandera de «el arte por el arte» y a repudiar el pensamiento, la armonía, la gracia. dentro de las obras plásticas y hasta dentro de la literatura, las creaciones artísticas se convirtieron, precisamente, en verdaderas tesis. Con la última pincelada o el último toque de cincel, con el acorde o con el punto final, se diría que se cree haber hecho pasar a mejor vida alguno, o muchos, principios y reglas que han atravesado gloriosamente los siglos y son preciada herencia de las edades de oro. Predicar lo que desorienta y ofusca no deja de ser predicar.



Fragmento de la Primavera (Botticelli)

Muy bien lo saben los innovadores sistemáticos, puesto que replican a todas las observaciones con una altanera proclamación de que a ellos no les interesa lo que antes se hacía y que están empeñados, justamente, en reformar el Arte.

Bienvenidas las innovaciones que mejorando, o enriqueciendo, los procedimientos de expresión artística, respetan las características eternas cuyo olvido, desdén o disfraz transforma esa misma expresión en una pueril mueca de niño a quien han repetido mucho que es gracioso.

Cuando se pretende hacer arte con paradojas, con caprichos cambiantes regados con polémicas estériles y disertaciones altisonantes en torno de una mesa de café o en un taller donde el polvo cubre los materiales de trabajo, solamente se logra ofrecer al público motivos de justificada irritación. Las salas de exposición como las de los teatros, las de lectura y las de concierto, hasta el paseo por las calles, dejan de constituir refugios a los cuales los seres humanos acuden para escapar a las duras realidades de la existencia material y para gustar juntos un placer común. Todos los que se resienten son anacrónicos burgueses, claro está. Felizmente para ellos, los cultores de ese arte apócrifo no necesitan de nadie. Se bastan a sí mismos como los seres hermafroditas.

Dicho sea de paso, el que hace ostentación de no escandalizarse por ningún atrevimiento se empareja con el que se horroriza por cualquier minucia que sale de lo corriente. Ambos son igualmente burgueses en el sentido que los verdaderos artistas dan al calificativo.

El Arte auténtico, el provechoso no solamente para el bolsillo de los creadores que saben esperar que el Tiempo enseñe sino que también para el espíritu de los clientes; el que posee la sabiduría de los ancianos, el candor de los niños, la hechicería de las hadas, la visión de los profetas, la voz de la naturaleza, es varón y necesita de esa hembra fértil que es el público.

V

La verdadera obra de arte es clara como las intenciones de su creador.

El artista que revela una excesiva preocupación por querer ser «de los nuevos», puede ser sospechado de no poder ser él mismo porque nada encierra adentro que le sea propio. Comprometedora es la máxima aquella de que «para elevarnos con nuestras obras al rango de los genios, debemos empezar por hacer obra nuestra».

La inmensa mayoría de los artistas contemporáneos — aunque se está registrando, repetiré, una reconfortante reacción que parece destinada a acentuarse — lejos de respetar los sentimientos generales del público, se complacen desconcertándolo. La ciencia del dibujo, de las proporciones y de la perspectiva; los procedimientos lógicos, incambiables, de su oficio; la interpretación espiritual de los temas, se prestan, manejadas por ellos, a las más asombrosas revelaciones.

Tanto más fácilmente cuanto que la mejor manera de no dejarse dominar por supersticiones como esas consiste en negarse a conocerlas.

Si quieren representar la belleza, la colocan en un cuerpo monstruoso. Si la naturaleza libre, en un cataclismo estático. Si se trata de un caballo, es más sencillo, se traza un ternero a la manera de un niño. Pero si hubieran buscado darnos la imagen de un ternero, habrían representado cualquier cosa excepto un caballo. Esta es la pequeña dificultad que se les presenta a los burgueses para descubrir la clave de ese género de creaciones. Que no se la soliciten a los propios autores, se encojerán de hombros y se pondrán a hablar con algún colega en su arte que es una lengua aparte.

El colorido, que ha ganado inmensamente con las innovaciones lógicas, razonadas, y por ende perfectamente lícitas, introducidas en pintura a fines del siglo pasado, suele aumentar la mortificación del que contempla esas apuestas con la insensatez, al hacerle medir, precisamente, el abismo que media entre lo posible y lo absurdo en evolución artística. Como si se dieran cuenta de ello, ya están formados grupitos que reniegan de él y le prefieren las tonalidades desvanecidas — junto con las siluetas y los rostros adelgazados y anémicos como pabilos de bujías moribundas — de los místicos primitivos, pues cuando se trata de no hacer como los demás sin saber exactamente que hacer, cualquier retroceso, progreso en su época, es utilizado para rejuvenecer el arte.

No siempre llega la obra «al día» al monstruosismo y a lo grotesco, sin genio, pues conviene recordar que ya fué explotado hace siglos por grandes artistas mórbidos. A veces sus subversiones son menos llamativas. Figuran entre las últimas la falta de fuerza de expresión — vaguedad en la percepción de las características esenciales del modelo — y la flaqueza de ejecución. Un artista apócrifo no se cuida de disimular tales defectos. O no se apercibe de ellos o pretende erigirles en sistema haciéndoles pasar por buscados.



Torso antiguo

No es pseudo artista solamente quien se consagra al Arte con honestidad pero sin poseer condiciones. También debe recibir ese nombre el que se empeña por transformarle partiendo de nebulosas concepciones. Hallamos de los primeros en todas las ramas de la actividad humana. Los segundos despiertan gran interés entre los médicos aficionados al arte. En nuestro país el psiquiatra y novelista Mas de Ayala y el Dr. Tolentino González han escrito páginas muy penetrantes al respecto, inéditas todavía las del último.

Existe, en efecto, excesiva tendencia a suponer que todas las rarezas del Arte por el Arte, con buena o pésima técnica, mucha o ninguna inspiración, son el resultado de un mero deseo de asombrar, de escandalizar, de hacer surgir nuevas posibilidades forcejeando. Muchas de sus creaciones son obras sinceras. Pero el gran artista, como todo genio aplicado a una realización cualquiera, no puede dejar de ser lógico y verosímil hasta en sus mayores audacias. Esas operaciones presiden su rapto aunque no hayan sido calculadas. Cuando se hallan visiblemente ausentes en una obra, corresponde pensar que no fueron llamadas a silencio por el artista sino que ya estaban en quiebra, inutilizables, dentro de su cerebro.

Fácil resulta transportar esas consideraciones al terreno de la Literatura. Ella no se presta tanto, sin embargo, a un Arte que no deba nada a los predecesores que han marcado rumbos definitivos. Es preciso servirse de palabras, lástima grande, y todas tienen padre. La Gramática es una preceptora inflexible. Pero es relativamente fácil desquitarse combinando las unas y gambeteando la otra hasta que el todo resultante sea casi incomprensible para el vulgo. Además, la postura del escritor frente a los temas puede variar dentro de anchos límites. Se puede tratar de hacer creer, por ejemplo, que uno está de vuelta de la moral eterna, que se posee una insensibilidad perfecta frente a cualquier sentimiento elevado y a los espectáculos hermosos, que dejamos a las niñas románticas el entusiasmo y el lirismo, que pasamos por la vida y recorremos el mundo sin lograr desprendernos de una ironía y un escepticismo irremediables, que somos morfinómanos y tenemos visiones.

Esas, e infinidad de otras, son las características que imprimen un sello inconfundible — ¡todo un éxito! — a estas Bellas Artes renovadas, infinitamente menos candorosas que el célebre «Art Nouveau» de principios del siglo, que castigó tan cruelmente las fachadas de nuestras casas construidas en la época.

VI

En un artículo anterior expuse las ideas de Constant Martha, quien sostuvo que las Bellas Artes fueron creadas por el hombre a fin de honrarse a sí mismo, para admirarse en su múltiple belleza, para multiplicar su existencia con la de los personajes de sus ficciones.

«Hoy en día el ser humano es más modesto, utiliza su genio y

su arte para rebajarse» — advertía el mismo pensador. Cuesta creer que esa lapidaria reflexión fué escrita a mediados del siglo pasado, cuando todo estaba aún por suceder en el sentido de franco desequilibrio artístico.

En nuestro «hoy en día» el artista avancista ya no se preocupa más, como todavía lo hacía en aquel entonces, por mantenerse al alcance del espectador o del lector. Actualmente el espectador o el lector — aunque sea artista él también — está obligado a someterse silenciosamente a la violencia que pretende hacerle el reformador. Ese arte con minúscula, exasperado por no parecer Arte, recuerda el de ciertos oradores para los cuales la elocuencia consiste en volver pequeñas las grandes cosas y grandes las pequeñas. Los fraudes, en lógica, se llaman sofismas. El «arte por el arte», para la generalidad de los que le practican, es un sofisma destinado a hacer aceptar lo que en buena lógica rechazaríamos.



Bañistas (Cézanne)

En lugar de las claras y sanas emociones que debe proporcionar el Arte, de esa grata dilatación del espíritu que experimentamos frente a sus auténticas creaciones de cualquier género «como la recompensa de una larga espera», delante de la mayoría de las del reformismo imperante, hasta ayer sin asomo de reacción,

sean ellas cuadro, escultura, pieza de teatro, libro, composición musical, nos sentimos como si nos hubiéramos introducido inadvertidamente en un lodazal, y salimos perturbados e irritados hasta contra nosotros mismos. Nos interrogamos acerca del mérito de la obra y no sabemos que decirnos. Lo patético nos ha resultado agriamente risible. Lo alegre, un tormento. Pero de lo que tenemos exacta conciencia es de que nuestra alma se ha retraído, como un molusco molestado se refugia dentro de su caparazón; que nos hemos endurecido y trocado, estafados, optimismo feliz por escepticismo sombrío.

¿Cuál viene siendo la actitud de la Crítica, en general, frente a tal estado de cosas?

La crítica de Arte, entre nosotros, salvo algunas honrosas excepciones, no ha sabido conquistar el lugar que le corresponde. Cuando deja oír su voz, accidentalmente o interesadamente, se limita a hacerse eco de las consignas que priman en el grupo de amigos ar-

tistas al cual el crítico está más allegado. Consignas breves como un santo y seña, arteramente perentorias como las de cierto partido de reivindicaciones económico-sociales que no dirige su propaganda precisamente a las gentes que aspiran a vivir mejor íntegramente sino tan sólo del ombligo para abajo. En los grandes ambientes artísticos europeos y estadounidenses es aún peor, porque amenudo las consignas de acuerdo con las cuales funciona la crítica de arte salen de atrás de mostradores.

En todas partes la crítica de arte a la moda gusta emplear un estilo y un léxico que podrían pertenecer igualmente a un artista plástico obsesionado por la parte oficio de un trabajo que tiene en tren o a un profano ingenuo que frecuenta mucho los talleres y los cenáculos y ha retenido términos cuyo sentido no alcanza sino a medias o al revés pero cuya posesión da importancia.

De filosofía del arte, de estética básica, de principios generales fundamentales, la crítica no se preocupa. «El arte soy yo y los artistas —parece decirnos con cada sentencia— es lógico que usted no entienda». En efecto, nos causa la impresión de que eso de que ella discute con sus amigos por la prensa o en sus conferencias, imitando a esas visitas que apenas llegadas hacen indiscretos apartes, *no es todo el Arte*.

Menos mal cuando los artículos de crítica de arte dan en juzgarlo todo con vuelo lírico, ennobleciendo cuanto comentan. Ciertamente es que en esos se suele hablar con el mismo énfasis de una tela digna de Velázquez y de una imitación que ha hecho una señorita del aduanero Rousseau. Pero el entusiasmo nunca está de sobra.

La crítica realmente inservible es la que está plagada de jactancias eruditas o expertas; que ensarta nombres de artistas extranjeros que tan sólo algunos pocos conocen, a través de revistas de cenáculos; títulos de obras que no hemos visto ni veremos jamás sino es de corrida en algún museo europeo o en alguna exposición de paso; términos de oficio que nos recuerdan con fastidio el latín de los médicos de Molière.

La Comisión Nacional de Bellas Artes, por no hallarse enfeudada a estrechos intereses creados y a mezquinas rivalidades de círculo, como lo están casi todas sus similares del viejo continente, y por el ambiente en que le toca actuar, puede desarrollar una acción educativa enorme en materia artística. Se viene distinguiendo por iniciativas realmente dignas de elogio, pero adolece aún de excesivo eclecticismo.

VII

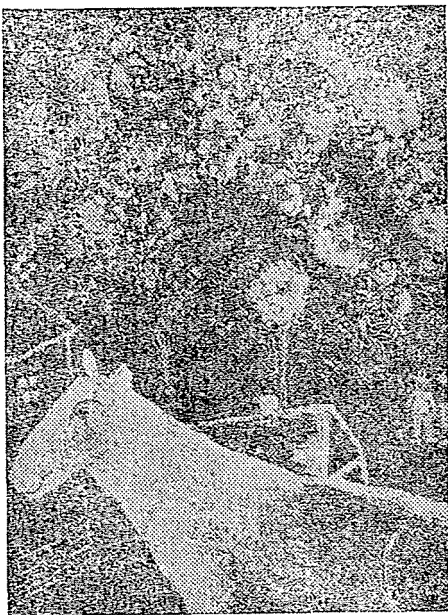
Las personas que entre nosotros se ocupan por escrito de las Bellas Artes y sus creaciones, pueden ser divididas en dos grupos, diminutos ambos por el número.

Unas son críticos de ocasión, consagradas habitualmente a otras ocupaciones y a otros estudios.

Esas, improvisan fallos — como yo. — Los formulan con términos sabios o mediante frases sobadas que no les desarreglan la corbata. Evitan cuidadosamente las ideas generales bien meditadas, substituyéndolas con disertaciones no siempre bien escritas, que hacen encogerse de hombros a los artistas y fatigan sin provecho alguno al lector deseoso de aprender a ver, a sentir, y a pensar mejor en esas materias. No se preocupan lo más mínimo por ejercer una acción muy útil y necesaria entre nuestro público, por determinar un progreso, por subsanar gravísimas faltas de cultura estética y groseros errores. Parece que se sintieran satisfechas con poder leer en letras de imprenta un artículo sobre arte que lleve su firma y deje la impresión de haber sido escrito por alguien que sabe mucho de esas cosas y tiene muchas relaciones distinguidas. Si me parezco a ellas en eso también no será por no haber tratado de evitarlo. A lo mejor pudiera resultar que entiendo realmente algo de arte y no sé expresarlo, por ahí podría venir la confusión.

El otro grupo está compuesto por unos pocos artistas profesionales, que entienden, son atinados, saben escribir, pero producen contados artículos y estos mismos en publicaciones periódicas cuyos ejemplares, no siempre puntuales, nunca llegan a manos del infinito número de personas que fuera de los medios de arte y sin intenciones de volverse figuras familiares en ellos, serían capaces de sacar gran provecho de la lectura y meditación de esos trabajos. También los componentes de este grupo mínimo suelen adolecer de excesiva especialización, involuntaria en ese caso, explicable por su erudición real, su experiencia, sus conocimientos, pero no menos deplorable.

¿Por qué los críticos de arte no ensayan el hablar como todo el mundo? Ellos y los lectores saldrían ganando. Se les comprendería mejor y quizás también se comprenderían mejor ellos mismos. En lugar de satisfacerse con términos abstractos, con expresiones convenidas y frases hechas del dialecto de taller de bellas artes, casi todos



El asno azul (Chagall)

ellos tendrían que analizar y ordenar sus propios pensamientos, para empezar, y por darse cuenta exactamente de lo que desean decir.

«No es cuestión, por lo demás, de exagerar el papel y el poder de la crítica. De sobra sabemos que no está en sus manos el hacer surgir talentos a voluntad. Tampoco le es dado aniquilarlos cuando han aparecido. Que lo quiera o no lo quiera, un gran artista sabe imponerse a la admiración pública a despecho de ella o conservar su preeminencia cuando busca arrebatarla tendenciosamente.

«Eso no significa que la crítica deba limitarse a humillarse delante del éxito y de lo consagrado. Menos todavía le cuadra convertirse en una máquina registradora de obras buenas, regulares o malas. Tiene otros deberes y otra misión, de los que siempre se habla mucho pero que rara vez son definidos y aún más excepcionalmente cumplidos.

«Las artes —dijo Joubert— constituyen una especie de lengua aparte, un medio único de comunicación entre los habitantes de una esfera superior y nosotros».

«La crítica debe explicarnos ese lenguaje, resumir en términos precisos lo que quizás ya habíamos experimentado en forma de vaga intuición.

«En nombre de principios inmutables —pero no estrechos ni rígidos— debe secundar la acción de los maestros, eliminar los falsos talentos y evitar por igual los arrebatos y la frialdad.

«Debe recordar en todo momento, que más bien que de ensalzar o condenar obras, se trata de estimular pasiones generosas y de *hacer prevalecer sanas doctrinas.*»

Los párrafos entre comillas que acaban de leerse poseen el valor de un símbolo y los dejaré anónimos ex-profeso. Tremendo símbolo. Al igual de la página que llevó estampada la Abolición de las Leyes del Trigo. Fueron publicados por primera vez quince años más tarde. Eran los tiempos en que el ingenio humano había comenzado a aplicarse con gozoso aturdimiento al desarrollo apasionado del maquinismo y del industrialismo. La siembra intensiva de necesidades materiales ficticias con su séquito de ambiciones desmedidas de poder y riquezas, y de exasperaciones sensuales, proporcionó a los devotos del becerro de oro y de sus falaces reflejos, un campo de acción en el cual quedó rápidamente recubierto de polvo el culto instintivo de las verdades eternas. El desquicio de todos los valores interiores que siguió, y que todos conocemos de sobra ya que parece haber alcanzado su punto álgido en nuestros decenios, hizo olvidar a artistas, críticos y público que el Arte había sido siempre moral por encima de todo o sea surgido de una aspiración espontánea a representar fases y aspectos de las invariables armonías y del equilibrio supremo de la Creación, de los seres que la pueblan y de sus gestos e impulsos.

Estimular pasiones generosas y hacer prevalecer sanas doctrinas pasó a ser equivalente, en crítica de arte como en cualquier otra, de una inadmisibile imposición anacrónica.

Paralíticas abuelas enseñan a jugar y soñar. En libros viejos aprende a leer la infancia. Es entre las líneas de las añejas historias donde está escrito lo que nuestros pueblos niños deben esforzarse por dar de sí y aquello que deben evitar o abolir de su seno. Quizás sea aún tiempo de volver a levantar por estas partes del mundo donde no hemos sabido de ese terrible tóxico que Hugo Manning llamó «la mala sangre del humano fracaso», las pasiones generosas por sí mismas y por su origen, y de profesar con salvadora fe, sanas doctrinas en todas cosas, antes de que el Poder Supremo que rige la Vida nos lo imponga utilizando sus proteicos recursos que si bien son maravillosamente sabios, y por ende bondadosos en su finalidad, suelen hacer derramar candentes lágrimas antes de producir sus efectos.

VIII

«¿Como alcanzó ese hombre a tal cosa?
Caminó en punta de pies.» — *Goethe.*

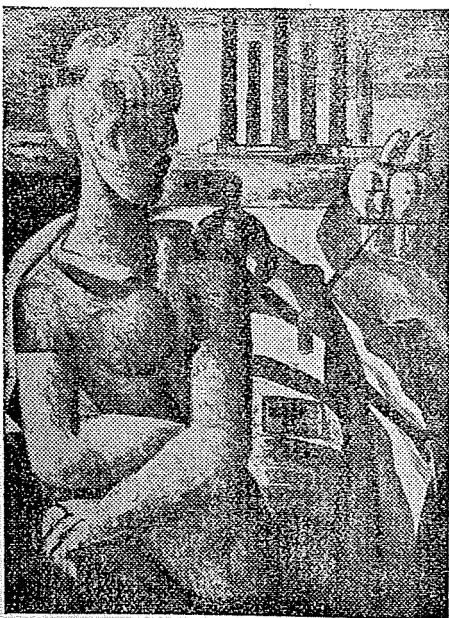
En un artículo anterior de esta serie hice alusión a las consignas perentorias que nuestra crítica de arte suele adoptar con estudiado

laconismo más propio de astutos propagandistas manobreros de las masas populares.

Nos hallamos actualmente, en nuestro medio artístico, en presencia de una ofensiva de renovación de valores al grito de «¡Paso a los jóvenes, a los nuevos!»

En Pintura parecen ser muchos los que esperan a juzgar por el número de telas que son presentadas a concursos y exposiciones con premios.

El visitante de esas muestras —según se dice ahora exquisitamente para diferenciarse de «antes» y tener el aire inglés que está tan de moda— se sentiría tentado de pensar, a primera vista, que la inmensa mayoría de los expositores son tan jóvenes que aún están a lo sumo en el liceo. Cuando pregunta por los nombres y las edades, se entería de que los hay que ya han dejado



La batelera (Gromaire)

muy atrás la edad estudiantil. El término «jóvenes», en esos casos, es sinónimo de «no recompensados todavía» porque consagrados ya lo están casi todos por sus amigos críticos ocasionales.

Todos los días aumenta la marea ascendente, las obras son cada vez más numerosas y exigen locales de exhibición de más en más vastos.

«¡Paso a los jóvenes!» es un lema simpático.

En nuestro país tuvo su origen en los campos de deportes. Y en los escritorios de ciertas empresas comerciales cuando llega el momento de tomar empleados a quienes se les pueda formar, para lo cual se empieza por asignarles quince pesos de sueldo, a fin de que se habitúen a ser ahorrativos desde temprano. También hay algo de tinte universitario en el grito cuando es lanzado con acento nativo. Como en todo cuanto se dice o se hace aquí, en el país de juventud tan dada a querer ilustrarse por noble amor a la cultura. Pasada cierta edad, el bachillerato se vuelve árdua prueba para los hombres que ya se afeitan todos los días y calculan recibir el título cuando más de un compañero de colegio habrá iniciado los trámites de jubilación.

Entendemos que no se trata de simples simpatías de persona a persona. De si los jóvenes son más atrayentes, de humor más igual, más desinteresados, que «los viejos», término este último que, por otra parte, no alude exclusivamente a los ancianos. Conocemos «viejos» deliciosos y también «jóvenes» insoportables.

Es un lema que conquista por sorpresa los corazones de los más meritorios entre los que ya están triunfando, que son aquellos que tuvieron que luchar, en sus principios, contra la incomprensión y los desdenes de los pontífices. Pero esos mismos saben muy bien en cuanto se ponen a meditar el problema con la mente y no tan sólo con el corazón, que no se vence en cuestiones emanadas del intelecto y del espíritu sino mediante esfuerzos de sinceridad y de silencioso tesón pronto a todas las resignaciones. Teniendo siempre presente que no es posible suplantar a nadie que ha realizado obra, sino mediante obras superiores.

En Arte —como en todo lo que exige facultades geniales— el concepto de jóvenes y viejos no resulta nada claro. Se explica que exista confusión acerca del verdadero alcance y sentido de esos términos, en estas tierras jóvenes ellas mismas, muy jóvenes. En los ambientes artísticos de Europa solía escucharse también ese grito antes de la guerra. Allá también hubieron siempre jóvenes impacientes por abrirse camino. Pero después de felicitarles por el entusiasmo de que daban muestras, los críticos, los artistas «viejos», y el público, les preguntaban con tanta insistencia por sus obras, que, disgustados, se marchaban a corear el grito entre ellos, en algún rincón de café, en sus talleres, cuando los tenían, en la mesa familiar a la hora de la cena. Con la siguiente exposición volvían a salir a la calle en formación.

Las «viejas lunas», los críticos, y los espectadores imparciales se quedaban recordando, con mayor o menor benevolencia, que Mo-

zart se reveló a los seis años y Rafael a los catorce, pero que Miguel Angel pintó los dos grandes frescos de la Capilla Paulina a los setenta y uno y Cervantes dió término a la primera parte del Quijote a los cincuenta y siete. Del cúmulo de datos de esa índole que la historia de las Artes ha registrado, no es posible deducir regla alguna —pensaban todos— y no es cuerdo pensar que los grandes artistas que todavía producen con beneplácito de toda la parte ecuaníme de la opinión pública, van a consentir de buen grado en dejarse relegar así como así, a título de que llevan vividos muchos años de gloria y recibido, en buena ley, incontables distinciones y recompensas. Menos que nunca cuando solamente son viejos en experiencia y en duración de esfuerzos.

Nos está haciendo falta, buena falta, una vez más, verdadera crítica de arte.

Sí —diré yo aprovechándome de su invisibilidad actual para tomar la palabra— ¡paso a los jóvenes! Paso a los nuevos que se anuncian capaces de tomar la antorcha cuando los grandes artistas consagrados ya demuestren que tropiezan en su camino o no pueden cubrir más distancia decorosamente.

Pero manténgase con desapasionada aunque inflexible energía las barreras —representación humana de las que la Vida levanta por doquiera para defender el desarrollo de sus leyes eternas— frente a quienes se revelan incapaces de sentir la existencia en belleza, de percibir sus secretas armonías indefinibles y su fuerza de expresión, y pretenden innovar desde sus primeros pasos en arte, o imitan a los que tal cosa hacen como traviesa distracción tras largas campañas de acuerdo con las reglas incambiables. A quienes nos ofrecen con absoluta inconciencia, pueriles extravagancias ante las cuales ellos mismos se pasan de admiración. Frente a los que confiesen rotundamente que nada hallan que les inspire en las creaciones consagradas por el encantamiento que las generaciones, unas tras otras, han experimentado al contemplarlas y de las cuales la vida espiritual, y aún la material, de la humanidad, ha derivado insondables progresos. Frente a cuantos ponen de manifiesto tan ciega petulancia, que quieren empezar realizando las pruebas fáciles que «los viejos» desdeñan por el trabajo árduo al cual permanecen fieles, y se proclaman los superiores de esos mayores reclamando airadamente todos los derechos.

Manténgase, por favor, esas barreras antipáticas al instinto de avanzar pero sabias pues son los que aseguran su supervivencia, frente a quienes, después de haber hecho una obra con pretensiones y no obstante imperfecta y discutible, cuyas faltas flagrantes no habrían escapado al entendimiento de sus autores si poseyeran algo de esa constante duda en las propias realizaciones que acicatea sin cesar a los que realmente poseen talento y tienen, por ende, conciencia del camino que les queda por andar, la presentan, con todo desparpajo, a competir en una prueba formal que, por su naturaleza, está abierta solamente a artistas mayores de edad en todo sentido.

De niños prodigios ha oído hablar mucho el mundo en todos los tiempos. La inmensa mayoría de los que fueron anunciados un día como tales, no llegaron nunca a encontrar empresario para sus exhibiciones ni aún en provincias.

En arte como en la existencia diaria, se puede ser novelero sin haber logrado penetrar ni siquiera discretamente la verdad de una silueta que pasa, de un suceso que se desarrolla frente a la puerta, del espectáculo que ofrece el cielo en el extremo de la calle familiar.

CARLOS LERMITTE

LA IMPORTACION DE LIBROS EN EL DERECHO ADUANERO URUGUAYO

I

CLASIFICACION Y AFORO DE LOS LIBROS

La nueva Tarifa de Aduana, estructurada de acuerdo con la nomenclatura y método de clasificación de un Comité de Expertos de la Sociedad de las Naciones, establece, en la sección X, capítulo 45, que trata de los «Artículos de librería y productos de artes gráficas», la siguiente posición:

«436. *Artículos de librería, no denominados ni comprendidos en otra parte.*

a) Libros impresos, incluso ilustrados:

1. En hojas y encuadernados en rústica 3106 K.I.E. 0.36
2. Encuadernados con tapa de cartón o papel combinados con tela 3107 K.I.E. 0.60
- N. B. — *Los libros a la rústica y de encuadernación común, destinados a la lectura y estudio, son Libres de Derechos cuando son de autores y editores no radicados en el país.*
3. Encuadernados con tapas de cartón o papel combinados con cuero 3108 K.I.E. 0.84
4. Encuadernados con tapas de otras materias (véase capítulo 82) 3109.»

En la sección XX, capítulo 82, referente a «trabajos no denominados ni comprendidos en otra parte, de materias de tallar y de moldear, naturales o artificiales», están las obras de coral natural trabajado, de carey, de nácar, de marfil, etc. Los libros con encuadernaciones en alguna de tales materias se despachan por esa sección.

Finalmente, en la sección XXI, capítulo 86, que agrupa «los objetos de arte y de colección», figura la posición 987, que dice así:

«987. *Grabados, estampas, litografías y otros productos de las Artes gráficas, artísticas o antiguas.*»

La posición 990 está redactada del modo siguiente:

«990. *Todo objeto para colecciones que presente un interés histórico, arqueológico, paleontológico, etnográfico.*»

Tales son los distintos rubros de la Tarifa en que pueden ser clasificados los libros que se introducen al país. Están los libros comunes de lectura y estudio, ilustrados o no; se enuncia a los libros que por su encuadernación aparecen como artículos de joyería o bazar; se encuentran finalmente las ediciones raras de bibliófilo.

Una nota del Comité de Expertos señala, con relación a la posición 436: «Todos los productos clasificados en esta posición pueden estar provistos de ilustraciones y de imágenes sin que su clasificación sea modificada por este hecho, aun si las ilustraciones ocupan un lugar más grande que el texto». En la subposición a) están comprendidos «los libros impresos, es decir, las obras literarias, científicas, técnicas, etc. Se clasificarán igualmente en ella los manuscritos, salvo aquellos para colecciones, especialmente mencionados en el capítulo 86; no se han hecho mencionar los manuscritos en el texto, porque no tienen más que una importancia mínima desde el punto de vista del comercio internacional». Entran, asimismo, en esa subposición, «los libros de la especie, cualquiera que sea el modo de impresión, aun aquellos litografiados, dactilografiados, etc., así como los libros para ciegos con caracteres Braille. Se incluirán asimismo los catálogos de florería, de música y de objetos de artes, que no conviene separar de los libros, y también los almanaques. Las obras que tratan de arquitecturas, constituidas frecuentemente por planchas ilustradas, aisladas, en sus carpetas o encuadernaciones aparte, entran igualmente en esta subposición».

En la nota a la posición 987 se lee: «independientemente de los grabados, estampas y fotografías, la posición 987 comprende igualmente los *otros productos de las artes gráficas, artísticas o antiguas*. Se trata del tipo de obras que tienen los mismos caracteres de aquellas definidas precedentemente, pero logradas por otros procedimientos o por otros modos de tiraje o impresión. Pueden colocarse aquí, por ejemplo, los ejemplares raros o antiguos de libros, grabados, mapas geográficos, etc. obtenidos por diversos procedimientos de impresión. No deben comprenderse las reproducciones fotográficas o los artículos de estampería sobre papel o cartón que fueron clasificados en la posición 489».

Esas posiciones básicas admiten, dentro de su clasificación general, todas las subdivisiones necesarias según las exigencias de las características propias de cada país. Es de observar que en la adaptación de la Tarifa del Comité de Expertos, el Uruguay respetó las posiciones y graduó las subposiciones de acuerdo con los intereses fiscales, industriales y comerciales que deben tenerse en cuenta en la confección de obras de esa clase. En este caso de los libros se advierte, así, que la posición 436 ha sido dividida en subposiciones y en incisos; en cambio, en las posiciones 987 y 990 no se efectúa diferenciación en las clasificaciones. Y es razonable que así se haya

hecho, por la importancia de las operaciones aduaneras y por el creciente desarrollo de las industrias gráficas y de encuadernación, en el primer caso.

II

REGIMEN IMPOSITIVO

La ley N.º 1962, de 5 de Enero de 1888, art. 1, inc. 6, establece el derecho del 8 % a «los libros impresos encuadernados»; en el inc. 7, fija el derecho del 6 % a «los libros impresos a la rústica».

Ese régimen fué, en parte, modificado por la ley N.º 3681, de 23 de Julio de 1910, llamada *ley Rodó* en homenaje a su ilustre iniciador. Prescribe este texto legal:

«Art. 1.º Queda eximida de todo impuesto de Aduana la importación de los libros a la rústica y de encuadernación común, destinados a la lectura y estudio, y las composiciones musicales impresas.

«Exceptuánse del alcance de esta ley:

«1. Las obras impresas en el extranjero por cuenta de autores o editores establecidos en el país.

«2. Los libros que lleven encuadernación de lujo.»

Desde la promulgación de esa ley, la Aduana ha considerado que la liberación de tributos sólo alcanzaba a los *derechos* establecidos por la ley N.º 1962; pero que no regía para los *impuestos*. Esa misma solución es la que emerge de la nota que figura en la nueva Tarifa, posición 436: «los libros a la rústica y de encuadernación común, destinados a la lectura y estudio son *Libres de Derechos*», etc. Es sabido que, cuando en nuestra legislación aduanera, se dice *libre de derechos*, no se entiende que la franquicia alcance también a los *impuestos y patentes* (Cfr.: «La Aduana Uruguaya», N.º 361). Si los libros sólo estuvieran exentos de *derechos*, deberían pagar los tributos que forman el 4 %, movilización de bultos y el recargo del 50 %.

Un estudio más cuidadoso de las disposiciones relativas a la materia, persuade de que esa interpretación es errónea. Los libros «a la rústica y de encuadernación común» están exonerados «*de todo impuesto aduanero*». No están libres de *derechos* solamente; la exención se extiende a *todo impuesto*, quedando comprendidos en esa fórmula los *derechos*, los *impuestos* y las *patentes*. La expresión «*todo impuesto*» es equivalente a «*todo gravamen*» o a «*todo tributo*».

Pero, además, aún cuando una lectura reflexiva de la *ley Rodó* no hubiera llevado a esa conclusión, siempre habría debido tenerse en cuenta que no era aplicable el 4 % a los libros favorecidos por esa norma legal. Este rubro de la liquidación aduanera está formado: por la patente de importación del 3 % (ley 7/IX/899); por la patente adicional consular de 1/2 % (ley 30/XI/906); por el impuesto de estadística de 3 1/2 % (ley 16/IX/914) y por la patente anual de

giro del 1 $\frac{1}{2}$ %. De esos tributos, los establecidos por las leyes de 7/IX/899 y 30/XI/906, no se aplican a los artículos liberados de derechos en virtud de leyes especiales. Los libros, eximidos de derechos en razón de lo dispuesto en la ley de 23 de Julio de 1910, no tienen, en ningún caso, que pagar el 3 % y el $\frac{1}{2}$ %; sólo podrían ser gravados con el $\frac{1}{2}$ %, formado por la patente de estadística y la patente de giro.

Pero, como ya se ha dicho, la liberación es absoluta, porque la ley de 23 de Julio de 1910 exceptúa de *todo impuesto de Aduana*.

III

LAS EXCEPCIONES DE LA LEY DE 23 DE JULIO DE 1910

El proyecto Rodó decía así:

«Artículo 1.º Quedan eximidos de todo impuesto de aduana los libros que se introduzcan en el territorio de la República.

«Art. 2.º Exceptúanse del alcance de esta ley las obras impresas en el extranjero por cuenta de autores o editores establecidos en el país.»

En la exposición de motivos de su iniciativa, escribía Rodó: «Contadísimos son los países que hacen extensivo a los libros el impuesto de Aduana. Fuera del Brasil, Suiza, Haití, Cuba y el Uruguay, rige universalmente la exención de derechos para la circulación internacional del libro, vehículo de civilización y de cultura cuya difusión fácil y amplia es de interés humano. Y si este interés alcanza a las naciones capaces de elaborar por sí mismas la suma de producción intelectual suficiente para satisfacer sus necesidades espirituales, en el orden científico y en el literario, aún más alcanza a aquellos pueblos nuevos que por lo incipiente de su cultura necesitan indispensablemente la asimilación de los frutos del pensamiento extraño, para formar y estimular su propia capacidad de producción».

Y al referirse concretamente a la única excepción que prescribía, manifestaba: «La excepción que establece el art. 2 del proyecto se inspira en la justicia, debida a los intereses de la industria tipográfica nacional. Siendo, notoriamente, más reducido el costo de las impresiones hechas en Europa que el de las realizadas en nuestro país, el único factor que puede contribuir relativamente a equilibrar esa diferencia es el impuesto que grava los impresos venidos del exterior. La permanencia de este impuesto es, pues, el medio de evitar que los autores o editores nacionales aprovechen de las ventajas que la nueva ley les concedería, para imprimir sus publicaciones en el extranjero, privando así de una importante fuente de recursos a una industria nacional tan merecedora de protección y respeto como lo es la de la imprenta». («Diario de sesiones de la H. Cámara de Representantes», t. 204, p. 21).

Dentro de la fórmula Rodó, la única limitación a la franquicia

consistía en que ella no alcanzaba a la importación de obras de editores y autores radicados en el país.

Pasado a estudio de la Comisión de Hacienda, el miembro informante doctor Manini Ríos propuso, en nombre de la Comisión, la sustitución del art. 1.º por el siguiente: «Queda excluida de todo impuesto de aduana la importación de los libros a la rústica, destinados a la lectura y las composiciones musicales impresas».

Se aclaraba, así, que la liberación no alcanzaba a los libros en blanco; pero se establecía la grave limitación de que la franquicia sólo regía para «los libros a la rústica».

Se opuso Rodó a la reforma, señalando que el proyecto tendía a facilitar «la circulación del libro, como medio de divulgación de cultura, y todos los libros adecuados para satisfacer ese fin, sean encuadernados o no, deben ser favorecidos por la ley, siempre que por las condiciones de su encuadernación, por su lujo excepcional, no salgan fuera del alcance de las clases populares y sean solamente accesibles a las personas pudientes. Es notorio, señor Presidente, que en el comercio de librería, además de los libros que llegan a la rústica, se introducen muchos otros ya encuadernados, y hay bibliotecas y colecciones enteras que se publican en Europa, y de las más populares y divulgadas y de las que mejor contemplan ese fin de cultura fácil y económica que debe tenerse principalmente en vista, hay muchas colecciones y bibliotecas así, que no se publican a la rústica, sino que se editan solamente encuadernadas. Estas obras vendrían siempre al país en las mismas condiciones en que vienen hoy, es decir, encuadernadas en pasta, media pasta o en tela. De manera que no pudiendo venir a la rústica, no darían motivo en qué ocupar a la industria nacional de encuadernación. Lo que me parece que debe ser exceptuado, por equidad y por justicia, es el caso de los libros que por el lujo excepcional de su encuadernación, salen fuera, como decía, del alcance de las clases populares. Por ejemplo: hay devocionarios y otros libros análogos, encuadernados en marfil, nácar, en cueros finos, que, en realidad, más que libros propiamente dichos, entran en la categoría de artículos de bazar. En esta parte convengo perfectamente con el señor miembro informante de la Comisión, que se impone una excepción a la ley. Por eso voy a votar en contra de la modificación propuesta, en cuanto excluye la totalidad de los libros encuadernados, reservándome proponer un artículo aditivo que diga más o menos lo siguiente: «Exceptúanse del alcance de esta ley los libros que, por sus condiciones de encuadernación, puedan ser considerados como artículos de bazar».

Rodó se refiere, en los párrafos reproducidos, a los libros que, «por el lujo excepcional de la encuadernación», pueden tener más un fin de ostentación que de lectura. Los clasifica como «*artículos de bazar*». Y aunque el ilustre escritor no es un experto en materia de tarifas, ni mucho menos, debe observarse que en el arancel de 1909, entonces vigente, se hace una diferenciación entre los libros, incorporándolos a dos secciones de la Tarifa. En «Ferretería, pape-

lería, artículos navales y joyería», N.º 2182, se encontraban los «libros impresos, de todas clases y formatos; encuadernados a la rústica con tapa de papel, los sin encuadernar en entregas, los de educación, geográficos y científicos encartonados»; el N.º 2183 refería a «los mismos de otras encuadernaciones (menos los especificados en Tienda)». En «Tienda y mercería», N.º 799, se registran los «libros de misa con tapas de carey, nácar, marfil, metal fino y cuero de Rusia o sus imitaciones». En la época de la discusión de la *ley Rodó*, los libros tienen tres situaciones: los libros a la rústica o los de educación, geográficos y científicos encartonados; los mismos con cualquier otra encuadernación; los libros de misa. Los dos primeros grupos pagan el 6 y el 8 %; los del último pagan el 31 %.

La fórmula Rodó vendría a crear una nueva categoría de libros: los que sin dejar de ser de lectura tuvieran una encuadernación tan lujosa que los presentara más bien como artículos de bazar.

El doctor Manini Ríos observó que sería «muy difícil en el despacho aduanero precisar con toda rigurosidad cuáles son los libros que tienen encuadernación de lujo y cuáles los libros que no la tienen. Los despachantes alegarán, en la generalidad de los casos, que tal libro encuadernado con tal cuero o tal otro, no es artículo de lujo. La Aduana, por su parte, podrá sostener que lo es; pero echaremos así la semilla para una serie de cuestiones administrativas que redundarán en perjuicio de los libros en vez de redundar en su beneficio, pues con eso se retardará el despacho de los mismos».

El doctor Salterain se opone a la exclusión de los libros encuadernados. Según él «es un hecho indiscutible que la inmensa mayoría de los libros *útiles* son libros encuadernados». Agrega que «los diccionarios, agendas, publicaciones de instituciones científicas de todo el mundo, y en inmenso número de ejemplares, todos están encuadernados». Invoca su notoria autoridad personal: «Yo me ocupo hace muchos años de estos asuntos; me ocupo de bibliotecas también y compro libros para bibliotecas públicas, y de cada diez libros que compro —le puedo mostrar el catálogo al doctor Minini Ríos— nueve son encuadernados; y no solamente libros de ciencia, sino de arte, de arquitectura, de escultura, de pintura, todos encuadernados».

La exclusión de los libros encuadernados de los beneficios de la ley reduciría mucho el alcance de ésta y aún podría limitarla a obras insignificantes y nocivas, cuya difusión el Estado no tendría interés en fomentar.

Interviene en el debate el doctor Guani y adhiere a la solución propuesta por Rodó. «Esta iniciativa de franquicias —expresa— tiene principal y casi exclusivamente a difundir la lectura y los conocimientos útiles en nuestro país; ese ha sido su objeto; y probándose, como es muy fácil probar, que existen en mayor o menor cantidad libros que salen encuadernados de las casas editoras y bibliotecas enteras que se publican en el extranjero en forma ya encuadernada, si este proyecto viniese a colocar a tales obras en condiciones distintas de las que se venden a la rústica, me parece que el fin del proyecto

queda desvirtuado y contrariado. Las razones que ha dado el señor miembro informante en este caso, no son, a mi juicio, suficientemente convincentes. La primera de ellas es que hay dificultades de índole administrativa para la clasificación. Sin embargo, yo creo que eso podría fácilmente subsanarse. Basta, a mi juicio, que se dijera que quedan excluidas de esta exoneración las encuadernaciones de lujo, o, es decir, que se exoneren los libros a la rústica o de encuadernación común, para que la Aduana pudiera fácilmente distinguir cuáles son los de encuadernación de lujo o fantasía, *esa clase de libros que pueden clasificarse*, como decía el señor Rodó, *entre los artículos de bazar o tienda*, y cuáles son los libros que en general vienen con encuadernación vulgar y que sólo así salen de las casas editoras europeas». Señalando las finalidades de la iniciativa de Rodó, dice el doctor Guani que «el proyecto no persigue propósitos materiales, sino, más bien, propósitos de propaganda moral; es un acto simplemente de esa naturaleza, una especie de *bello gesto*, y nada más».

Habla, después, el doctor Amézaga, quien manifiesta que «si se suprimen los libros encuadernados es lo mismo que no hacer el proyecto». Se produce, entonces, el siguiente debate dialogado con el miembro informante:

«Sr. Manini Ríos — A pesar de que la mayoría de los libros — y esto lo sabe el señor diputado Amézaga — vienen a la rústica.

«Sr. Amézaga. — Vienen encuadernados.

«Sr. Manini Ríos. — Pero la mayoría vienen a la rústica.

«Sr. Amézaga. — Son libros que valen veinte centésimos, novelas, etc., los que vienen a la rústica; los libros de derecho que se reciben para la Biblioteca de la Facultad de Derecho, vienen encuadernados.

«Sr. Manini Ríos. — Serán las obras grandes.

«Sr. Amézaga. — Obras de estudio, grandes y chicas. No se pueden pedir sólo obras grandes, porque la encuadernación de las obras chicas en el país es mucho más cara que la de las grandes en Europa».

El doctor Manini Ríos recoge la fórmula propuesta por el doctor Guani respecto de que la ley favoreciera a los «libros a la rústica o de encuadernación común» y la defiende en Cámara. El diputado Francisco H. López propicia la solución indicada por Rodó con este agregado: «exceptuándose los libros que tengan tapas de nácar, cuero de Rusia, carey, etc.». Habla, entonces, el doctor Fernández Saldaña:

«Yo creo que en la encuadernación, el que tiene un poco de hábito en el manejo de los libros, sabe que *la encuadernación vulgar es la que se hace en tela, pasta o media pasta*. Estableciéndose eso así, que es corriente, queda perfectamente aclarado. Simple encuadernación en tela, pasta o media pasta. Todo el que tenga un poco de trato con libros sabe lo que es eso». Le interrumpe el doctor Salterain:

«Sr. Salterain. — Tampoco es posible eso: la encuadernación española no es en pasta ni en tela, y no es de lujo.

«Sr. Fernández Saldaña. — ¿Cómo se llama eso? ... ¿En pasta española?

«Sr. Salterain. — En pasta española, no; en cuero de cabritilla española; no es pasta ni media pasta».

Vuelve a hablar Rodó para explicar que el objeto de la excepción que él proyectaba y que el diputado López ha ampliado consiste en «eximir de los beneficios de la ley a los libros en que prevalece el carácter de objetos de lujo, de objetos suntuarios, que son los que deben ser gravados especialmente por los impuestos de aduana. Ahora, que un libro que verdaderamente se destine a la lectura, y no a un uso de ostentación y de adorno, venga con una encuadernación más o menos rica, no es motivo para que la ley no le ampare en su exención».

Después de otras breves consideraciones fué sancionado el proyecto en la forma que tiene en la ley de 23 de Julio de 1910.

De ese conjunto de opiniones valiosas no sólo porque sirven para reconstruir la historia fidedigna de la ley (Cód. Civil, art. 17), sino también por la jerarquía intelectual del núcleo de legisladores que intervino en el debate, resulta claramente que por encuadernación de lujo se entendió la de «lujo excepcional», esa clase de libros que pueden clasificarse «entre los artículos de bazar o tienda», los libros «en que prevalecen el carácter de objetos de lujo, de objetos suntuarios» Como ni las encuadernaciones en tela, o en pasta, o en media pasta, tienen tal carácter, la franquicia alcanza a los libros que sean introducidos al país en esa forma.

En el Senado no hubo propiamente debate. El proyecto fué informado por el doctor Pérez Olave y el ingeniero Serrato. Manifiestan que «esa excepción de los impuestos de Aduana a los libros importados del exterior, es de verdadera necesidad para el fomento de la vida intelectual y propende también al desarrollo de nuestra cultura». Al ponerse en discusión, el doctor Otero pronunció estas palabras confirmatorias de la interpretación que surge de la deliberación en la Cámara de Representantes:

«Yo abrigaba una duda respecto al último inciso de este artículo; temía que fuese a discutirse en la Aduana sobre el verdadero alcance de las palabras: «encuadernación de lujo».

«Hablando con el autor del proyecto, señor Rodó, y con otros señores Representantes, me manifestaron que se había entendido como encuadernación de lujo, la encuadernación hecha con carey, con nácar, o con otras materias propias para dar al libro carácter de artículo de bazar.

«Se ha tratado de gravar con el impuesto «a los libros de misa lujosos», encuadernados con aquellas materias o adornados con metales. El impuesto no afecta a los libros de misa sencillos y corrientes, que entrarían como los otros libros en general, sino a los libros de misa que se venden en los bazares, encuadernados con materias excepcionales de lujo.

«De manera que la encuadernación llamada, por ejemplo, la amateur, chagrin, marroquí o tafilete, con o sin oro, que no es nada más que el medio de conservación mejor o de adornos proporcionado

al valor del libro, o las encuadernaciones en tela que suelen venir con dorado, no pueden ser consideradas como artículos de lujo.

«Yo pediría, por consiguiente, que quedase como antecedente de esta discusión —si nadie en el Honorable Senado se opone— la interpretación que le ha dado la Cámara de Representantes y la que acabo de hacer en este momento, para que no haya después, en la Aduana, dudas de ninguna clase y no se vaya a hacer obstrucción a la entrada de los libros bien encuadernados».

Los únicos libros que pagan impuestos de Aduana son, pues, los siguientes:

- a) Los libros en blanco;
- b) Los libros de autores o editores radicados en el país;
- c) Los libros con encuadernaciones de lujo, entendiéndose por tales las realizadas con los materiales que enuncia el capítulo 82 de la Tarifa.

Las leyes de franquicias, como excepciones al derecho general, son de interpretación restrictiva. Pero en el estudio de la ley de 23 de Julio de 1910 debe tenerse en cuenta que el principio general es la exoneración de gravámenes; las excepciones son los casos en que esos gravámenes deben aplicarse. En consecuencia, todas las dudas deben resolverse en el sentido del principio general, esto es, de la franquicia. Y esa es la conclusión que se desprende, también, del debate en las dos Cámaras.

ARIOSTO D. GONZALEZ

ENSAYOS

I

MUERTE FECUNDA...

Vidas hay que transcurren gravitando alrededor del pensamiento de la muerte, como si, por paradójico designio, lograran extraer, de esa influencia obsesiva, insospechadas e invalorable capacidades; como si todo su valer, su rendimiento, su máxima eficiencia, dependieran de la sombra augusta de la muerte, cobijando el multiforme y abigarrado paisaje vital. Pensadores de la talla de Rainer María Rilke, por ejemplo, han insistido ahincadamente a favor de tal criterio; y no es posible desconocer que la visión anticipada de nuestro fin ineluctable, dota a la existencia de esa nobleza y hondura que dimanan, espontáneamente, del contacto con las más trascendentes realidades. El «hecho solemne de la vida», — según expresión de Carlyle, — depende de su conjugación inextricable con el pensamiento de la muerte, que nos despoja de todo liviano hedonismo, para alzarnos hacia eminencias de austera y ejemplar meditación. Pues todas nuestras preocupaciones se agigantan, de esta suerte, desenvolviéndose en dimensión profunda, bajo la presión latente de tan supremo enjuiciamiento; y será beneficioso ahondar en la observación de cómo el pensamiento de la muerte, no ejerce, en definitiva, la influencia desintegrante, que, comunmente, se le atribuye. Es corriente presentarnos su persistente y desoladora sugestión como elemento inhibitor de todo esfuerzo, siendo noción aceptada el que la acción humana, en su posibilidad de exhuberante florecimiento, necesita desprenderse del concepto de límite y finitud, que obstaculiza su magnífico e incondicionado impulso.

Es admisible, lo acordamos, que tan obstinado pensamiento, alimentado y fomentado sin tregua, pueda llegar a impedir que se exteriorice esa faz del esfuerzo consistente en martillar sobre la realidad que nos circunda, para obtener de ella, bloques de recia y tangible concreción; es posible que quien vive nutrido de semejante pensamiento, desdeñe, por vanos y deleznales, muchos de los objetivos que polarizan nuestro afán de predominio y de conquista. Tal, por ejemplo, el caso de la India milenaria, que, en su violenta tensión metafísica, ha desoído siempre el reclamo perentorio de lo inmediato, prefiriendo vivir sumida en su atmósfera de vaporosa abstracción. A veces, la alternativa se presenta inexorable, y es preciso sacrificar uno de los términos: es forzoso decidirse, o por la eficiencia práctica, o por la desprendida nobleza de la vida, orientada hacia lo supersensible.

Sin embargo, es indudable que, rebasando la órbita que abarca

urgencias y estímulos materiales, la vida, consciente y premeditadamente vasalla de la muerte, se desenvuelve en un clima de absoluta libertad, de pureza e integridad insuperables, a cubierto de posibles claudicaciones o quebrantos; y puede afirmarse que en ella se generan todas las virtudes pródigas, todas las heroicas gallardías que, para actualizarse, requieren el despegue trascendente a que la meditación sobre la muerte nos conduce. «Sólo quien no teme a la muerte, puede llevar a cabo grandes cosas!...» exclamaba Saint Just. Y, por irónico destino, vemos así, como la familiaridad con el concepto de acabamiento y extinción, propicia el florecimiento de toda acción levantada y magnánima. Aún cuando nada más explicable, en suma, a despecho de una aparente oposición; ya que «vivir», en la integridad de la acepción que comporta el vocablo, es algo más que un mero hecho existencial; es una labor de acrecentamiento y expansión obstinadamente proseguida; el hombre sólo realiza su verdadero destino, a trueque de abandonarse a una finalidad que le trascienda, lo que no ocurre, cuando éste circunscribe su campo de actividad a la utilidad inmediata. Y quien aspira a vivir en plenitud, aspira a dejar en pos de sí, una expresión que le perpetúe en el espacio y en el tiempo; pero tal prolongación de la persona, invulnerable así, a la ley de la caducidad, sólo se alcanza mediante esa proyección abnegada de sí mismo, sobre los límites de lo estrictamente personal.

Y en cuanto a la cohesión, congruencia y solidez, de que la vida beneficia, cuando se la vincula al pensamiento de la muerte, ello se explica por el hecho de que toda existencia, de tono augusto y noble, se enlaza, más o menos deliberadamente, con una concepción cosmogónica, y con la ética que de ella se desprende; de lo cual ha de fluir el sentido normativo que condicione nuestra actividad. Concepción de esfericidad vital, que se genera, como hemos dicho, en el aura metafísica que acompaña toda meditación sobre los fines últimos de nuestro destino. Pues toda filosofía, es decir, todo intento de estructuración racional de la realidad, reconoce la necesidad de completarse, con ese desembocar de las cosas todas, que es el morir.

Con razón abominaba Rilke, como de un verdadero anatema, de la suerte recaída sobre las tristes muertes anónimas, tildadas de banal opacidad, en las que, el definitivo desenlace, no hace sino acentuar, con sensación de apocamiento y desgaste, lo que anteriormente fuera mera función vegetativa, en contraste con las muertes vigorosamente singularizadas, en que el trance portrero parece coronar y enaltecer el propósito consciente que alentó en la vida que se escapa. En tales casos: qué es la muerte, sino coronación y ápice de las potencias vitales... tránsito promisor hacia una «más allá» que nos reclama con sus incitaciones fecundas?... Pues conviene recordar que la inmortalidad no nos es tanto «dada», como «propuesta», tal una conquista a realizar; y cuanto más sustancial y grave nuestra vida, por obra de la medular preocupación de nuestra muerte, tanta mayor probabilidad de encontrar en ésta, espacios generosos de ilimitada perduración.

Tan inegable es la correlación de vida y muerte, tan firme e inquebrantable la secuencia que las une, que sería fácil tarea, traer al haz de la memoria, ejemplos en que el espíritu, en trance de liberarse, rubrica, con su palabra postrera, el entrañable sentido de la vida declinante. El caso de Goethe, es, quizá, de los más ilustrativos. Acuciado, durante su vida toda, por un insaciable afán de conocimiento, por un ansia eternamente incolmada de tensa superación, ello se simboliza en el pedido del agonizante, en quien, el dinamismo moral, protesta, irreductible, contra la endeblez de la materia, clamando: «luz... más luz!...» Y en tantas otras instancias que nos demuestran como la voz sincera de la muerte, reafirma, solemnemente, la intencionalidad de todos los actos vitales, que se encaminan, siempre, hacia nobles objetivos. Existencias aguijadas por una superior idealidad, que, a punto de efectuar el tránsito sin retorno, parecen recogerse en un esfuerzo enérgico, para lanzar sus últimos destellos, como la llama, en el altar del holocausto, antes de consumirse, se eleva, en su ofrenda suprema, refulgiendo con redoblado ardimiento.

Todos nosotros conocemos, por haberlo experimentado alguna vez, aún cuando en vislumbres intermitentes y fugaces, ese beatífico sosiego de nuestro ánimo, producido por aquello que, en la vida o en el arte, ofrece los contornos de una indiscutible perfección: ya sea la lograda armonía de una obra maestra, o la esencial solidaridad que ésta presenta con la personalidad de su creador, o la infalible operación de una ley que nuestra mente ha concebido, o, como en el caso que nos ocupa, la ceñida adecuación de vida y muerte, en sostenido e inalterable equilibrio. Obtenemos, con ello, el apaciguamiento que deriva de unir la causa al efecto; de observar, como se cumple, hasta en su más remoto alcance, la parábola del pensamiento y de la acción. Frente a hechos semejantes, la exigente apetencia de racionalidad inherente al ser humano, se aplaca momentáneamente, y nuestro espíritu, consigue «descansar».

El soldado que muere en su puesto de combate, el pensador que termina sus días junto a esa fragua quemante que es su mesa de labor, el hombre de ciencia que compromete su salud, para arrancar a la naturaleza sus secretos, el apóstol que se consume en la desgastadora propagación de su palabra; en fin, todo batallador, todo idealista en cualquier campo de actividad, al sacrificar su vida por su causa, provocará en nosotros, más allá de una reacción superficialmente dolorida, una satisfacción de más profunda raíz espiritual. No se compadece a quienes saben morir en la integralidad de su ley, pues en ellos se evidencia un consolador sentido de coherencia y plenitud, que suele faltar en el orden menor de ciertas manifestaciones de la vida.

Sin embargo, como todas las cosas de este mundo, que, en su juego diverso presentan una doble faz, — «el anverso y el reverso de la medalla de Júpiter», como decían los antiguos, — suele afirmarse

que la vida, para expandirse y exultar con magnífica opulencia, necesita asentarse en lo inconsciente, tierra propicia para su floración. Y si lanzamos una mirada rápida por el panorama de la historia, ocurren algunos ejemplos que parecen corroborarlo así. Si nos retrotraemos hacia la eclosión vital del Renacimiento, con la irradiación de sus potencias en las más variadas direcciones, con la avidez mental que urgía a la temeraria exploración de todas las rutas del pensamiento, al par que el arrebató de la acción, atraída por la promesa implícita en las remotas y deslumbrantes latitudes recientemente descubiertas... todo, en ese momento de generación esplendorosa, contribuía a demostrar que la vida, en su más frondosa manifestación, puede desarrollarse al margen de preocupaciones trascendentes. En efecto: esa hora de la historia, con la lujuriosa arborescencia de todas las capacidades humanas, parecía encontrar su origen y fundamento, en la inmanencia de la vida misma.

Guardémonos de incurrir en esta conclusión precipitada. La experiencia humanística ha puesto de relieve la insuficiencia y relatividad del ser que pensó bastarse a sí mismo formando un círculo hermético y concluso, pero que acaba por vacilar en el vacío, a falta de sólidas raigambres. La experiencia humanística se fragmenta y dispersa en prestigiosas fulguraciones, irisaciones caprichosas y fugaces, prismática coloración de la existencia, cuyos matices se deslían en juegos inconsistentes y engañadoras combinaciones. El hombre, creatura de un día, puede apegarse ilusoriamente al aspecto falaz de una vida que cree encontrar en sí misma su razón irrefutable, pero pronto echa de ver la precaria condición de un individualismo que, soberbio y pujante en la apariencia, necesita, sin embargo, apoyarse en un trasfondo espiritual. Así lo entiende Berdiaieff, en su tan sugestiva obra: «Una Nueva Edad Media», al afirmar que el hombre «cobra sentido cuando hunde su raíz en un suelo ontológico del que deriva su verdadera substancia».

Toda existencia henchida de significación espiritual, incorpora el pensamiento de la muerte al ciclo de sus constantes preocupaciones, de tal suerte que, lejos de implicar una influencia inhibidora y letal, configura la genuina dignidad del ser humano a lo largo de su terrenal jornada.

Muerte fecunda: por paradójico designio, la propia vida te necesita y te reclama...

II

VIDA SENCILLA

Es difícil llegar a la apreciación íntima de la vida sencilla. Ocurre con ella, como con la expresión de nuestro pensamiento, que, cuanto más simple en apariencia, más compleja es, sin embargo, en su escondida textura; cuanto más diáfana y traslúcida, tanto más cuidadosamente elaborada en su interior armazón. Expresión consti-

tuída por elementos superiormente armonizados, que, gracias a un hábil esfuerzo, se presentan reducidos a rigurosa unidad. De igual manera, nuestra adopción de la vida sencilla, no es nunca natural, sino indirecta, resultante postrera de una larga cadena de experiencias. Es el fruto de prolongada y laboriosa maduración. Y es, por consiguiente, correlativa a determinadas etapas de la existencia. La juventud la desconoce y la desdigna, pues corriendo alucinada tras las más convulsivas sensaciones, cómo habría de presentir la tenue palpitación que en ella alienta?... Pues, de acuerdo con sus estimaciones precipitadas, sólo en medio a una profusa y pintoresca copia de elementos, le será dado allegarse a la condición anímica que juzga más envidiable: la de plenitud vital. Vivirá en el clima borrascoso de su arrebatado sentir, en el cual buscará el secreto de su propia afirmación, imposible de encontrar, según ella, en la blanda placidez del estado contemplativo, que, en oposición a su dinamismo apasionado, se mostrará como la faz borrosa y negativa de la existencia. El criterio inmaduro adscribirá siempre al movimiento, a la agitación, a la violencia, la supuesta vitalidad que no sabrá descubrir en los silenciosos remansos: su liviana apreciación de las tersas superficies, le engañará sobre la hondura abismática que esconden la aguas lisas y suaves.

Y bien; continuando el paralelismo establecido al comenzar, tanto como el escritor novel se dejará seducir por las formas de expresión pomposas y rutilantes, creyendo encontrar en ellas, la más adecuada envoltura para ceñir la profundidad del pensamiento, así, la creatura fresca e ímpolita, irá al encuentro de sensaciones intensas y trepidantes, únicas capaces de dar cumplida satisfacción a la urgente exigencia de su sensibilidad recién abierta, esa sensibilidad florecida en la atmósfera incierta de un anhelar difuso, de un desear impreciso, contradictorio y fluctuante. La vida joven, demanda la nutrición excesiva que sólo ella, — en su lozanía jugosa, — puede fácilmente asimilar. Pero la vida, en su transcurso, nos afina, nos educa, nos pule; nos hace aptos para la percepción de la sutileza y del matiz; en tanto que los jóvenes sentidos, sólo son hábiles para la captación de impresiones abultadas, llamativas, relumbrantes. Sólo la experiencia nos adoctrina, sólo el vivir nos alecciona plenamente, y el discernimiento, fruto que recogemos al contacto prolongado con la realidad, discernimiento penosamente conquistado, nos facultará para efectuar la cosecha de impresiones que, en nuestros primeros años, se agolpan, indiscriminadas, a las puertas de la sensibilidad. Todo nos atrae y solicita, entonces; y la avidez emocional de la juventud se explica, en gran parte, por su imposibilidad de escoger, debido a la torpeza de su ineducada percepción, que no logra operar la selección indispensable entre el fárrago confuso de estas primeras sensaciones. Pero luego, — y ésta es la máxima floración de la experiencia, — luego de haber agotado el contenido estremecido de las horas, se alcanza la serena conclusión que nos permite aquilatarlas: comprendiendo así, que la íntima calidad de los instantes, no

depende, como lo juzgara nuestra fútil valoración adolescente, ni de su deslumbrante refulgencia, ni de su enfática aparatosidad.

La captación de los finos matices del espíritu, requiere el gradual alejamiento de la zona candente de las primeras emociones. Perspectiva indispensable que nos permite organizarlas. La juventud es tropel, tolvenera pasional; la madurez es selección y concierto. Y es mediante esta inapreciable facultad de selección, que logramos establecer los «valores», puntal y guía de nuestra conducta; esos «valores» que la bullente juventud, anega, indistintamente, en la ola de su arrollador impulso. Comprendemos, poco a poco, que la repercusión psíquica de los acontecimientos, no guarda rigurosa proporción, con la senioridad y relevancia que los convirtieron, en un momento dado, en señores de nuestra conciencia, y que su definitiva clasificación, depende de la obra decantadora que el decurso del tiempo efectúa en ellos. Cuantos sucesos de impresionante volumen, en la hora de su manifestación, que acaban desvanecidos en las cenizas del recuerdo!... Y cuántas impresiones, juzgadas en un principio, intrascendentes y nimias, que sutilmente trabadas en ceñida conexión, constituyen la urdimbre imponderable de nuestra vida moral!... Sin embargo, esta equilibrada ordenación de los acontecimientos no puede alcanzarse de plano: es necesario, para ello, haber vislumbrado la inanidad de aquellos remolinos pasionales, que nos arrastraron, un día, en el vaivén irresistible de su arrolladora expansión.

Pero la lección perdurable de la vida, es la capacidad para desentrañar el íntimo «substratum» de las cosas. El espíritu joven, ya lo hemos visto, se detiene en el aspecto superficial que éstas le ofrecen, sin deseos de intentar una mayor penetración; a medida que vamos viviendo, por otra parte, nos hacemos más sensibles a la realidad de esa calidad sutil, habitualmente velada y escondida a nuestros ojos. En los primeros años nos posamos despreocupadamente sobre el haz de la vida, sin adentrarnos en su esencialidad. No cuidamos de internarnos en su íntimo trasfondo. La gruesa y basta realidad que nos rodea, nos satisface hasta el punto de acallar momentáneamente, toda apetencia de conocimiento ulterior. Existimos apresados en la red de lo tangible. En su atmósfera densa, somos, vivimos, respiramos. Pero, traspuesto ese período de ciega sumisión a lo exterior, de incondicionado apego a la corteza de la realidad, nuestra paulatina inmersión en sus planos profundos, nos lleva a descubrir sus elementos, recónditos e inefables. Y todo ahondamiento en la interioridad de las cosas, conduce al abandono de los vanos prestigios que nos solicitan desde afuera; vida que gana en dimensión de hondura, al par que se muestra, frente al mundo circundante, cada vez más despegada, indiferente y ascética.

Se ha dicho que cuanto ocurre en las fuentes profundas, ocurre con calma; el bullicio, la agitación, la turbulencia, pertenecen a la periferia impresionable. Cuando contemplamos esas existencias apacibles, en las que habla quedamente «la voz del silencio», comprendemos que ellas han encontrado su centro de gravedad en un escon-

dido núcleo que no todos logramos percibir. Y quien vive serenamente recogido en sí mismo, al margen de la pueril agitación mundanal, está en vías de cumplir la verdadera finalidad de su destino: la de reconocer y realizar su propia e individual substancia anímica, celosamente defendida así, contra las turbadoras interferencias que juegan en la cambiante y veleidosa superficie.

En la vida sencilla demuestra el hombre su desdén por las vanidades que otrora le alucinaron, con lo cual establece, al mismo tiempo, la verdad descarnada de su nueva existencia, en la que todo se reviste de una tranquila y robusta dignidad. Con los elementos más simples, construye las más duraderas realidades. Esta existencia escueta, y reducida a su auténtica expresión, es la que encerrará, para el espíritu, la más tonificante fuerza nutricia. Todo en ella será sano, natural y vigoroso. El hombre que a ella se acoge, hollará, por vez primera, el suelo firme de la sinceridad. Poco importa que ella carezca de los atributos objetivos que hacen de otras existencias un espectáculo de visualidad fastuosa: todo ese mismo despliegue de exterioridad y pompa, indica, para quien sepa comprenderlo, la necesidad de colmar, en cualquier forma, la desolada oquedad del interior. También observamos en la precaria vida psicológica del niño, la animada y expresiva gesticulación que en nada se relaciona con sus rudimentarios contenidos morales: tanto más exagerada y desmedida cuanto más endeble el fondo psíquico que intenta manifestar. Toda la energía de la creatura joven, energía desorganizada aún, se vuelca en el ademán inconsiderado y vacío de sentido. En cambio, el hombre de alma madura, afinada por el vivir aleccionador, se expresa totalmente en un gesto casi imperceptible, que encierra, sin embargo, el zumo de su experiencia. ¿Cuál si no ése, es el secreto del encanto que mana de las figuras de Leonardo, de las que Mona Lisa es la máxima cifra, en quienes la sonrisa ambigua y leve indica la riqueza compleja de su alma?...

Ahora bien; para justipreciar lo que se oculta bajo la falaz envoltura de la forma, bastaría aplicar el criterio con que juzgaba Nietzsche a los seres que atravesaban por su camino: al observar en ellos el gesto teatral y llamativo, los clasificaba, según sus propias palabras: «faltos de autenticidad». Porque, en efecto, lo natural, librado a su propio impulso, debiera bastarse a sí mismo: todo retorcimiento, toda afectación, toda exhibición de amañes y de artificios, demuestra que la naturaleza ha sido frustrada en su intento: acaso son ellos, algo más que un sucedáneo de la espontánea energía que debió manifestarse sin dificultad ni trabas?...

«Desconfiad de las personas pintorescas», — agregaba Nietzsche. Desconfiemos también nosotros, de las vidas aparatosas, que poco o nada esconden en su fondo, no obstante su complicada armazón. Y aún podría asegurarse que todo el énfasis que recae sobre lo externo, es índice inconfundible de la vacuidad interior.

Quien adopta voluntariamente la vida sencilla, evidencia, con ello, que ya comienza a recorrer, sabiamente, la curva de descenso,

tras la cual quedan las engañosas y rutilantes fantasías de la juventud. Decide anclar en la verdad rotunda de la vida. Quedan a su vera, los fútiles adornos, innecesarios ya. Y cabría aquí, relacionar las condiciones que caracterizan esta modalidad de la existencia, con el signo que preside a la vida de la ancianidad. Tanto en la vida sencilla, como en la última edad de la existencia, nuestra adhesión a la realidad circundante, será más sincera y genuina. En ambos casos, sólo atenderemos a lo más próximo, positivo y sustancial. Ambas implican una técnica de contracción, de adecuación a lo inmediato, ya en el espacio, como en el primer caso, ya en el tiempo, como en el segundo. La vida simple nos induce a adaptarnos al ámbito pequeño en que nos toca actuar, sin ambicionar más dilatado horizonte; al par que en la existencia de nuestros últimos años vivimos rigurosamente atentos al presente, del cual extraemos, entonces, todo el oculto venero de humildes satisfacciones. Pues la ancianidad no se sustenta únicamente en el pasado, como en general se cree; el pasado, le sirve, es verdad, de majestuoso y solemne telón de fondo, pero su verdadera vida se ciñe a una actualidad dramática, en la que luchan denodadamente las fuerzas encontradas del tiempo, en su doble aspecto de enconada resistencia, y de incoercible fugacidad.

La juventud anhela, sueña y goza; la madurez realiza, aunque suele olvidarse de «vivir», al anegarse por entero en la obra que le toca ejecutar; pero sólo la ancianidad sabe apresar, celosamente, el contenido transitorio del instante. De igual manera, sólo la vida sencilla, disfruta las diáfanas sensaciones florecidas en el clima de la verdad natural.

Desprendida ya de las atracciones ilusorias que forman el ambiente teatral y artificioso de la otra, la vida simple, está en las condiciones necesarias para clasificar acertadamente los acontecimientos. Convencionalismos, fantasías, espejismos de gloria o de mundana vanidad; todo ello se retrotrae hacia el plano subalterno que, en buena lógica, le debe corresponder. Sólo queda en pie, enhiesto y firme, lo positivo, lo intrínseco, lo fundamental de la personalidad, reflejado en el tono leal de una existencia que toma a la naturaleza por módulo.

La tendencia general del hombre, le impele a mirar hacia el futuro o a refugiarse en el pasado; quizá no sea aventurado afirmar que únicamente la ancianidad logra sujetar, en nudo apretado y compacto, el contenido del momento actual. Cuando las ilusiones se han desvanecido, cuando los prestigios que forman la trama irisada de la vida, desaparecen definitivamente, nos atenemos con vigor a lo inmediato, único terreno sólido donde posar nuestra planta. Pues resulta más difícil de lo que a primera vista pudiese creerse, el saber circunscribirse exclusivamente a él. Cuando Goethe advierte al hombre que «vivir es un deber, aunque más no sea que por un instante», tiene en cuenta esa inaprehensible levedad del presente que, por despreocupación o negligencia, permitimos se sustraiga a nuestra captación; ya que muchas veces buscamos el reemplazo de ese vivir con-

creto que nuestra obligación impostergable, en los recuerdos brumosos del pasado, o en las inciertas construcciones de un aleatorio porvenir.

Tanto como debemos vivir en lo inmediato, debemos, pues, vivir en lo verdadero; en ese contacto directo y espontáneo con los goces sencillos y naturales, tanto más positivos, cuanto más despojados de la frondosidad con que suele sofocárseles. Como en medio a una vegetación lujuriosa se pierde el sentido del detalle, ya que todo se confunde en su exhuberancia selvática; así las existencias recargadas de cuidados, obligaciones y vanidades, agotan su capacidad para el genuino disfrute de la vida, en la enrarecida atmósfera que ellas mismas han creado. Muy distinto es el caso de las tranquilas existencias, en que una atención diligente y silenciosa, nos brinda de tanto en tanto, — como en un prado de esmerado cultivo, — las floraciones más íntimas, tan delicadas como perdurables.

III

EL LIBRO Y SU LECTOR

Dos actitudes caben ante las páginas del libro: la simplemente receptiva y expectante, o la rigurosamente crítica y analítica. La primera, nos coloca, intencionalmente, dentro de la órbita sugestiva del autor, con mengua de toda contribución personal e independiente, en tanto que la segunda, al afirmar una postura defensiva del espíritu, impide que se realice la impregnación de nuestro ánimo, por las ideas que nos confrontan. En eso, como en todo, en «el medio se encuentra la verdad», pues la suprema virtud de toda obra, consistirá en suscitar una nueva e insustituible síntesis, conjugación de las incitaciones que de ella manan, y de la propia substancia psíquica de quien las asimila. Resultado que no puede obtenerse, cuando nos cerramos obstinadamente a la posibilidad de nuevas experiencias intelectuales.

Las páginas están ahí, grávidas de sugerencias, que se concretarán en las reacciones más inesperadas. El libro, se ha dicho con acierto, tiene al lector por colaborador; y es indudable que de inmediato se establece una corriente simpática, provocada por las características morales del lector, y ciertos aspectos de la obra, concordantes con sus tendencias más íntimas. He ahí también la razón de que las grandes creaciones, — grandes por haber tocado el fondo oscuro de la vida, región de convergencia y unidad donde todos nos hermanamos, — lleguen sin esfuerzo a todos los espíritus, colmando, en igual medida, las exigencias de la mentalidad alquitarada y sutil, como el reclamo instintivo de la sensibilidad virgen e impoluta.

El libro está ahí, a la espera de nuestra facultad de captación, de nuestra acuidad de percepción para aprehender su contenido. Cada lector se orientará, dócil a la imantación que sobre él ejercerán determinados aspectos, pues no todo le será por igual asimilable, y lo

que, para uno, es tonificante estímulo, o luminosa verdad, carecerá, para el otro, de evidencia, o de impulso propulsor. Puede afirmarse que el libro nos revela a nosotros mismos, ya que, al ejercer sobre nosotros la presión de sus solicitudes, a las que respondemos con espontánea rendición, contribuye a objetivar nuestros recónditos anhelos, nuestras más entrañables preferencias. Pues toda obra generada bajo el signo de la sinceridad emocional, estremecida ante el misterio de las cosas, nos presentará, en escorzo, el panorama de la vida misma, en medio a cuya opulenta arborescencia, cada lector, siguiendo su natural inclinación, podrá encontrar el camino hacia su interioridad.

Siempre será motivo de pertinaz indagación, las paradójicas reacciones que se producen frente al libro, donde cada lector descubre, en definitiva instancia, lo que ya germinaba oscuramente en él. Ello explica su impenetrabilidad para otras facetas de la obra, no obstante el mérito intrínseco que puedan ostentar, pero que no actúan sobre él con dinámica eficiencia, ya que no laten en ellas, potencialidades afines a las que se agitan en su trasfondo anímico.

Pues es indudable que cierto grado de madurez moral, nos coloca en relación con determinados sectores de la realidad, y nos capacita para interpretar su mensaje. La repercusión que la obra deja en el espíritu, está condicionada por la dimensión receptiva del lector, pues no vemos en ella mucho más de aquello para lo cual estábamos preparados de antemano.

Parecería, según esto, que toda obra, sea cual sea la fuerza interior que la anime, podrá, según las circunstancias, carecer de virtud operante y activa, al encontrarse así, subordinada a la percepción relativa del lector. Pero existe un factor que establece contrapeso; es preciso contar, al mismo tiempo, con la plasticidad psíquica del hombre, con su capacidad de adaptación, con ese virtual anhelo de adicionar su acción personal y creadora, al impulso ascendente que a todos nos arrastra. Por ello, toda lectura, deja siempre, en el espíritu, una simiente que germinará a su hora. Pero, en un primer plano de asimilación, ciertos aspectos de la obra, podrán deslizarse inadvertidos, cuando no menospreciados, ya que suelen configurar un intento de innovación y originalidad, al que también se resiste nuestro espíritu, que oscila entre los polos de la estabilidad conservadora y el alarde temerario hacia lo desconocido.

De las dos actitudes en que el lector se enfrenta con el libro, la dócilmente receptiva es la más recomendable, ya que nos abre a las perspectivas que la inaudita palabra despertará en las profundidades del alma, en tanto que la postura primordialmente crítica y analítica, tiende a fortalecer la resistencia con que, instintivamente, nos defendemos contra toda posible alteración de lo habitual y consagrado. Todo estímulo que favorezca la captación de lo nuevo, es digno de encomio, pues tal actitud implica una tensión vigorosa de las energías morales, a la inversa de lo que acontece con nuestro abandono a lo ya logrado y al conformismo con que aceptamos las fórmulas

impuestas por el uso. En la tendencia conservadora, prevalece el factor francamente negativo, pues sobre ella presiona el peso muerto del espíritu; la cristalización de aquello que, en un tiempo, fué vida fluente y activa, pero sofocada, luego, por una capa de pesadez y de inercia.

Todo cuanto contribuya a sacudir el peligro de un letargo espiritual siempre en acecho, ya que él, capciosamente, nos induce a deslizarnos por la línea de la menor resistencia, será, de todo punto de vista, laudable y beneficioso.

Es indudable que, si hemos de juzgar la obra desde un primer plano de comprensión, la lectura a la cual nos abocamos, ejercerá su pronta e indiscutida sugestión, a favor de las resonancias anímicas que provoque en nosotros, resonancias que se despertarán al amparo de su virtual afinidad con ciertas facies de nuestro «yo», plenamente desarrolladas y conscientes. Pero hay creaciones de tan insólito y atrevido soplo creador, que rebasan el ámbito de habituales impresiones, exigiendo de nosotros, la educción de otras pasibilidades latentes en nuestro ser. En tales casos, podrá haber rechazo e incompreensión en las primeras lecturas, pero el leve surco abierto en la materia porosa de la receptividad, se dilatará, poco a poco, hasta capacitarnos para la asimilación sustancial, de lo que pareciera, en un principio, elemento foráneo en nuestro espíritu.

Habíamos hablado, al comenzar, de la síntesis viva que se opera, cuando toman contacto el libro y el lector. El libro se enriquece con nuestras reflexiones, y con la meditación ahincada, que en él persigue todas las consecuencias implícitas en el pensamiento inicial. Es necesario efectuar la conjunción de la mente que lanza sus creaturas al mundo, y de la capacidad que las recoge e interpreta. No será, acaso, indispensable, objetivar el pensamiento, para aquilatar su contenido genuino?... Es imposible, «a priori», anticipar sus posibilidades de dilatación y alcance. En el transcurso del tiempo, se nos aparece entretejido con las innúmeras aportaciones que le añaden complejidad. El pensamiento necesita verse reflejado en otras mentes, para alcanzar una lúcida conciencia de sí. Como decía Shopenhauer, el «yo» necesita del «tu», para obtener su propia definición.

En tal intercambio de influencias, en la interacción de la obra y su lector, es indudable que la ventaja mayor, recaerá sobre este último. En el libro está el fermento, la levadura inspiradora, mientras que en el lector, sólo reside la posibilidad de elaborar algo con ella. Pero esta misma posibilidad dependerá, en gran parte, de la actitud adoptada frente a la obra. La manera exclusivamente crítica, se cerrará a la sugestión de los aspectos fecundos, limitándose a una exégesis destructora y negativa. Error lamentable, el hacer radicar toda labor de estudio, emprendida respecto de las grandes creaciones, en un minucioso y alambicado experimento de laboratorio, donde se escapa aquella esencia sutil, que es forzoso apresar con inefable levedad intuitiva. Y lo que, en estas creaciones, se proyecta, con mayor irradiación, en el correr de los años, es, precisamente, ese ámbito henchido de oscuridades promisoras, que encuentran su concreción,

mediante las alianzas realizadas con quienes acogen su mensaje. El libro necesita del lector, para aquilatar su potencia y la extensión de su contenido; el lector necesita del libro, cuyo fervor le impele a la conquista de nuevas tierras espirituales.

Ahora bien: ¿cómo encaminar nuestras lecturas, para extraer de ellas el valor que virtualmente contienen?... ¿Qué debe leerse?... ¿Lo que nos es semejante, o lo que nos es opuesto?... ¿Debemos buscar en ellas, el refuerzo de nuestra propia idiosincracia, o la gimnasia mental a que obliga toda labor de adaptación?... En suma: ¿deberá ser su acción, confirmatoria de nuestra propia tendencia, o más bien, complementaria, tratando de colmar lo que nos falta?... Goethe, opinaba que sólo debe leerse «lo que se admira». Y, al ahondar en el sentido de la máxima de Goethe, comprendemos la validez que le asiste, si consideramos que «lo que se admira», está en relación de inmanencia, con nuestra más íntima substancia moral. Admiramos, porque reconocemos en lo admirado, una especie de armonía preestablecida, con algo que, sordamente, ya se agitaba en nosotros. Y todo cuanto se construya sobre los firmes cimientos de la autenticidad individual, tiene garantías de reciedumbre inconmovible. Cuando la labor cultural opera sobre lo intrínseco, lo peculiar de cada uno de nosotros, desaparece la presunta antinomia entre la naturaleza y educación; se asegura, de este modo, una evolución armónica, en que la depuración y pulimento de nuestras facultades, se realizará sin constricción y sin esfuerzo, como feliz adición al signo psicológico que nos marcara al nacer. Tanto en la empresa de la cultura personal, como en la elección de los libros que han de contribuir a ella, conviene evitar la violencia, la coacción, el ascetismo.

Si Goethe aconseja leer lo que está, de antemano, de acuerdo con nosotros, (ya que tal parece ser el íntimo sentido que lo anima en su consejo), es porque prefiere el proceso de la asimilación espontánea y natural, al método que nos obliga a renunciar a nuestra propia inclinación, para adoptar flexiones y posturas impuestas desde fuera. Cuando el hombre está sólidamente instalado, en el lugar que le corresponde, como creatura de la Naturaleza, se vuelve, según expresión de Emerson, «inventivo, fecundo, magnético», surgiendo su acción sin obstrucciones ni trabas, con la límpida frescura de un agua de manantial.

Sin embargo, pudiera objetarse que la educación es todo lo contrario del dejarse arrastrar por las propensiones innatas. Más de una doctrina pedagógica, establece la necesidad de amoldar lo natural a contenciones y rigores normativos, haciendo radicar toda su eficiencia, en las victorias que logra sobre el indómito impulso primario. De ser esto cierto, toda labor educativa se presentaría como una superestructura severa, en radical oposición con el espontáneo explaye de nuestras fuerzas vitales.

Pero la duda nos asalta, si observamos lo que es posible realizar cuando se trabaja sobre la base de lo natural y orgánico, bien es verdad que para perfeccionarlo y depurarlo, pero siempre en el sentido que marca el invulnerable sesgo individual. En cambio, la compre-

sión y el ascetismo, al situar al hombre al margen de la vida, le niegan el apoyo que deriva de las fuerzas naturales. Queda éste, impotente, desasido, falto de terreno sólido donde posar confiadamente su planta.

Afortunadamente, toda lectura, por opuesta que sea a nuestra idiosincracia, y cualquiera sea su orientación y tendencia, opera siempre en un sentido más o menos positivo. En efecto: toda obra se escribe a instancias de una verdad que pugna por ver la luz, por difundirse, por generalizarse, por comunicarse al prójimo. Verdad que podrá o no encontrar eco inmediato en las conciencias, «pero ha sido generada en la interioridad estremecida de un ser humano, constituye su férvida y encendida expresión. A este título, tarde o temprano, despertará, en el lector, la resonancia provocada por la vibración de los afares, inherentes a nuestra condición doliente y frágil. Ya lo había dicho Terencio, en su generosa sentencia: «Nada de lo que es humano, es ajeno a mi corazón».

Estas obras eternamente cálidas, ya que se nutren de una substancia fundamental e indestructible, despertarán en el lector repercusiones de inextinguible dilatación, no obstante los matices de sus inclinaciones y preferencias individuales; peculiaridades éstas, que se desvanecen en la amplitud indistinta del fondo común. Obras que se internan en el ánimo, por conducto de una emoción elemental; y en el irracionalismo fecundo que fué su clima generador, encontramos la explicación de no levantar en nosotros, propósitos de crítica exigente y minuciosa, ya que su penetración se realiza, obedeciendo, sin reservas, a la ley arbitraria de la sensibilidad. La obra de Nietzsche, la de Kierkegaard, la de Unamuno, (por no citar sino los primeros ejemplos que acuden a nuestra memoria), toda la literatura de carácter místico, las corrientes intuicionistas del pensamiento moderno, no pueden ser clasificadas ni avaluadas a la luz de la razón. Frente a ellas, sólo es posible poner en juego, un único criterio: el sentimiento. Y si ante ciertas obras imperecederas, todos nos inclinamos en la unanimidad de una emoción genérica, se debe a que éstas han conseguido adentrarse en la región unitaria de lo universal y eterno.

En el momento plástico de la primera juventud, momento de búsqueda avizora e inquieta, cuando nos asomamos a todos los caminos del pensamiento, en procura de un derrotero que no hemos sabido aun hallar en la intimidad de nosotros mismos, nuestras lecturas deben ser variadas, diversas y panorámicas, efecto de una avidez parecida a la del viajero primerizo, que observa, con igual intensidad de emoción, la sucesión abigarrada de paisajes que resbalan por su pupila apasionada. Momento de gestación fecunda, en que es preciso dar al espíritu el múltiple alimento que requiere. No es de temer, por otra parte, que éste se desvíe, definitivamente, a instancias de contradictorias sugerencias, de su verdadera polaridad moral; todos nosotros, tarde o temprano, volvemos a refugiarnos en el punto nuclear de la personalidad: en ese «yo», siempre fiel a sí mismo, que, objetivamente proyectado, se traduce en el «carácter».

A este período de la vida, de ebullición desordenada, sucede la hora de la «educación», en que tratamos de compensar lo que en nosotros es débil e insuficiente, realizando el equilibrio de la personalidad. Es fácil dejarse llevar por el plano inclinado de las tendencias innatas; siempre seremos eficientes en aquello para lo cual la Naturaleza nos condicionó; pero toda labor educativa, en la mejor acepción de la palabra, ha de fincar en dotarnos de la elástica soltura, que se mostrará, más tarde, como noble y serena esfericidad de comprensión.

La juventud, ya lo sabemos, es la época de la acumulación profusa y desordenada de elementos, en tanto que a la madurez corresponde la tarea de la coordinación y la decantación. Pero la propia originalidad psicológica, surgirá, en último término, más vigorosa y acusada, cuando incorpore a su síntesis, todo lo que ha recogido, en su deambular trashumante por las más caprichosas rutas del pensamiento. Y decimos que su más honda originalidad se mantendrá incontaminada, no obstante su tangencia con diversas y contradictorias modalidades del pensar, pues nuestras innatas tendencias se mostrarán robustecidas, al contacto de la oposición que sirve para definir las y acentuarlas.

En tanto el hombre se evidencia en la acción, debe mantenerse fiel a su íntima verdad, a la esencial curvatura que le marca su carácter. La acción, para ser eficaz, requiere ser «absoluta», es decir, que debe evitar los desvíos a que la somete la prismática fulguración intelectual, o la irrefrenable volubilidad del corazón. El hombre de genio — se ha dicho — es el de «una» sola idea; fórmula que, con mayor acierto, correspondería aplicar al hombre de acción, como el que alberga «un» solo propósito, y éste, profundamente concordante con el más entrañable anhelo de su alma. De la vinculación que logre establecer entre la canalización de su energía, y la fuente oscura de donde ella mana, dependerá la magnitud de su alcance; o, en otros términos, de la armonía que haya alcanzado consigo mismo, adecuando la potencia a la realización.

Sin embargo, en la esfera del pensamiento, no impera la misma ley. El pensamiento podrá ser el antecedente de la acción, pero no coexiste con ella. Cuando se obra, es porque se ha cerrado ya el ciclo de la deliberación; cuando se delibera, es porque los trazos de la acción futura, presentan aún, contornos borrosos e indecisos. En cuanto a la acción, deberá reflejar, con impoluta sinceridad, nuestro insobornable fondo psicológico; en ello radicará su pujanza ejecutiva, y, en cierto modo, su «orgánica» belleza.

La vida mental, en cambio, es contemplativa y desinteresada, en contraste con el ansia finalista de la voluntad. Se ejercita, primordialmente, para «comprender», y sólo, secundariamente, para proyectarse en actos. Pensamiento y acción, orbes distintos, que sólo en fugaces coincidencias, nos presentan el milagro de la voluntad iluminada, o de la ideación heroica.

«Comprender», será, pues, una función tan importante como «ejecutar». Y para «comprender», es forzoso adiestrarse en la disciplina de flexibilidad a que obligan las lecturas que no concuerdan del

todo con nuestra íntima substancia, pues, si bien una aprehensión fulminante e intuitiva nos lleva a reconocer aquello con lo cual estamos esencialmente emparentados, sólo una tesonera y premiosa labor de pedagogía, nos capacitará para la percepción de otras manifestaciones, igualmente valederas y legítimas, dentro de una apreciación objetiva de la vida y sus valores.

En suma: el beneficio de las lecturas múltiples, y si se quiere, un tanto abigarradas, está condicionado por la psicología del lector. Cuando la idiosincracia es vigorosa y acusada, ellas no le desvían, sino, por el contrario, le enriquecen, pues él las induce a servir sus propios fines. Son elemento de opulencia y de ductilidad en el entendimiento. La madurez, y más aún, la ancianidad, al sustentarse en el pasado, beneficiarán de ellos, pues, cuanto más profuso haya sido éste, tanto más colmada y plena, se mostrará, posteriormente, la vida espiritual que en él arraiga.

Ya hemos visto cual es, en la edad madura, la función preponderante: consiste en una faena de organización y depuración de lo existente; pero no olvidemos que ésta evidenciará un formalismo estéril y negativo, si no ha palpitado alguna vez al calor vivificante de la apasionada juventud.

Durante ese momento de la vida, las lecturas podrán ser desordenadas, diversas, contradictorias; en la juventud se hermanan sin dificultad admiraciones aparentemente opuestas entre sí; no nos preocupa la rigurosa congruencia que más tarde será ley de nuestra vida mental; vivimos en el indiscriminado dominio del sentimiento, e impera allí un núnen voluble y caprichoso. Pero en la madurez, lo racional prevalece, nuestras lecturas buscan ser medulares, con miras a afianzar, definitivamente, la estructura de nuestro mundo interior; recurrimos a ellas, urgidos por la necesidad de apuntalar la solidez de nuestro entendimiento, en la hora responsable de su culminación. Lo que en ese momento nos interesa, no es, como en nuestros primeros años, la vida, varia y multiforme, reflejada en el pensamiento, que le sirve dócilmente de medio expresivo, sino la trama rigurosa del pensamiento, reduciendo a su inexorable ley, las rebeldes potencias de la vida. Nuestro ser, ya serenado, se inclina a la racionalidad; en vez de contemplar el panorama tumultuoso de las pasiones que configuró la visión de nuestra edad juvenil, nos complacemos, ahora, en la visión impersonal de los conceptos, y en el descubrimiento progresivo del orbe majestuoso de la Idea.

Ahora bien; en los umbrales de la ancianidad, cuando se aspira, muy legítimamente, a un reposo bien ganado, entonces, sí, es indudable que la máxima de Goethe cobra inobjetable validez; entonces, sí, se lee «lo que se admira»; ya no se trata de asimilar elementos que hayan de servir a la cosecha futura, ni de acendrar y depurar lo que hemos adquirido; nuestro espíritu, modelado por la vida, y rebasando la esfera de la emoción al par que el dominio de la racionalidad, busca la suprema afirmación de su inmanencia, que se refleja y reconoce en el objeto de su admiración.

MARIA AMALIA BLIXEN

GIACOMO LEOPARDI

EL POETA DEL DOLOR SIN ESPERANZA

«...y el naufragar me es dulce en estos mares».

Una voz pura de poeta se levanta — en soledad no hollada — al amanecer el siglo XIX.

¿Dónde naufragará este lírico que lleva en su cuerpo, estropeado ya al nacer, todo el dolor del cosmos? ¿Por qué mares irá su alma tocada de angustia tremenda e incesante?

Pláceme volver al mundo tan poco visitado de sus «Cantos». Su obra aún no ha recibido la divulgación que se merece. En vano es asediada por la gris indiferencia. El gran poeta italiano vive en una gloria pura. Los verdaderos valores espirituales se afirman, a través del tiempo, en su propia autenticidad. Están más allá de los fáciles elogios y de las tristes negaciones, y los variables vientos de la opinión no llegan hasta ellos, pues por ser verdaderos valores espirituales, han hundido sus raíces en los problemas eternos del alma del hombre. Así, en limpia y ardiente soledad, permanecen firmes.

Ahora, la lectura circunstancial de una edición italiana de «Le Rime» de Petrarca con notas de Leopardi, hiciéronme desear nuevos contactos con el poeta de Recanati.

Veamos el momento en que se insinuó este deseo. Llegaba al famoso soneto de Petrarca, cuando dice su descontento trascendente:

Pace non trovo e non ho da far guerra;
E temo e spero; ed ardo e son un ghiaccio;
E volo sopra'l cielo e giaccio in terra;
E nulla stringo e tutto'l mondo abbraccio.

(Paz no encuentro y no tengo ninguna ocasión de guerra; temo y espero; ardo y soy hielo; me lanzo hacia el cielo y permanezco adherido a la tierra; quiero abarcar el mundo entero con mi abrazo y no estrecho nada).

Está comprobada la relación existente entre los antiguos clásicos, Petrarca y Leopardi. Su dolor tuvo como punto de partida el intenso sentimiento de disconformidad que el poeta de Arezzo introdujo en la literatura, anticipándose con sus antimonías a las dramáticas contradicciones del hombre moderno.

En Leopardi el dolor no tiene esperanza. Es la guerra perpetua.

«Todas las cosas ser criadas a manera de contienda o batalla, dice aquel gran sabio Heráclito en este modo: *Omnia secundum litem fiunt*. Sentencia a mi ver digna de perpetua y recordable me-

moria». Así se inicia el prólogo de «La Celestina» (edición de Sevilla de 1502) en el cual también se citan palabras de Petrarca que testimonian la oscura visión total del mundo en que nace la trágico-comedia de Calixto y Melibea.

En este mar de dolor — la vida — a nuestro poeta le será dulce naufragar. La tragedia de la naturaleza y de la humanidad en continua batalla, llévanle a su angustia cósmica que en su poesía será la expresión del «sentimiento trágico de la vida».

Al nacer ya dan comienzos sus padecimientos. Tiene un cuerpo enfermo y feo. No se puede hacer una alabanza de su fealdad en el sentido socrático. Dolencias pertinaces deforman su pecho. No obstante en él nacerán las más dolorosas canciones. ¿Su familia? ¿El ambiente familiar? La casa paterna se le apareció como una insospechada prisión. Su familia, noble y reaccionaria, le torturó los primeros años de su juventud. Hay en su adolescencia intentos de huida, es decir, evasión de la fría incompreensión familiar que oprime y maltrata su fina sensibilidad. Se liberó de la estrechez de aquellos años sombríos dedicándose, en largos días y noches de fiebre, a los estudios clásicos. Llega a dominar a los 15 años — y sin maestros — los textos de la inmortal cultura helénica.

A los 24 años logra abandonar la casa paterna y la ciudad natal que le oprime en su mezquindad. ¡Al fin la libertad y con ella otros rostros de mujeres, nuevas presencias de hombres, la vida en las ciudades acariciadas, hasta este momento, en las visiones fugitivas del ensueño! Desde 1822 hasta 1837, vive sucesivamente, ayudado por algunos amigos, en Roma, Milán, Bolonia, Florencia y Nápoles. En la luminosa ciudad del Mediterráneo transcurren sus últimos años y allí muere. Una de las postreras páginas de Rodó, como en presentimiento de su propio y temprano fenecer, están dedicadas a una visita que hiciera a la tumba del poeta y que tituló «El Altar de la Muerte».

Los sepulcros de dos poetas — Virgilio y Leopardi — se encuentran en Nápoles. Nuestro escritor no se detiene mucho tiempo ante la tumba del glorioso cantor de las mieses y los rebaños, sino que sigue su marcha hasta encontrar el lugar en que descansa — ya sin las torturas de la humana carne maltrecha — el poeta que sólo al dolor dió albergue en su pobre pecho resonante de plenas angustias. Aquí Rodó detiene sus pasos viajeros y olvidando la luz del cielo de Nápoles, que intenta en vano arrebatárle en su canción sensual, eleva el surtidor de su emoción ante el sepulcro del que amó, por sí misma, a la Muerte. Humilde y arrebatado, termina diciéndonos: «Vosotros, los que pasáis por esta tierra encantadora y sabéis de sentimiento y poesía; los que embelesáis el alma y los ojos en la radiante luz de este cielo, en la belleza arquitectónica de este volcán, en el pagano júbilo de esta naturaleza, olvidaos un momento de la vida, revestíos de noble gravedad y entrad a visitar el altar de la Muerte en la tumba de Leopardi».

Es que la muerte se hizo vida en el pecho del poeta... Oíd sus palabras de ansiedad, en el último momento, junto a una querida amiga. Sus ojos se abren... Están muy abiertos. Quizá, ingenuos, creyeron que todavía no habían visto todo el dolor del mundo.

¡Inocentes ojos de poeta que, por serlo, llevó el mundo hundido en el pecho de acuerdo con el decir goetheano!

Con esa desesperada ansiedad de los ojos, sus labios dijeron a la abnegada amiga de carne y hueso:

—¡No te veo ya! ¡Abrid aquella ventana! ¡Hacedme ver la luz!

Al borde de los misteriosos límites — vida y muerte — él, que por tener constantemente su mirada dirigida hacia adentro, lo había visto o adivinado todo, ¡por última vez desea aprisionar los fugitivos fantasmas de la tierra!

No intentamos en estas breves páginas dedicadas a un gran poeta italiano de universal trascendencia, hacer simple e inútil cronología. Honorato de Balzac, el inigualable psicólogo y arquitecto de la *Comedia Humana*, es guía certero para el exacto conocimiento de una vida cuando nos dice que «para juzgar a un hombre se necesita al menos estar en el secreto de su pensamiento, de sus desventuras, de sus emociones, no querer conocer de su vida sino los acontecimientos materiales es hacer cronología, la historia de los necios...»

Vemos, entonces, que todo Leopardi, como verdadero poeta, se revela en su creación lírica que adquiere trágica plenitud. Hace muchos años que somos atentos lectores emocionados de sus «*Canti*». En ellos encontramos el secreto de su pensamiento y de sus desventuras. Ahí aparece la revelación de su mundo formado por el amor y la muerte y que surge a través de las voces que se levantan en los cantos... Aquí ya asistimos a la posibilidad de vislumbrar un acercamiento hacia lo que es eterno en el alma de los hombres. Si nos detenemos un instante, un solo instante, oiremos el monólogo de Hamlet, el escéptico príncipe danés de la tragedia shakespiriana; como él, nuestro poeta piensa y analiza. Leopardi en su soledad de armonías desesperadas ve — en el mundo — la lucha entre la luz y las tinieblas, a pesar de la superficie brillante del siglo en que le toca vivir. Anotamos una extraña paradoja: en el año 1798 nacen Leopardi y Augusto Comte. El poeta encuentra la realidad auscultando su propio pecho dolorido y un consuelo a las miserias de su carne en la traducción del Manual de Epicteto. Trabajó con fe ardiente en la concepción estoica y es muy probable que le dijera, en conmovido monólogo, a su cuerpo tocado por males terribles, palabras de Epicteto llenas de fortaleza; pues si éste, liberto y figura destacada del estoicismo greco-romano, tuvo que soportar a menudo injurias y golpes, aquél, el poeta, no menos tuvo que resignarse a los obstinados sufrimientos de la carne enferma. El estoicismo suaviza sus dolores. El sistema filosófico que Comte hizo florecer en el siglo XIX, el positivismo, con su exaltación de la ciencia aplicada y utilitaria, no podía contar entre sus adeptos al poeta

italiano, extraño a toda manifestación de hueco optimismo. Jamás podrían coincidir el lírico al cual le es dulce naufragar en lo absoluto y el filósofo para quien todo es relativo.

Hay tortura y serenidad en el pensamiento leopardiano. Se rige por una ética severa que aparece con toda claridad al referirse a la gloria. Una vez más comprobamos que su mirada estaba dirigida hacia adentro, alejada de todo espejismo que pudiera falsear su visión. Transcribimos a continuación sus propias palabras que deseamos sean escuchadas por todos los artistas y sobre todo por los jóvenes:

«Del amor de la gloria mi máxima es esta: Ama la gloria; pero primero, la sola verdadera; los elogios no merecidos, y mucho más los falsos, no solamente no los aceptes, sino recházalos; no solamente no los ames, sino abomina de ellos; segundo, ten seguro que en esta edad, haciendo bien, serás alabado de pocos, y procura siempre gustarle a esos poquísimos, dejando que otros agraden a la multitud y sean colmados de elogios; tercero, de la crítica, de la malidicencia, de las injurias, de los desprecios, de las persecuciones injustas, haz el caso que de las cosas que no existen; de las justas no te aflijas más que de haberlas merecido; cuarto, a los hombres más famosos que tú, no los envidies, estímalo y elógielo cuanto puedas, ámalos sincera y verdaderamente. Con estas condiciones el amor a la gloria no me parece peligroso».

Veintidós cantos forman su doloroso caudal de poeta. Detengámonos en uno de ellos, escrito en las postrimerías de su vida, y que se nos aparece como una de las trágicas visiones del mundo y de las cosas, mejor realizadas: «La ginestra o il fiore del deserto». («La retama o la flor del desierto»). Su simbolismo nos conmueve. Asistimos a los últimos días del poeta, alejado de Recanati, su estrecha ciudad natal de donde una vez, siendo muy joven, varias veces intentó huir...

El recanatiense no añora la colina de su pueblo. Vive, desde hace algunos años, en Nápoles. Vigilantes amigos fraternales no cesan en el cuidado que reclama su ya ruinoso organismo. Giacomo Leopardi canta hasta en el último instante de su vida y en medio de la luminosidad de la naturaleza napolitana, se alzan sus visiones en un adiós de despedida e inicia su postrer canto con las palabras de San Juan: «Y los hombres prefirieron las tinieblas a la luz». ¿Qué símbolo se mueve, entonces, entre las tinieblas y la luz?

La flor del desierto... El alma, el pensamiento, todo el hombre que se da en creaciones, quizá al borde mismo de la próxima e irreparable desaparición, sin dejar siquiera la más leve huella... Soledad, esperanza y lucha. El poeta, durante jornadas enteras y desde la ventana de su humilde casa, ha estado frente al formidable monte, asolador Vesubio. Recuerda que en otras horas ha recorrido, también, su falda.

Conoce su historia y su vida presente. Es muerte o amenazador

presagio de ella. El poeta evoca conmovido un retamal y cobra nuevo aliento su débil y amorosa voz, al pensar que aún en la comarca más árida puede existir un hilo de vida, ajeno — en derramada inocencia — a la fatal proximidad de la muerte.

Entonces se afirma e inmortaliza en su canto:

Qui su l'árida schiena
Del formidabil monte
Sterminator Vesevo,
La qual null'altro allegria arbor né fiore,
Tuoì cespi solitari intorno spargi,
Odorata ginestra,
Contenta dei deserti.

(Aquí sobre la árida espalda del formidable monte, asolador Vesubio, a la que ni árbol ni flor da alegría, en torno esparces solitariamente tus capullos abiertos, retama olorosa, contenta de los desiertos).

Un día la lava ardiente consumirá sus largas ramas flexibles y sus escasas hojas. Desaparecerán sus racimos de flores amarillas, única alegría de los ojos en el paisaje yermo...

Pero antes que venza el fuego subterráneo, tú, retama lenta, con tus hojas perfumadas, habrás embellecido las campiñas tristes y solitarias. Después, sin resistencia, doblarás tu cabeza inocente bajo el peso mortal y caerás sin proferir una súplica cobarde...

Descubierto su símbolo, nuestro poeta evocado, muere.

El magnífico coro que nace de las diversas voces de sus «*Canti*» nos presenta la tragedia de la naturaleza y de la humanidad, moviéndose en el fondo del dolor y de la angustia cósmica. No en vano Miguel de Unamuno cita a Leopardi como un ejemplar típico de los que tuvieron «el sentimiento trágico de la vida», junto a Marco Aurelio, Pascal, Rousseau, Vigny, Amiel y Kierkegaard.

NICOLAS FUSCO SANSONE

VINCULACIONES ENTRE LA MONEDA, LA RIQUEZA, LA RENTA Y LOS IMPUESTOS

El valor de la moneda lo determina su poder adquisitivo.

El impuesto, en cuanto encarece el costo de producción o de distribución, provocando la elevación de los precios, implica una devaluación monetaria.

Puede, sin embargo, ocurrir lo contrario cuando su destino es reproductivo.

En términos generales, puede afirmarse que cuando lo que se extrae por la vía del impuesto se destina al mantenimiento de una burocracia innecesaria, sus efectos no pueden ser otros más que los de detener el desarrollo de la riqueza del país y provocar la devaluación de la moneda. En cambio, cuando su destino es el de la realización de obras públicas sus efectos pueden ser buenos o malos, según la relación que guarde el beneficio que recibe la población con el sacrificio que se le impone.

En Estados Unidos es corriente estimar que el costo de las obras públicas debe ser amortizado con los beneficios que de ella se derivan en el plazo de diez años.

Si aplicáramos igual criterio a nuestro país, calculándole al capital un interés del 6 %, para que la amortización se hiciera en diez años sería preciso que la renta o valorización derivada de la obra realizada representara un 13.84 % anual de rendimiento del capital empleado, o, sino que, al cabo de diez años se hubiera logrado un aumento de un 40 % en el valor territorial de la zona beneficiada.

Calculando al 5 %, la cuota de interés y amortización sería la de 13.14 %, y la de la valorización decenal de un 34 %.

Fácil es advertir que no alcanza a extremos tan halagadores, por lo menos en la propiedad rural, el beneficio logrado en nuestro país por las obras públicas.

Aun cuando es de suponerse que sus efectos son muy variables, convendría, sin embargo, tener alguna idea de la magnitud de ellos en cada caso, a fin de poder determinar cuales son las inversiones más convenientes y cual es la contribución que debe exigirse a quienes resulten beneficiados con ellas.

Nos parecería razonable tomar por base un interés del 5 1/2 % y un plazo de amortización de 25 años. En ese caso la cuota anual sería de 7.69 %. Una parte de ella debería gravar a la propiedad valorizada; otra parte debe gravitar sobre la comunidad, desde que ésta también resulta a la larga siempre beneficiada, por cuanto el Estado, al confiscar una parte de la renta, adquiere riqueza de un valor, cuya equivalencia debe buscarse en el tiempo. Si la riqueza privada produce, por ejemplo, un rendimiento bruto de un 10 %, y

el Estado confisca un 20 % del mismo, o sea un 20 % de esa renta, esta cuota capitalizada al 5 % reproduce el capital impuesto en un plazo algo inferior al de 25 años.

En otros términos: si se invierte un millón de pesos en una obra y el beneficio bruto logrado es en los diversos grupos económicos favorecidos de \$ 100.000 anuales, y si, por la vía directa o la indirecta, el Estado obtiene para sí \$ 20.000 de esos beneficios, esta suma capitalizada al 5 % reproduce en el plazo indicado de 25 años el millón de pesos invertido en la obra.

La discriminación de los beneficios presenta grandes dificultades; pero ello no debe ser óbice para desatender su examen.

Si se realiza una obra pública y, como consecuencia de ella, puede aumentarse la exportación en un millón de pesos anuales, por ejemplo, ese aumento de los valores de exportación representa para el país un aumento equivalente en su poder de compra en el exterior.

El incremento de la importación derivado de esa situación, gravada como se encuentra ésta en un promedio arancelario de un 30 %, produce al Estado un incremento en los ingresos, de \$ 300.000 anuales, lo que representa un 3 % del capital invertido. Luego, en este supuesto, puede esa cuota quedar a cargo del Estado, dejando un margen de 4.69 % a cargo de los directamente beneficiados.

No es nuestro propósito embarcarnos en la teoría del impuesto, ni en sus incidencias. Al exponer estas observaciones lo hacemos al solo objeto de facilitar una interpretación adecuada de las cifras que exponemos más abajo, en las que aparece la evolución de la riqueza, y de la renta colectiva, así como su posible relación con la tasa contributiva impuesta a la población y con el valor de la moneda.

Dado que es de esencia que el impuesto grave una parte de la renta, sea o no proporcional a ella, vamos a aclarar algunos conceptos a fin de evitar mal entendidos.

LOS PRECIOS Y LA RENTA

El término renta suele emplearse con distintos sentidos.

En algunos casos se le da el significado de beneficio, o sea el excedente del valor obtenido sobre el de los valores invertidos en la producción. En otros se refiere a los ingresos, ya provengan ellos de la tierra, del capital o del trabajo.

Para el objeto que nos proponemos llamaremos «rentas individuales» a todos los ingresos que tengan las personas, que puedan ser invertidos en consumos o en la satisfacción de sus necesidades o deseos. Incluiremos, pues, en esa categoría a los salarios, los arrendamientos, los beneficios industriales, el interés del capital, etc.

Llamaremos «renta colectiva» a la suma de las rentas individuales, y reservaremos, aunque no sea muy exacta la expresión, la denominación de «renta nacional», a los recursos del Estado,

No está demás observar que la renta colectiva en el sentido que le damos no debe confundirse con la que, con igual denominación, se refiere a la nueva riqueza creada.

Obsérvese que si una persona percibe mil pesos de renta y luego invierte el dinero recibido en consumos, o en pago de servicios, en esos pasajes se generan nuevas rentas individuales, que se suman a la primera, aun cuando no se haya creado ninguna riqueza nueva.

Tampoco representan creación de riqueza los llamados capitales lucrativos, como son los que se colocan a interés. El que paga éste lo hace con su propia renta, sin que esto impida que lo que percibe el acreedor sea computado en la renta colectiva, no obstante tratarse de un simple desplazamiento de un patrimonio a otro.

Como el impuesto, directa o indirectamente, grava todas las rentas, al producirse o al invertirse éstas, sus efectos deben ser apreciados tanto sobre la riqueza creada como sobre las rentas.

No conocemos, ni creemos que haya sido hecho hasta ahora, ningún estudio documentado, en el país, sobre la renta colectiva, a pesar de que quizás en ningún lado hubiera sido más necesario practicarlo, dada la extensión que se le ha dado a las jubilaciones, que no son otra cosa más que rentas diferidas. ¿Cómo se puede prometerlas sin una previa estimación de la relación que debe guardar su valor actual con el de las rentas actuales afectadas? ¿Cómo pueden hacerse reservas de capitales extraídos de éstas sin una previa determinación de la capacidad de ahorro del país? Si las Cajas tienen ya, como lo afirmamos, con pleno convencimiento, un déficit actuarial que debe haber rebasado los 600 millones de pesos ¿cómo no parar la atención sobre la capacidad del país para sustraer al giro normal capitales de tal magnitud de sus rentas?

Aun cuando no estamos habilitados para determinar en cifras la capacidad de producción del país, ni la de su renta colectiva, creemos no apartarnos mucho de la realidad al situar la primera en una cifra aproximada a los 300 millones de pesos anuales y, la segunda, en el duplo de esa cantidad.

En el cuadro que exponemos más abajo es esa la relación que adoptaremos.

Sean o no aproximadas esas cifras, las indicamos a título de exposición doctrinaria, más que con el ánimo de conferirles un valor absoluto.

Obsérvese que si la renta colectiva fuera de 600 millones y la población de 2.200.000, corresponderían \$ 272 anuales por habitante.

Si luego consideramos que por cada persona que logra esa renta existen tres que viven de ella (incluso niños, mujeres, viejos, inválidos, etc.) el promedio de renta anual sería de \$ 1.088 o sean \$ 90.00 mensuales por grupo familiar.

Si hacemos el mismo cálculo sobre la base de 500 millones de renta colectiva el resultado sería de \$ 909 anuales, o sean \$ 75.75 mensuales por grupo familiar.

RIQUEZA Y MONEDA

Es muy corriente que se haga depender el valor de la moneda de la relación que guarda la que está en circulación con la riqueza existente, con prescindencia de la renta.

A propósito de esto decíamos en un artículo publicado en «La Mañana» de fecha 9 de Diciembre de 1935 lo siguiente:

«La teoría cuantitativa, aun haciéndola extensiva a todos los medios de pago, como lo hace Cassell, y no sólo a la moneda circulante, se funda en una relación entre esos medios de pago y la riqueza que entra en el comercio; pero la verdad es que con la moneda se pagan también los servicios personales, y que éstos son siempre indeterminados en número y en variedad».

«Aun cuando se cambiara sólo la moneda por bienes y servicios, correspondería, además, abarcar no sólo los bienes y servicios presentes, sino también los futuros, puesto que, precisamente, mucha moneda se guarda con ese objeto; como correspondería abarcar también los bienes que se radican en el exterior, puesto que también ellos constituyen un destino de la moneda».

Expuestas estas ideas generales a fin de definir el plano en que nos vamos a colocar, damos a continuación un cuadro numérico que nos servirá de base para las consideraciones que expondremos:

RIQUEZA - RENTA - CONFISCACION

I	II	III	IV	V	VI	VII	VIII	IX
Años	Riqueza Nacional millares \$	Población	[Renta" colectiva 20 o/o (millares)	Riqueza por " habi- tante \$	Renta por habi- tante 20 o/o	Cuota contri- buitiva \$	Renta confis- cada o/o	Renta libre o/o
1893	700.000	800.000	140.000	875	175.00	20.00	13.18	81.22
1900	1.084.000	1.000.000	2.166.800	1.084	216.80	17.00	7.84	92.16
1912	1.900.000	1.200.000	380.000	1.513	316.60	18.50	5.85	94.15
1925	2.521.509	1.677.686	504.302	1.503	300.60	27.50	9.00	91.00
1928	2.752.905	1.808.286	550.600	1.522	304.40	33.60	11.00	89.00
1934	2.958.785	2.165.000	591.757	1.367	273.40	39.30	14.37	85.63
1935	3.050.000	2.200.000	610.000	1.360	267.20	41.25	15.16	84.84
1942	3.200.000	2.250.000	640.000	1.422	284.40	52.40	18.40	81.60

Observaciones

1.º *Riqueza Colectiva.* — Las tres primeras estimaciones pertenecen al Dr. Eduardo Acevedo. La cuarta fué preparada por el Ministerio de Hacienda, con motivo de la concertación del empréstito Halgarten. La 5.ª y 6.ª aparecen en un trabajo del Sr. Manuel Ruiz Díaz, laureado por el Banco de la República. La 7.ª y 8.ª son estimaciones nuestras, aproximadas, hechas al solo efecto de relacionarlas con la tesis que sustentamos.

2.° No se ha publicado hasta ahora ningún estudio sobre la renta colectiva. Aunque a través del tiempo debe haberse producido alguna variante en su relación con la riqueza, desde que ha variado el interés del capital y la tasa del salario, tomamos por base, a falta de información exacta, la relación invariable del 20 %, es decir que a tres mil millones de riqueza, por ejemplo le asignamos 600 millones de renta colectiva.

3.° La columna VII indica la cuota contributiva por habitante, calculada sobre el presupuesto de la Nación del año respectivo, sin incluir los impuestos municipales, que pueden estimarse, a groso modo, recargan la cuota contributiva en un 12 %.

4.° Los años 1935 y 1942 deben examinarse sin relacionarlos con los anteriores, dado que en el primero de esos años se incluyeron en el presupuesto de la Nación varios presupuestos de entes autónomos, produciéndose cierta confusión entre las tasas, o erogaciones que corresponden a servicios remunerados, con las que realmente tienen el carácter de impuestos.

Aun cuando, como se comprenderá, sólo podemos asignarle a las cifras expuestas un valor muy relativo, no por eso dejan de proporcionar cierta base para algunas observaciones que no carecen de interés, en cuanto concretan ciertas relaciones entre los factores que actúan en la evolución económica del país.

Téngase presente que, aun en las matemáticas, se admite el procedimiento llamado de «falsa posición» para la solución de ciertos problemas, operándose con datos supuestos, para ajustar al final el resultado a la realidad conocida.

Repetimos, para no inducir a error, que el período 1935/42 debe ser examinado con independencia de los anteriores.

La riqueza por habitante en ese período de siete años pasó de \$ 1.360.— a \$ 1.422.—, a pesar de que la tasa contributiva pasó de \$ 41.25 a \$ 52.40; pero no debe olvidarse que en el año 1935 y 1938 se abatió el contenido metálico de la moneda, llevándolo en el segundo año a un límite que, a nuestro juicio, no estaba justificado, lo que bien puede dar la apariencia de un enriquecimiento que en realidad quizás no exista.

Como indicio confirmatorio de ese supuesto efecto inflacionista, puede señalarse el hecho de que mientras el 31 de Diciembre del año 1934 había en circulación billetes por un monto de \$ 79.606.192, o sean \$ 36.18 por habitante, en la misma fecha del año 1941 había \$ 122.994.214, incluyéndose en esta última cifra \$ 8.922.382 que estaban en custodia en la Cámara Compensadora, lo que arroja \$ 54.66 por habitante o sea un 50 % más. Ese crecimiento en la circulación de \$ 43.388.022 no es posible que corresponda ni a un aumento correlativo de la riqueza colectiva, ni de las rentas reales.

RIQUEZA Y TRIBUTACION

De las cifras que aparecen en el cuadro expuesto resultan algunas conclusiones interesantes, en cuanto a la relación que guarda el

crecimiento de la renta colectiva con la tributación exigida a la población.

Las destacamos en el siguiente cuadro:

Periodos	Coficiente anual de crecimiento de la riqueza colectiza	Coefficiente de desarrollo de la riqueza por habitante	Crecimiento de la tributación Promedio anual
1893 - 1900	6.50 %	3. %	abatido
1900 - 1912	4.80 %	3.15 %	0.73 %
1912 - 1925	1.85 %	negativo	3.70 %
1925 - 1928	2.30 %	0.50 %	7.40 %
1928 - 1934	1.50 %	negativo	2.80 %
1934 - 1942	0.50 %	0.50 %	3.37 %

Como se ve, los índices expuestos no resultan satisfactorios, ni en cuanto al enriquecimiento del país, ni en cuanto a la política tributaria.

Obsérvese el decrecimiento sensible con que se presenta el coeficiente de enriquecimiento del país, el que desciende de un 6.5 % hasta 0.50 %.

Aun admitiendo que esas cifras tengan un valor relativo, la persistencia decreciente de los coeficientes anuales denuncia una situación irregular, la que se agrava aún más si se atiende a los coeficientes que corresponden por habitante, que en algunos años aparece con signo negativo.

En cuanto a las cuotas contributivas recordamos que el economista Leroy Beaulieu, cuyas opiniones se cotizaron siempre a gran altura en la ciencia financiera, opinaba a fines del siglo pasado que los impuestos pueden considerarse teóricamente leves cuando no exceden del 5 o 6 % de la renta colectiva; soportables cuando no exceden del 10 o 12 % de la misma, y exorbitantes cuando rebasan ese porcentaje.

Si fueran exactas las estimaciones que presentamos con posterioridad al año 1928 habríamos caído en las cuotas insoportables, dado que en 1934 estaríamos colocados en el 14.37 %, llegando en 1942 a la enorme cifra del 18.42 %. ¿No radicaría ahí la causa del descenso señalado en la formación de la riqueza nacional, y una de las causas de la devaluación de nuestro signo monetario?

No nos aventuramos a afirmarlo; pero admitimos, sí, la posibilidad de que eso ocurra.

Plantear un problema es siempre el primer paso hacia la solución.

Es lo que hacemos con las consideraciones expuestas.

MANUEL MONTEVERDE

«EL HOMBRE, ILUSTRISIMO ENFERMO» (1)

LO MALO, SI BREVE...

La gente nueva lee poco o nada los libros voluminosos, porque esos libros «cuestan un ojo de la cara». En verdad, cuesta adquirirlos y también cuesta leerlos, ya que al tiempo se le ha dado el alto valor del oro. Nos parece arbitrio de muy buen seso que a un ojo se le otorgue mayor importancia que a un libro, pues así como abundan los libros postizos y es fácil reponerlos, no acontece lo mismo con los ojos, que han de ser por fuerza propios y naturales. Cuide cada cual, en estos tiempos, de conservar sus ojos y abrirlos desmesuradamente, sorteando el riesgo de quedarse tuerto por amor a la inasequible sabiduría encerrada en el escaparate del mercader de libros. Este libro pequeño que aquí veis, retoño de su época, muestra escaso volumen, peso ligero, chanza y gravedad concertadas, como en la vida ocurre, ironía en oficio de reprimenda, filosofía de apariencia epidérmica que deja traslucir con nitidez la entraña, justa medida del discurso en cuya virtud la terminación del libro sea para el atento lector causa de pena y para el autor certeza de no pecar de fatigoso. Ni el lector pierde un ojo ni el libro se duele de sentirse desechado. La brevedad es un visitante discreto que platica sin demasía y sabe retirarse antes de parecer importuno. Baltasar Gracián habría dicho: lo malo, si breve, menos malo.

DOLENCIA CON GRACIA

A lo largo de la deslumbrante historia del hombre se extiende un campo fresco y desahogado, abierto a efluvios de toda suerte y opulento en gérmenes epidémicos que mantienen el regocijo de la especie humana, cuya dicha suprema consiste en no darle la menor tregua de salud espiritual a sus divinos malestares. Empeño digno y justo, aspiración de artistas delicados, porque ha de saber el lector, si no lo sabe, que la salud perfecta del espíritu —salud aborrecible— tiene su alojamiento de mal gusto, lóbrego y medroso, en las densas tinieblas de la nada, lugar que por ser hondo y oscuro le desplace al ánimo hipersensible del hombre deliciosamente enfermo. Somos sanos poco antes de nacer y más sanos todavía después de morir, los dos extremos de vituperable pureza entre los cuales la vida humana establece el pomposo reinado de su dolencia. Alabemos a quien nos dió este malestar perpetuo que al alma le sirve de recreo; bendigamos al desasosiego tan glorioso como fecundo en que se engendran los santos y los pícaros, los héroes y los malhechores, los as-

(1) Capítulos de un libro próximo a aparecer.

cetas y los libertinos, florido enjambre de dolientes que siendo distintos son inseparables, ya que los unos suelen salir de los otros, llevándonos todos ellos a la categoría de los seres destinados a vivir en la cima de lo imperfecto por un alto designio benevolente. Qué-dese la nada con la salud, que es cosa de muerte. La vida se yergue rozagante, vigorosa y múltiple porque la salud le falta.

Aristóteles, Sócrates o Platón, filósofos griegos que ningún escritor debe dejar en el tintero si busca sólido renombre de erudito. habrían afirmado rotundamente, sin cambiar de color ni de filosófica postura, que la enfermedad de que se envanece el espíritu del hombre nunca es risueña ni de provecho, sino dañosa cual apocalíptico flagelo, cuando no hay nada más cierto —y perdonemos Aristóteles — que la tal enfermedad bienhechora está tocada de sutil manera por la gracia. De esta gracia imponderable no se hablaba en el huerto de Academo. Gracia que a la muerte da contento, al crimen lo hace intencionado epigrama, a la sangre la vuelve tinta escarlata para escribir divertidos entremeses. Gracia mayor no puede apetecerse. La musa cómica seduce con artimañas a la musa trágica, le borra su siniestro empaque, la hace reír a pesar suyo, la viste de juglar y logra que represente junto a ella de buen talante un destacado papel en la universal comedia. Pone gran empeño la tragedia en conservar su vieja seriedad; pero no puede. Es demasiado jocosa la farsa humana. Y merced a esta bendita condición graciosa, cuya permanencia nos enaltece, el mundo no se convierte en un pavoroso albergue de la salud immaculada del espíritu, salud creadora de sosiego absurdo, cándido reposo al que le faltaría la sustancia vital por excelencia, el fermento de las discordias, íntimo anhelo que por la gracia de Dios lleva el hombre consigo desde su pleclaro nacimiento. La vocación festiva le brota al hombre cuando llegado a la edad de la razón se percata de que no la tiene. Dotado de inteligencia despierta sabe qué de poco o de nada le sirve la razón en su gracioso destino y lo honra y lo estimula día por día, sosteniendo siempre su ánimo enfermo en pugna chancera con la salud; lo cual no es otra cosa que una copia fiel de lo que hace la Tierra, su rodante y tornadiza hospedería, viejo artefacto que no obstante encontrarse muy abollonado suele hacerse el gracioso cuando da rienda suelta a sus crujidos. Hábiles tramoyistas del teatro mundano, ninguno de los dos ignora que si bien sus enfermizas convulsiones levantan estragos y dolores, se desenlaza luego la tragedia en cuadros, escenas y personajes que asombran por su esplendente hermosura; tales en la Tierra, después de la trepidación geológica, los bellísimos paisajes de abrupta solemnidad, y en el hombre la dulce fatiga del alma cobrada por la paz, el desencanto místico, el alzarse y empinarse del pensamiento buscando cumbres, cual si se dispusiera a tomar nuevo camino y caer en brazos de la salud espiritual que tanto repudia. Se diría la belleza renaciendo fúlgida de los escombros para no morir nunca. La calma es engañosa; calma de ficción escénica. El gran cómico enfermo, que pareciera sereno y por fin aquietado, observa que la paz y la dicha

son síntomas claros de buena salud y se vuelve airado contra ellas en salvaguarda de sus achaques arteralmente amenazados. No puede negarse que el hombre es todo un artista. Sus bruscos altibajos, sus pecados y contriciones, semejantes a desatadas locuras, encierran la estética intención de impedir la preponderancia de lo uniforme, de lo monótono, de lo simétrico, viles adversarios del arte. ¿No le dice al hombre la cambiante Naturaleza que en el cambio está la gracia y que toda ella es un arte supremo y maravilloso del que las artes toman atinados consejos? ¿No le dice a grandes voces que ella se alberga en él y que él se aposenta en ella, abrazados y unificados por ingénita simpatía? Artista de rancia escuela académica, el ser humano jamás se aparte de los preceptos que escucha de labios de su maternal amiga la sabia Naturaleza, maestra tan ejercitada en deleites como en quebrantos. De ella aprendió sus fealdades y sus hermosuras: el amor, la rapacidad, la poesía madrigalesca, el ímpetu destructor, la fiebre de creación, la dulce paz y el arrebatado ciego, la bondad y la maldad. Pero en claustro tan poblado de naturales doctores, donde el alma tiene su aula y la baja materia la suya, el hombre aprendió asimismo, por encima de todo y a pesar de todo, el secreto sutil de crear sueños al modo de los vagos crepúsculos cotidianos, sueños que le otorgan a la dolencia del ser humano la prerrogativa de poder llamarse dolencia magnífica. Natura y el hombre extraen de los contrastes sus piedras preciosas. Triunfa la Naturaleza en el regío fausto de un rosal, a pesar de los aguijones; muéstrase bella en el vuelo soberano del águila, a pesar de sus garras; esplende milagrosa en el entendimiento del hombre, a pesar de sus instintos; derrocha magnificencia en la policromía del ocaso, a pesar de que el ocaso trae a su grupa la aflicción de las sombras. ¿Qué hacen los aguijones, las garras, los instintos y las sombras tan avecindados a la belleza? ¿La acechan o la custodian? Respóndanos el misterio en tanto la belleza opone su victoriosa serenidad al asedio de los instintos, de las garras y de las sombras, fondo nublado del que ha menester la belleza para mayor lucimiento de sus reales. Así el hombre, cuyos primores se destacan sobre un fondo de miserias.

El dolor y el regocijo del mundo son cargas dispares que se balancean sobre la coja montura en que viaja el vivir humano, siempre a lomos de su corcel cósmico sin freno, voluntarioso, arrebatado, indomable, como si lo acicatearan los punzantes dolores de su cojera. Ahora escala montañas con genial temeridad y más tarde se desboca neciamente y se abarranca, relinchando a manera de salvaje algazara. Y a la postre, si atentos examinamos las tales cargas del corcel, caemos en la cuenta de que ellas no son más que fuertes contrastes de colores opuestos cuya finalidad es el predominio de la armonía, alcanzada en fuerza de disonancias, pues el empleo de un solo color, como sería el delicado color de la salud perfecta del ánimo, no bastaría para lograr un retrato artístico de la humanidad si no llamara en su auxilio a los vivos colores diabólicos. Dios y Satán, el de la mano suave y el de la garra uñosa, pintores que abominando el uno del

otro colorean juntos en la tela del mundo, ancho campo de torneo donde combaten a rostro firme, buscando cada cual su primacía, los heroísmos y las vilezas, los acendrados y los impuros pensamientos, los cantos y las quejas, los canallas y los honrados, matices diversos del cuadro universal bien obtenido. Los colores claros y los oscuros, las grandezas y las bajezas, cumplen el cometido de patentizar con acentuados relieves la enfermedad de la especie razonante que no razona, porque razonar equivaldría a cederle insensatamente a la salud la posición que por derecho humano le corresponde a la dolencia. Bien sabe el hombre lo que hace; bien sabe que de no sufrir malestares tan graves en su espíritu sería un lastimoso mentecato, un trapiento muñeco inexpresivo, la mirada fija, los nervios algodoados, el cerebro de aserrín y el corazón de paño. En suma, el hombre immaculado, ni pecador ni virtuoso, ejemplar desconocido que si alguna vez se conociera no respiraría en la pecaminosa atmósfera terrestre, ingenuo solitario, paseante sin compañía, gallina en corral ajeno. No confunda el lector a este tipo de hombre inverosímil con otro disfrazado de pureza e idealismo que por esas calles ambula, cuyo gesto es grave, la palabra escasa, el sobrecejo caído, máscara tras la cual trabaja a escondidas un ladino buscador de provechos. En verdad que la vida del hombre immaculado sería triste y breve. Desconocería las virtudes tanto como los pecados, virtudes y pecados de gracioso juego alternado, y a veces simultáneo, que llevan al hombre a un convencimiento alborozado de que es hombre en toda la extensión de la palabra, debiendo dejar sentado, claro está, que la extensión de la palabra «hombre» tiene por prudente y discreta medida la de sus enredadas imaginaciones.

.

V

LA ETERNA ESCENA DEL ESPEJO

Entre los juegos divertidos del artista enfermo sobresale el fruto más sazonado de su ingenio, una tragicomedia que arranca estruendosos aplausos al boquiabierto público, compuesto de adictos y familiares. Toma el actor un espejo, se mira en él con delectación, sonríe y gesticula satisfecho a usanza de Narciso, mostrando en el rostro toda la recóndita alegría de su propio amor henchido de vanagloria. Es una fantasía egolátrica. Pero de pronto, sin saberse por qué —aunque el porqué lo sabe muy bien su dolencia— el enfermo cómico se demuda y encoleriza, arroja el espejo al suelo haciéndolo añicos, gruñe, ruge, aúlla, se araña y se golpea; la carne cae a pedazos, desgarrada por las uñas puntiagudas; el corazón del comediante queda al descubierto y su alma se transparenta pálida, presa de estertores, sangrando a chorros copiosos que tiñen de vivo color grana al teatro entero. El artista se desploma exánime sobre las tablas. Lue-

go de un sobrecogimiento silencioso, todo el público en pie, unos riendo y otros llorando, pide la repetición de aquella extravagante alegoría, en la que el gran doliente interpreta con talento histriónico el absurdo papel de amigo y enemigo de sí mismo. Los aplausos más ruidosos brotan de un palco proscenio ocupado por traficantes. Y el excelso cómico, el maestro director de la escena del mundo, sujeto a los cordeles con que, a su vez, lo maneja Naturaleza desde las bambalinas, rehace con los trozos caídos el espejo de su egolatría y vuelve a la grotesca farsa una vez más, cien veces más, un millón de veces más, que en esa labor de encarnar los personajes de su propio amigo y enemigo se deleita y se agiganta, no envejece, no desmaya, más intrépido y brioso cuanto más se ejercita en su arte. El destino lo empuja brutalmente y él se deja empujar de buen grado por el brutal destino. Estrenóse la celebrada alegoría cuando el primer pecado abrió el teatro de la suprema burla con el laudable fin de solazar al universo. Desde ese día feliz para la humanidad, día soleado y aromático en que, al sentirse enferma, adquirió la certeza de que su título de «humanidad» era legítimo, el hombre se empeña en perpetuar la exquisita dolencia dentro de su pristina desnudez, tal como se la endosaron al resonar su primer vagido en el espacio infinito, vagido que anunciaba el comienzo de las andanzas del gran aventurero. No sabe contestaros si le preguntáis de dónde viene ni sabe tampoco responderos si lo interrogáis acerca de su destino. Tal vez caiga en el delito y será un malhechor; tal vez en un retirado cenobio y será místico; en la honda meditación y será filósofo; en el sensualismo del oro y será voraz y poderoso. Ignora el hombre donde va a caer, aunque busquen sitio seguro y adecuado la vocación, el carácter y la voluntad, bordones que se astillan a menudo cuando el peregrino pasa del terreno blando al durísimo terreno de los infortunios, sitio pedregoso en que la entereza puede sufrir mortales rozaduras. El hombre no sabe quién es ni cómo es. Sólo sabe que camina, camina, llevando al bien y al mal sobre sus hombros; camina con la carga deliciosa de su tres «egos», el egoísmo, el egotismo y la egolatría, fiesta íntima del hombre superior que periódicamente rompe su intimidad, sale fuera desbordada y se convierte en rabioso desenfreno de universal escándalo; camina por rutas diferentes sin hallar nunca la blanca ruta de sus grandes sueños, ya sea porque la ruta no existe o ya porque el mal estorba al bien para desviarlo, hasta que al cabo de la fatigante aventura lo extenúa el trasiego y lo rinde el único sueño alcanzado.

El ser humano, incitado por su orgullosa dolencia, trabaja solo, completamente solo, prescinde del mundo irracional arguyendo que si él lo quiere la sinrazón le sobra, y concentra en sí y monopoliza todos los papeles de la farsa mundana, poniendo artístico cuidado en que el grato rumor del estribillo idealista amortigüe el natural desabrimiento de los personajes. Lo desabrido requiere ser condimentado para que el buen sabor lo haga ingurgitable. Nadie osaría negar que el hombre es un admirable actor proteico cuyos trabajos escéni-

cos maravillan. El bien no lo hace mal, el mal lo hace mejor. Con igual desenvoltura y ufanía interpreta a la gente buena y a la de mala ralea, al hipócrita y al sincero, al santo y al libertino, al probo y al ladrón, al hidalgo y al villano, al ingenuo, al taimado, al vanidoso... el vanidoso es algo así como un rodrigón leal que acompaña a todos los muñecos de la comedia, dentro de cuyos espíritus, sea bella o lastimosa su catadura, se esponja como el pavo real un tonto de tomo y lomo. No en balde la vanidad ostenta un delicado nombre femenino.

De las grandes figuras representativas que al hombre le dieron elevada jerarquía en el tinglado son pocas y nada envidiables las que nos quedan. Hace el Hamlet algunas veces, raras veces, porque rara vez duda quien no piensa; el Quijote lo hace de tarde en tarde, advertido de que los galeotes se multiplican; el Cristo no lo hace nunca, el Shylock a cada paso, a Yago suele reponerlo, con Sancho se beneficia y con Tartufo alcanza honores y granjerías. El arrogante Don Juan, apartado y corrido, se duele de que las doncellas de hoy sean capaces de traer al retortero al más famoso burlador de doncellas. Y en cuanto al sagaz traficante Mefistófeles, comprador de almas, digamos para tranquilidad del cielo que el oscilar frecuente del valor del alma humana y sus escondidas averías lo han obligado a retirarse prudentemente de los negocios. Comprar almas es ahora más que antaño un negocio arriesgado. Ese refulgente farrago escénico, creado en dichosa hora por el genio del cómico transformista, halla su compendio y símbolo en aquella deleitante alegoría del espejo deshecho y rehecho por impulso desatinado, pasatiempo jocoserio que desahoga el ánimo, esparce la vida y llena de prestigio al escenario desmesurado de los siglos. En este escenario crujiente y movido, aunque bien socializado, es donde la comedia y la tragedia, el amor y el odio, dóciles al mandato del gran enfermo magnífico, representan todos los días, todas las noches y a todas horas, sin pausas ni entreactos, la noble y edificante alegoría, la obra que por ser fuente perenne en que abreva y cobra fuerzas el malestar humano no ha caído ni caerá nunca del cartel. No la hay más completa en todo el profuso repertorio del hombre. Amigo y enemigo de sí mismo. ¡Qué hermoso primor disparatado! Primores y disparates, bellezas y monstruosidades, cargas que mueven a relinchar y piafar de gozo a la coja cabalgadura en que viaja el vivir humano, a cuya zaga va gritando vanamente su belleza el precepto amoroso del Maestro de Gilele.

VICENTE CARRERA

CARL SANDBURG Y OTROS POETAS ESTADOUNIDENSES CONTEMPORANEOS

I

Exceptuando a los especialistas y a los estudiosos, el conocimiento de la actual poesía de Estados Unidos es, en el resto de América, sumamente incompleto, pues se basa sobre todo en las pocas traducciones que circulan y que, muchas veces, provienen de poemas que no caracterizan bien a sus autores. Conviene agregar que si es cierto que el aprendizaje del idioma inglés se va extendiendo rápidamente en estos países, no lo es menos que todavía no existe la deseada difusión de libros estadounidenses, por lo general de un precio elevado. Además, si la alta lírica se expresa en un inglés literario —y más especialmente, poético— poco familiar, los poetas populares y de raíz folklórica recurren muy a menudo a un lenguaje típico americano, que no figura en los diccionarios corrientes.

¿Persistirá todavía, en América del Sur, la creencia de que la gran Democracia del norte es un país poco propicio a la creación poética, o —más rotundamente— casi sin poetas? No creo que ya se piense así. Sin embargo, alguna duda al respecto habrá tenido el notable escritor y conferencista colombiano Jorge Zalamea, cuando, desde Washington, en julio de 1942, escribió lo siguiente: «Por lo general, el americano del sur se contenta con sorprenderse de la grandeza de las obras realizadas por el hombre en Estados Unidos. Dificilmente puede acomodar dentro del marco familiar a su entendimiento, las cifras que expresan la riqueza norteamericana, o su capacidad de producción, o el nivel de vida alcanzado por los más humildes ciudadanos. Se asombra, pues, con el volumen de la materia; pero su mismo asombro lo cohibe para tratar de investigar de qué manera, por qué sistemas, en qué tiempo, a través de cuales dificultades alcanzaron los Estados Unidos su organización actual. Y, desde luego, ni siquiera vislumbra la parte que en semejante grandeza corresponde a los valores morales y espirituales de este pueblo».

A pesar de la jerarquía de este intelectual —que figura, por la calidad de su prosa, junto a Germán Arciniegas— a pesar de lo reciente de sus declaraciones, justo es creer que ese reproche se dirige sobre todo al pueblo latinoamericano, no a sus intelectuales, que conocen, si bien de un manera generalmente incompleta, los valores morales y espirituales de la patria de Jefferson. Agreguemos que Carlos Obligado, el fino poeta argentino, traductor insuperable de Poe y de Shelley y uno de los más destacados miembros de la Academia Argentina de Letras, ha calificado a Poe como el mayor poeta de toda América, opinión que —sin que sea ahora oportuno

analizar— debe tenerse muy en cuenta. Recordemos que un apreciable sector de la crítica y de la juventud literaria latinoamericana confiere idéntica supremacía a Walt Whitman, que es, precisamente, la antítesis de Poe. Y es curioso el paralelo, por unir justamente a dos poetas de un país que no siempre se recuerda al estudiar, entre nosotros, los valores líricos de América.

Sin extendernos en consideraciones al respecto, digamos que fué precisamente en Estados Unidos donde hasta hace poco se publicó la más notable revista dedicada íntegramente a la poesía: «Poetry», que dirigió durante muchos años y hasta su muerte, la poetisa Harriet Monroe, de quien hablaremos varias veces en el curso del presente ensayo. Y en la actualidad se publica en Boston, desde el año 1889, la revista «Poet Lore», de una presentación gráfica semejante a la de nuestra «Revista Nacional» y dedicada casi exclusivamente a la poesía estadounidense y mundial (con un suplemento teatral). Es ese un caso que no se conoce en nuestros países, ni tampoco en el país y la época más propicios a la creación poética: la Francia del simbolismo. aquellos años felices, en que los poetas podían, con el fuego de sus sueños, encender las estufas de sus bohordillas.

En los países hispanoparlantes, el conocimiento de la poesía de Estados Unidos está todavía bastante estancado en la obra siempre admirable de Poe y de Whitman, con algo de Longfellow, a quien se está olvidando injustamente. Es indiscutible que esos autores son tres maestros. Pero —sin perjuicio de leerlos y estudiarlos con el fervor que se merecen— creemos que urge una amplitud en la fraternización con la poesía estadounidense. Hay muchos, muchísimos valores más, que están reclamando de nosotros una comprensión, un acercamiento, una solidaridad que vendrá, sin duda, a beneficiar nuestra propia poesía, dándole un carácter más rico, más vasto.

Carl Sandburg, el poeta cuyo perfil valorativo trataré de esbozar en estas páginas, es quizá el más popular y querido, actualmente, en Estados Unidos. Allí comparte su prestigio con ocho poetas: Archibald Mac Leish, T. S. Eliot, Edgar Lee Masters, Edwin Arlington Robinson, Robert Frost, Vachel Lindsay, Langston Hughes y Stephen Vincent Benet.

Archibald Mac Leish empezó a ser conocido en América Latina cuando, en 1940, Roosevelt lo designó director de la Biblioteca del Congreso de Washington. Este reconocimiento de los méritos de un poeta se recibió como un buen síntoma del nuevo gobierno, orientado más amplia y desinteresadamente que el de alguna época ya olvidada. Ciertamente que hacía ya varios años que Mac Leish era admirado no sólo en su patria, sino también en Europa y muy especialmente en Francia, donde residió largamente y de cuya nueva poesía asimiló valiosos elementos. «The Pot of Earth», su libro inicial, apareció en 1925. En «Streets of the Moon» figuran muchas de sus más admirables poesías. Muy distinto carácter tiene su poema de la conquista de México, inspirado en las narraciones de Bernal Díaz del Castillo, y que logró el premio Pulitzer 1933. Su ensayo «Los irres-

ponsables», primer capítulo de su libro «A time to speak» (publicado en español, en Buenos Aires, con el título general de «Los irresponsables», 1942), fué extensamente debatido en toda América. Como se recordará, no todos estuvieron de acuerdo — aun reconociendo la honestidad y gallardía de sus conceptos — con la acusación que Mac Leish dirigió a los intelectuales de nuestro tiempo, a quienes reprocha su indiferencia frente al derrumbe de la cultura de Occidente.

Thomas Stearn Eliot, o —tal como firma él todos sus libros— T. S. Eliot, nacido en Saint Louis, Missouri, en 1888, publicó su primer libro en Londres en 1917: «Prufrock», obra que desconcertó un poco, por la densidad y originalidad de su lenguaje lírico, que a veces resulta francamente sobrerrealista. Corresponde agregar que es un devoto de la cultura británica y que investigó y valoró con fina inteligencia la más avanzada poesía mundial, especialmente francesa. En su patria realizó estudios en Harvard, los que completó en Europa, en la Sorbona y en Oxford. Su libro «The Waste Land», editado en New York en 1922, obtuvo el premio Dial y fué traducido al francés, al italiano, al alemán, al español 1) y al holandés. De su vasta labor lírica, se destacan dos poemas sueltos: «The love song of J. Alfred Prumrock» y «Portrait of a lady», poemas extensos, de ardua traducción, sobre todo por su especialísima valoración de los vocablos, a los que su mundo lírico da un nuevo sentido. Creo que del primero de esos poemas, famosísimo, no hay versión española. Del segundo, logré realizar una traducción fervorosa y paciente. (2)

Edgar Lee Masters, que procede de una familia de puritanos y «pionners», se caracteriza por el tono austero y grave, del que su más celebrado poema «Silences» es muestra cabal. Sin embargo, no siempre su lirismo conserva ese tono. A veces, una fina ironía, una sonrisa muy humana se abre en sus estrofas. Su primer libro «Spoon River Anthology», aparecido en las postrimerías del siglo pasado, reveló méritos que el autor fué acrecentando en «A book of verse», «Songs and satures», «The great valley», «Toward the gulf», «Starved rock», «Domesday book», «The new spoon river», etc. Este intelectual, doctorado en derecho, posee cultura densísima.

Edwin Arlington Robinson —a quien el premio Pulitzer (de mil dólares) fué discernido en tres oportunidades (1922, 25 y 28) divide su lirismo en dos aspectos: el poema extenso, de hondura conceptual (como «The man against the sky», «The master», su canto a Lincoln) y la canción breve y jugosa, de fino retornelo, con algo de balada, a lá manera de Paul Fort. Esta faceta puede valorarse, sobre todo, en su bello libro «The house on the hill». Su bibliografía es muy copiosa, debiendo recordarse que su primer libro, «The children of the night», publicado en New York en 1897 cuando el autor se

1) «Tierra baldía», poema de T. S. Eliot. Trad. y prólogo de Angel Flores. Barcelona, 1930. Edit. «Cervantes». 48 págs.

2) «Retrato de una dama», poema de T. S. Eliot. Trad. y prólogo de Gastón Figueira. Revista «América». La Habana, abril-mayo 1942. Págs. 20 a 23.

hallaba en difícil situación económica, logró que el entonces presidente de su patria, Teodoro Roosevelt, se preocupara en asegurarle un trabajo que permitió al autor continuar en su obra lírica de valor fundamental en la literatura estadounidense.

Robert Frost —a quien hoy un sector de la crítica considera el mejor poeta actual de Estados Unidos, sobre todo como cantor de la Naturaleza, de las gentes humildes, de la tierra materna, de las colinas de New Hampshire— pasó veinte largos años sin poder hallar editor para sus poemas. Su visión humanísima y en gran parte objetiva, no se concreta a la mera descripción. Alientan en su obra muy sutiles elementos espiritualistas, que elevan su canto nativo a la jerarquía de los valores universales. Su libro «New Hampshire. (1923) es quizá lo más característico y realizado. Otras de sus obras: «North of Boston», «A boy's will» (su obra inicial, que el editor Henry A. Holt publicó en 1913), «Mountain interval», etc. Como Edwin Arlington Robinson, Robert Frost obtuvo tres veces el premio Pulitzer (1924, 31 y 37).

Vachel Lindsay, nacido en Springfield en 1879 es, además de un gran poeta, un singular temperamento humano, en el que el culto al arte es un «evangelio de la Belleza» según la expresión del apostolado que fué predicado por los caminos y pueblos de varios Estados de su patria. El público agrupado a su alrededor lo oía recitar sus poemas y decir su palabra de panhumanismo. Muchas de sus obras fueron impresas por él mismo. Una de ellas adelanta, en su título, que se trata de «versos que se venden para que el autor pueda comer», y el propio Lindsay la distribuía en sus peregrinajes. Su obra fundamental es, a mi juicio, «Congo», en que el alma negra se expresa en su salvajismo fundamental, su jovialidad indomable y la esperanza de su religión. De «Congo» existe una traducción española, (1) finamente editada en cien ejemplares. Es recomendable, aunque noto que no se trata de una versión directa, pues procede de la traducción francesa. Otras obras muy importantes de Lindsay son: «General Booth enters into Heaven» (su libro primigenio, editado en 1913), «The chinese nightingale», «The golden whales of California» y «Collected poems». Este poeta fué revelado al mundo literario por Harriet Monroe, a quien ya nos hemos referido y de quien hablaremos más de una vez.

«Shakespeare in Harlem» (1942), libro de *Langston Hughes*, con magníficas acotaciones xilográficas que firma E. Mac Knight Kauffer, es la más reciente obra estadounidense que llega a mis manos. Su autor, mulato, nació en Joplin (Missouri) en 1902 y es bastante conocido en nuestros países, gracias a su breve poema «I too», del que existen varias traducciones españolas, muy difundidas. Conviene decir que —como en el caso del cubano N. Guillén, con quien Hughes presenta afinidades temperamentales, raciales y estéticas— ese poema

1) «Congo», poema de Vachel Lindsay. Versión libre de Marcos Fingerit. San Rafael de Mendoza (Argentina) 1935. Edic. «Brigadas líricas». 8 págs.

a que hemos hecho mención no es de los más característicos —hablando en rigurosa valoración poética— de su labor, pues su difusión se debe, en gran parte, a la intensidad de su sentido social. Páginas mucho más bellas, imaginativas y emotivas de este autor, mucho más originales y típicas del alma negra, se hallan en sus libros «The weary blues», «The dream keeper» y «Fine clothes to the jew» y sobre todo en este extraordinario «Shakespeare in Harlem» de edición reciente, libro del que separo, en mi predilección, los poemas incluidos en las secciones tituladas «Seven moments of love», «Blues for men», «Death in Harlem», «Mammy songs», «Ballads» y «Lenox Avenue». De Langston Hughes se ha dicho, con razón, que «utiliza para su poesía los ritmos del jazz». A los interesados en conocer ampliamente la pintoresca existencia de este poeta, recomendamos la lectura de «The big sea» (editado por Alfred A. Knopf, New York, 1940) su autobiografía, redactada en estilo fino y sobrio. Sus trescientas y tantas páginas merecen ser traducidas al español. En ellas nos habla largamente de su infancia, de sus días en la capital de México, de sus vagabundajes por el ancho mundo, integrando la marinería de varios barcos mercantes (en el primero de los cuales llegó a África), su arribo a París con sólo siete dólares en el bolsillo, que fueron su iniciación de una existencia parisina muy agitada. En el final del segundo capítulo nos dice que fué Vachel Lindsey quien, generosamente, lo reveló al mundo literario de su patria, gracias a un artículo que publicó en un diario de Washington, luego de leer tres poemas que le envió el autor, entonces anónimo. El capítulo final se refiere al negro en sus relaciones con la sociedad, la literatura y el arte.

Y llegamos a *Stephen Vincent Benet* (hermano del poeta William Rose Benet) quien fué revelado a la crítica cuando, en 1920, el premio de la «Poetry Society» fué dividido entre dos poetas: Carl Sandburg y Stephen V. Benet, el primero por su libro «Smoke and Steel» y el segundo por «Heavens and Earth». La poesía de Stephen —cuyos estudios universitarios en Yale fueron terminados en 1919— es casi sobrerrealista, personalísima, de un hermetismo temperamental, fina y arduamente emotiva, producto de un espíritu singular, que ha vivido intensamente en el mundo y en los libros. Es también novelista y actualmente su actividad literaria y cultural revela un gran dinamismo. El premio Pulitzer lo obtuvo en 1929.

Junto a estos grandes poetas corresponde nombrar a otros también valiosos, aunque sin la jerarquía de los ya señalados. Son ellos: *Ezra Pound*, cuya obra revela influencias de nobles líricos de Gran Bretaña, donde residió largamente y a cuyas actividades en ese país nos referimos más adelante; *Charles Erskine Scott Wood*, que después de ser marino se doctoró en derecho y publicó un hermoso libro «A book Tales», inspirado en los mitos indígenas de su patria y no superado por sus obras posteriores, entre las que merece señalarse la titulada «The poet in the desert»; *George Santayana*, el filósofo de «The life of reason» y otros ensayos notables, que ha reunido

en su tomo «Poems», una labor lírica valiosa, de expresión clásica, de riqueza conceptual, de forma perfecta, si bien su verdadera personalidad está, creo yo, en sus estudios filosóficos; *James Oppenheim*, que es por excelencia el poeta que sabe descubrir, tras la corteza opaca o luminosa, el latido espiritual, como lo revelan sus libros «The solitary», «The mystic warrior», «Songs of new age», «Golden bird», etc.; *Claude Mac Kay*, poeta negro, de quien se han difundido sobre todo aquellas páginas de sentido social, si bien son también muy bellas —y quizá más valiosas en cuanto a pureza lírica— sus poesías idílicas, suaves, de finas palpitaciones que constituyen, tanto como las ya citadas, una expresión psicológica de su raza; *John Gould Fletcher*, poeta de imágenes, sinfonista de colores, cuya obra es un juego suntuoso, a veces un poco superficial, captador de la sonrisa cotidiana, de la gracia pasajera, de la fiesta fugaz. El cromatismo de su visión se une a la ductilidad de sus ritmos, que no profundizan el corazón de las cosas porque se contentan con captar su aspecto ligero, algo burbujeante e irisado, que es a manera de un remanso, de un sedante reposo en un mundo febril; *James Weldon Johnson*, fallecido en un accidente automovilístico en 1938, dejó muy recomendables poemas negros, que no pueden faltar al hablarse de poesía afroamericana, y fué también novelista, cónsul de su patria en Venezuela y Nicaragua, habiendo vertido al inglés páginas de los *Alvarez Quintero* y de *Plácido*; *Maxwell Bodenheim*, de quien bastaría recordar se breve poema «La muerte» (1) para demostrar la fuerza y belleza de su lírica expresionista; *William C. Williams*, también expresionista; *Alfred Kreyborg*, cuyo interesante poema «Old Manuscript» tradujo al español (2); *George Sterling*, *Arthur Davidson Ficke* y *William E. Leonard*, tradicionalistas; *Joyce Kilmer* y su poema «Trees» que figura, musicalizado, en el repertorio del famoso cantor negro *Paul Robson*; *Arturo Giovannitti*, cuyo lirismo se resiente de exceso de contenido conceptual, expresado sin la necesaria valoración poética; *John Hall Wheelock*, de labor tan apreciada como discutida; *Lew Sarret*, descriptivo, autor de «Many, many moons», *Charles Granville Hamilton*, sacerdote evangelista, que actualmente ejerce su apostolado en el Estado de Mississippi y cuyos poemas mejores me parecen aquellos más sintéticos; *Ernest Walsh*, fallecido en 1926; *Yvor Winters*, de vida muy agitada y laboriosa; *Hervey Allen*, que en Francia tuvo brillante actuación militar, en la guerra mundial del 14; *Ralph Cheyney*, de quien debe recordarse

(1) «La muerte», poema de Maxwell Bodenheim. Trad. y anotado por Gastón Figueira. En «Síntesis» (suplemento literario de «La Mañana») Montevideo, 23 de julio 1942. Ese mismo suplemento publicó, con fechas 4 y 11 de junio de 1942, mi ensayo titulado «Poetas estadounidenses», que puede servir de complemento a algún pasaje del presente estudio.

(2) «El viejo manuscrito», poema de Alfred Kreyborg. Trad. de Gastón Figueira. En «La Crónica» de Lima. Número extraordinario del 28 de julio de 1941. Pág. 53, dedicada totalmente a mi pequeña antología de traducciones, que aparece con el título de «La moderna poesía estadounidense», incluyendo trece autores.

muy especialmente su generosa, inteligentísima labor frente a su revista «Contemporary Verse»; *Lloyd Mallan* y *C. V. Wicker*, que animan una simpática revista juvenil de Pittsburgh, titulada «Fantasy» y cuyo mundo lírico es todavía algo caótico. Mallan tradujo a García Lorca y, en colaboración con Wickers y con Joseph Leonard Grucci publicó, en 1942, en Albuquerque (New México) un tomo con traducciones del chileno Neruda, del mexicano Pellicer y del ecuatoriano Carrera Andrade. Y quedan todavía más poetas que merecen citarse: *Alan Seeger*, fallecido; *Edward Nagle*, *Hervey Allen*, *Robert Wolf*, *Witter Bynner*, *Jim Waters*, *Brownell Carr*, *Oscar Williams*, *H. L. Davis*, *Gordon Lawrence*, *Robert Hyller*, *Wallace Stevens*, *David Greenhood*, *Max Eatsman* y alguno más.

Quizá se esté esperando, y con mucha razón, referencias acerca de las poetisas, cuyo índice es valioso y numeroso. No hemos comenzado con dicho grupo porque, pese a su calidad y variedad, acontece que en Estados Unidos la pléyade poética femenina no cuenta —ni contó nunca— con valores como los que Delmira Agustini y Juana de Ibarbourou representan en nuestra literatura, figuras primerísimas cuya resplandor se irradia a todo el Continente. Cuando Amy Lowell obtuvo el premio Pulitzer de 1926, se pensó por un momento que ella lograría ubicar su personalidad poética junto a la de T. S. Eliot, Arlington Robinson o Edgar Lee Masters, para elegir sólo tres de los grandes poetas estadounidenses. Sin embargo, y pese a la popularidad que siempre acompañó a su obra, el tiempo defraudó esa esperanza, como yo había acontecido con Edna St. Vincent Millay, también laureada con el mismo premio, en 1923. Y en el siglo pasado, Emily Dickinson (1830-86) no llegó nunca a la jerarquía lograda por Longfellow, Poe y Whitman, pese a que en la actualidad se advierte, en Estados Unidos, una simpática y entusiasta revaloración de la poesía de esa autora, a la que hay que reconocer, sobre todo, ciertas anticipaciones a su época.

Amy Lowell, ya fallecida en 1925, realizó una vasta labor poética, con un brío y una fe ejemplares. Era ya sexagenaria cuando falleció, en 1925, rodeada de la admiración, el respeto y el afecto de todos. Dos etapas son las más notables en su obra: el poema breve, con algo de «hai-kai», y el canto extenso, complejo, algo cerebral, muchas veces originalísimo y suntuoso. Viajó muchísimo y en Francia estudió y tradujo a los poetas modernos, que ejercieron cierta influencia en su arte, también con alguna sugestión de Verhaeren. Recorrió asimismo Grecia y Egipto y tradujo al inglés más de cien poemas chinos, en colaboración con Florence Ayscough. De sus numerosos tomos poéticos, elegiremos los titulados «A dome of many colored glass» (su obra inicial, 1922), «Men, women and ghosts», «Swort blades and poppy seeds» y «Pictures of the floating world», sin olvidar su labor de crítica, biógrafa y traductora: «Tendences in modern american poetry», «John Keats» y «Six french poets».

Hilda Doolittle —que firma todos sus libros con las iniciales de su nombre— fundó en Londres, en 1914 y en compañía del poeta

Ezra Pound —a quien ya nos hemos referido— la escuela lírica «imaginista», a la que también se unió el poeta John Gould Fletcher, entre otros discípulos devotos. Si bien el solo nombre de esa agrupación basta para dar una síntesis de su orientación, diremos que —al conceder al valor imaginativo un sentido poético preponderante— al grupo «imaginista» trató (y quizá sólo lo logró su creadora) no dar a esa característica un mérito puramente objetivo o metafórico, sino que buscó aliarlo a una sublimación emocional de las imágenes. Hemos de dedicar todo un ensayo a los poetas agrupados en esa escuela lírica, cuya historia es muy rica. Concretándonos ahora a la personalidad de su creadora, diremos que Hilda Doolittle, como Amy Lowell, viajó mucho por Europa, deteniéndose en Grecia, cuya inspiración es notoria en gran parte de sus poemas, de poderosa belleza formal. También escribió algunas de sus más interesantes páginas en una pequeña villa a orillas del lago Lemán, donde residió bastante tiempo. «Sea garden», su primer libro, apareció en 1916, siguiéndole «Hymen», «Heliodora and other poems», «Collected poems». Entre sus mejores poemas figuran «Pear tree», «Sheltered garden» y «Lethe». De su escuela lírica se publicó un tomo titulado «Some imaginit poets».

Al llegar a esta altura de mi itinerario de la poesía fememina estadounidense, vacilo —como un peregrino en una bifurcación que le ofrece dos sendas igualmente hermosas— frente a los nombres de *Edna St. Vincent Millay* y de *Sara Teasdale*, ambas muy populares, pues sus versos son ampliamente conocidos en su patria. La primera de ellas empezó a escribir desde muy temprano. Su inspiración, muchas veces panteísta, se siente a veces atraída por temas metafísicos. Era casi una niña cuando recibió un premio de «The lyric year», que estimuló su labor creadora, condensada en muchos y muy bellos libros, de los que destacamos: «Second April», «A few figs from Thistles», «Renascence» y «The har-weaver and other poems», sin olvidar su tragedia «The lamp and the bell» ni un libreto de la ópera «The King's Henchman» representada en 1927, en el Metropolitan Opera House, de New York, con música de Deems Taylor.

En cuanto a Sara Teasdale, ya he dicho alguna vez que me recuerda a Delmira Agustini, debiendo agregar que la estadounidense —ya fallecida también— no ha logrado ni la profundidad ni la perfección de las más bellas páginas de la uruguaya. Pero ambas han poemizado el dramatismo del amor, revelando una individualidad fuerte y delicada a la vez, muy lírica. Con gran riqueza de imágenes, ha cantado la belleza de la vida, el sentido del dolor y —sobre todo— los gritos y plegarias de un amor que la hacía «llorar con juventud, con voz cantante, con ojos que sorprendidos recogían la maravilla del mundo», según la expresión de uno de sus poemas más característicos.

Elinor Wylie abandonó sus estudios pictóricos para dedicarse a la poesía. Su primer libro «Nets to catch the wind» apareció en

1921, siguiéndole otros poemarios y alguna novela. Viajó mucho, casó con el poeta y crítico William Rose Benet, hermano de Vincent Stephen Benet, según ya hemos visto. Elinor Wylie se destacó también por su salón literario, que animó en Greenwich Village y al que concurrían, entre otros amigos ilustres, el hoy muy famoso novelista John dos Passos. La poesía de esta autora es brillante y musical, refinada y llena de expresiones inéditas, profunda a veces, aunque en ocasiones se resiente de cierta artificiosidad.

Harriet Monroe, que tras de haber participado en el congreso de los *Pen Clubs*, en Buenos Aires, en 1936, se dirigió al Perú, donde falleció al año siguiente, fué, por excelencia, la amiga y protectora de los poetas de su patria, la que los sacaba del anonimato y les ofrecía las páginas de su revista «Poetry» que dirigía en Chicago y en la que aparecieron traducidos al inglés, quizá por vez primera, poemas de Juana de Ibarbourou, Enrique González Martínez, Gabriela Mistral, etc. Dichas versiones eran realizadas por *Muna Lee*, poetisa también, autora de un bello libro «Sea Change» y actualmente esposa de Luis Muñoz Marín, presidente del Senado de Puerto Rico. La bibliografía de Harriet Monroe es bastante extensa, comprendiendo, entre otros, los siguientes títulos: «Valeria and other poems», «Columbian odes», «The Passing show», «You and I». Una de sus obras de alta crítica es «Poets and their art».

Hilda Conkling representa uno de los más asombrosos casos de precocidad intelectual y, especialmente, poética, agregando que no debe confundirse su caso —ya estudiado por psicólogos y educadores— con los más corrientes de «niños prodigios» remedos de adultos. Hilda no contaba diez años de edad cuando publicó su primer libro «Poems by a little girl» al que siguió «Shoes of the wind» ambos reunidos por su madre, a quien la niña decía sus poemas, de una gracilidad y pureza realmente primaverales. Parecía que por la boca de esta niña admirable cantaba toda la infancia, con su revelación de un mundo nuevo.

Edna Worthley Underwood, autora de numerosos poemarios impresos con gran lujo, encuadernados a veces en telas exóticas, tiene para los latinoamericanos un especial significado, pues ella es en la actualidad quien con más entusiasmo y comprensión traduce a los poetas hispano parlantes. Su mejor libro propio es quizá «Maine Summers», en los que la visión de la madre muerta se une a la imagen de las montañas del Estado de Maine. Entre sus antologías hay que destacar especialmente el grueso tomo titulado «Anthology of mexican poets». También publicó, en libros bellísimos, sus traducciones de Háfiz, de poetas árabes, chinos, eslavos, portugueses. Con anterioridad a Edna Worthley Underwood, los mejores traductores de poetas latinoamericanos fueron, en Estados Unidos, Thomas Walsh, ya fallecido, y Alice Stone Blackwell, actualmente ciega.

Genevieve Taggard publicó recientemente uno de sus más hermosos libros: «Long view», en el que se destaca su poema «To arm you for this time». Vivió en Hawai junto a sus padres, misioneros

en Honolulu. Realizó brillantes estudios universitarios en California y fué periodista. Su primer libro, «For eager lovers» apareció en 1922. Su poesía es muy emotiva, a menudo de un delicado intimismo.

Jean Starr Untermeyer, dama de expresiva belleza y refinada cultura, cursó sus estudios en la Universidad de Colombia y casó con Louis Untermeyer, uno de los más autorizados críticos de su patria. De su caracterizada producción lírica («Growing pains», «Dreams out of darkness», etc.) preferimos su poema «Clay hills».

Florence Hall es una fina poetisa y, además, una cultísima hispanista; *Marion Strobel*, autora de «Once in a blue moon», perteneció a la redacción de la revista «Poetry», que ya hemos elogiado; *Leonis Adams*, que en 1925 obtuvo un resonante éxito con su libro «Those no elects»; *Babette Deutsch*, cuya verdadera vocación es la crítica de la poesía, que realiza noblemente; *Alice Corbin*, que también perteneció a la redacción de «Poetry» y cuyo mejor libro es «Red earth»; *Anne Spencer*, poetisa negra, se caracteriza porque, en vez de cultivar la nota rítmica y multicolor, se siente atraída por los motivos intelectuales, casi filosóficos; *Helen Hoyt*, de expresión sintética, autora de «Apples here in my basket», un bello poemario; *Mary Austin*, traductora de poemas indígenas de su patria; *Hildegarde Flanner*, cuyo poema «This morning» es de una encantadora frescura femenina; *Lola Ridge*, irlandesa, cuya actividad literaria y periodística se desarrolló siempre en Estados Unidos; *Marjorie Allen Seiffert*, *Elizabeth J. Coatsworth*, *Kay Boyle*, *Marguerite Wilkinson*, *Eunice Tietjens*, *Gwendolyn Haste*, *Laura Riding*, *Margaret Larkin*, *Constance L. Skinner*, *Blanche Matthias*, *Katharine Lee Bates*, *Marianne Moore*, *Agnes Lee*, *Evelyn Scott*, *Gertrude Stein*, *Amory Hare*, *Leonora Speyer*.

Y todavía corresponde agregar los nombres de *Katinka Leiser*, *Eve Merriam* y alguna otra figura de la generación novísima, cuyo panorama es aún bastante confuso y huido, con tonos de balbuceo, imposible de captar con verdad y amplitud.

No debe extrañar la pluralidad de poetisas en un país tan culto y vasto como Estados Unidos, donde la mujer ha participado y participa intensa y extensamente en todas las actividades culturales y sociales. Agreguemos también que, pese a su riqueza y sus méritos, la pléyade lírica del Norte no llega a la calidad de la que se extiende de México al Plata, sin que en esta valoración haya, desde luego, la menor sugestión chauvinista. Creemos, en efecto, que los Estados Unidos no poseen un grupo tan interesante como el que forman Sor Juana Inés de la Cruz, María Eugenia Vaz Ferreira, Delmira Agustini, Gabriela Mistral, Juana de Ibarbourou, Alfonsina Storni, Gilka Machado, María Enriqueta, Sarah Bollo, Rosalina Coelho de Miller, María Alicia Domínguez, Esther de Cáceres, Cecilia Meirelles, Dulce María Borrero, María Olimpia de Obaldía, Nydia Lamarque, Sara de Ibáñez, Ida Flaubert, Ida Réboli, Selva Márquez, Clementina Isabel Azlor y varias más.

Estimamos, sobre todo, que ninguna de las voces líricas feme-

ninas de Estados Unidos —ni aún las más eximias, como Emily Dickison, Amy Lowell, Hilda Doolittle, Edna St. Vincent Millay o Sara Teasdale— ha logrado, pese a sus magníficas realizaciones, la intensidad, la esencialidad, la gracia o la hondura que admiramos en la obra de Delmira, Juana, Gabriela, Alfonsina y la brasileña Cecelia Meirelles, a quienes la crítica hispanoparlante no siempre recuerda como debiera y a quien debemos ir acostumbrándonos a llamar simplemente Cecilia. Las poetisas norteamericanas, en general, son de expresión brillante, pero pocas veces de gran intensidad emotiva.

II

La renovación poética iniciada por Walt Whitman debía ser ampliada y enfocada con más sentido imaginativo. Violento, salvable, profético, ardoroso, el cantor de «Leaves of grass» adolece —en cierta manera— de exceso de riqueza conceptual. Corresponde destacar, sin embargo, que no siempre ese exceso es, en su propia obra, óbice para el auténtico lirismo, como acontece con muchos de sus discípulos, especialmente en lengua española. También debe reconocerse que Whitman logró, con vocablos sencillísimos, esquivar el declive al prosaísmo, por virtud de su fina sobriedad expresiva, de su ancha musicalidad, libremente gozosa. No fué retórico, es cierto, pero a veces resulta enfático. Supo desechar el verbalismo, pero no logró librarse, a veces, de cierto tono discursivo. La obra de Whitman resulta así, más que una realización plena, un esbozo, una profecía, un credo de vida, un arte nuevo, un saludo al futuro, una exaltación de americanidad, de país joven y fuerte. El vió en América «always the Continent of Democracy». Y esa visión y esa fe la dijo y la gritó. Pero, líricamente, sólo logró realizarla en parte. Dejó como el cimientó para que el poeta futuro levantara el rascacielo de su canto. Canto sin discurso, sin gritos, depurado, afinado, agudo como una flecha, con toda la alegría y la melancolía de la vida moderna, con los mis colores de las grandes ciudades. Ese canto es — a nuestro juicio — el de Carl Sandburg.

En 1878, en Galesbury, Estado de Illinois, nació, de una humildísima familia sueca, un niño. Para la lucha por la vida, los más diversos oficios lo esperaban: portero de barbería, telonero de music-hall, aprendiz de alfarería, lavaplatos de hotel, soldado en Puerto Rico. Con una pocas economías, realizó estudios en el Colegio Lombard, en su villa natal. Pocos poetas — pocos escritores — lucharon tan duramente por el pan diario, como Carl Sandburg. Su propia existencia vagabunda, en contacto con la prosa cotidiana, le dió ese sentido humanísimo de su lirismo, que sabe espiritualizar los detalles más humildes de las cosas, elevándolas al plano de la creación estética.

En un interesante estudio acerca de este autor, Louis Butcher Lee lo describe físicamente: «alto, de espaldas anchas, vestido con

negligencia. Al verlo, lo primero que llama la atención son sus pequeños ojos grises, vivaces, escrutinadores. El cabello es de un gris acero, un mechón le cae al desgaire sobre la frente. Mandíbulas cuadradas. En la boca, una pipa. En la cara, una expresión decidida, pero melancólica».

Si como hombre, Sandburg luchó tenazmente, no menos ardua fué su lucha para que su obra de poeta lograra el debido reconocimiento. Como en el caso de Vachel Lindsay, es a la generosidad nobilísima de Harriet Monroe a quien Sandburg debe gran parte de su prestigio. Se dirá — y con razón — que si éste poeta es hoy tan admirado, después de varios lustros de publicados sus libros esenciales, ello se debe al valor intrínseco de su obra, ya juzgada repetidamente. Sí, pero la redacción de la revista «Poetry» de Chicago fué, en realidad, el nacimiento de la poesía de Sandburg como algo fraternizado con el público estadounidense, primero con los especialistas, luego con el gran público lector y más tarde con el pueblo. Fué en 1914 que la revista «Poetry» publicó una serie de poemas de este autor, quien obtuvo, por tal publicación, el premio Levinson, destinado al mejor poema o grupo de poemas editados en el año, por autor nacional. Al mismo tiempo, la poetisa Harriet Monroe destinaba al nuevo colega varios estudios, suscitando así el interés por el joven valor lírico que asomaba con tanto brío, con tanta originalidad, con un acento y una visión distintos al de los autores ya conocidos.

El primer libro de Sandburg, titulado «Chicago Poems» editóse en 1916 y ya aparece en él bien definida la personalidad del autor. Ciertamente que en tomos posteriores, Carl ha afinado y perfeccionado su lirismo. Pero la individualidad — que delinearemos a continuación — es siempre la misma. En esto, el estadounidense se diferencia de otros muchos poetas, cuyos primeros libros son generalmente de un tono muy distinto — cuando no opuesto — al que más tarde había de representar y expresar su personalidad, su color, su nota.

Quizá el mejor libro de este autor sea el que publicó a continuación de «Cornhuskers», es decir «Smoke and Steel» que en 1920 obtuvo — como ya hemos visto — la mitad del premio de la «Poetry Society». La otra parte de dicho premio correspondió a Stephen Vincent Benet, cuya poesía es muy distinta a la de Sandburg.

Otros libros del autor que nos ocupa: «Slabs of the Sunburnt West» y sus deliciosas narraciones «Rootabaga Stories» y «Rootabaga Pigeons».

«El demócrata emocional» es el título que el crítico Louis Untermeyer ha conferido a Carl Sandburg. Y lo es, en realidad. En su poesía aparecen el pueblo, las gentes humildes, el trabajo de las grandes ciudades, todo visto a través de un sentimiento de fraternidad, de simpatía, que raras veces hallamos en otros poetas. En ocasiones, la visión es ruda, pero jamás está exenta de cierta ternura. Y aunque en algunos casos utiliza vocablos del argot, nunca su poesía deja de ser digna, austera, llena de verdad y de auténtico lirismo.

Ya hemos destacado que una de las características más salientes de este autor reside en su poder de elevar los aspectos humildes y silenciosos, los detalles casi insignificantes, al mundo de la valoración y estilización estéticas. ¿No es éste un don de verdadero poeta? Jamás hallamos en sus obras el más pequeño asomo de énfasis. Ningún tono altisonante. Ninguna gala decorativa. Con el mínimo de elementos, realiza una poesía que consigue plenamente su fin: hacer vibrar al lector en una solidaridad emocional, diciéndole lo que él muchas veces había sentido, pero vagamente, sin esa claridad reveladora con que ahora la entrega el poeta.

Su poesía, que al principio parece tan objetiva, esconde, bajo ese aspecto, una espiritualidad intensa, que se ilumina en cuanto ahondamos en su sentido. Cristiano, muchas veces un halo celeste resplandece en su mundo poético:

NIÑO

El pequeño niño, Cristo, es justo y sabio
y hace preguntas al viejo hombre, preguntas
halladas bajo el agua que corre para todos los niños,
junto a los árboles altos, mirando allá abajo, viejos y nudosos;
halladas únicamente en los ojos de los niños, inefables,
diciendo en voz baja un canto de soledad.
Y el pequeño niño, Cristo, pregunta y pregunta.
Y el viejo hombre nada contesta y sólo sabe amar
al pequeño niño Cristo, sabio y justo.

En muchos de los poemas de Sandburg aparecen nombres de ciudades, calles, plazas, gentes y costumbres de Estados Unidos. Pero *nunca* ese matiz — que no llega a ser regionalismo — quita a su obra el sentido humano universal que es la más alta expresión artística.

Desde el «gendarme parado frente a un Banco, a las 3 a. m., solo, siempre solo», hasta la «bailarina de variedades, cuyo nombre aparece escrito en un gran anuncio eléctrico y que él conoció cuando era una niñita junto a su madre lavando bajo un emparrado», todas las figuras, todos los dramas que desfilan en los poemas de este autor son muy típicos de su patria. Y al mismo tiempo, ¡qué universales! ¡Cómo nos hacen comprender, una vez más, que el alma humana es la misma en todas partes, con sus dolores, con sus grandezas, con sus miserias, con su afán de justicia, con su sed de dicha y elevación!

Al ser preguntado acerca de las influencias que él reconocía en su obra. Sandburg dijo que eran tres: la Biblia, Lincoln y Paul Fort. Y, en realidad, nadie como el propio poeta ha podido dar más certero origen de su obra. Pero corresponde, sobre todo, agregar un cuarto nombre: el de Carl Sandburg. Porque hay en su poesía una expresión personalísima, que no encontramos sino en el propio au-

tor. Su conocimiento de Paul Fort fué muy incompleto: en la época en que Sandburg escribió sus mejores poemas, su francés era sumamente imperfecto. Pero es natural que haya tenido noticia de esa deliciosa sobriedad de esa perfecta pureza de las baladas de Fort, que también supo dar jerarquía lírica a lo pequeño, a lo desheredado. Creo, sin embargo, que el francés miró demasiado al pasado — sobre todo al pasado de su bella patria. En cambio, los ojos de Sandburg se dirigieron tenazmente al porvenir, y al porvenir miran todavía.

El verso de este autor es muy pocas veces de una corrección rítmica a la manera clásica. Nervioso, algo desordenado, deja que su ritmo siga la marcha de su pensamiento y de su emoción. A veces, combina el verso con la prosa. A veces, sus poemas están enteramente escritos en prosa. Típica de su manera expresional es su

FANTASIA DE JAZZ

¡Golpead el tambor, destruid vuestros banjos, sollozad en vuestros largos saxófonos frescos y viboreantes! ¡Vamos, *jazzmen*!

¡Romped vuestras coyunturas en el fondo de las jubilosas cacerolas de hojalata! ¡Qué rezumen vuestros trombones! ¡Qué se oiga el husha-husha-husha del papel de vidrio al deslizarse!

¡Gemid como un viento de otoño en las cimas solitarias de los árboles! ¡Gemid delicadamente, como si a alguien estuviérais deseando con terror! ¡Llorad como una auto de carrera que se escapa al proceso verbal del motor y su chischás!

¡Bag-bag! ¡Oh *jazzmen*: golpead tambores, banjos, cornetas; haced luchar a dos hombres en una escalera, arañándose los ojos, peleando cuerpo a cuerpo y rodando por los escalones!

Renunciad a vuestros malos ademanes... Un barco a vapor del Mississipí vaga ahora por el río nocturno, con su hu, hu, hu, hu... y las linternas verdes conversan con las estrellas altas y delicadas... y una luna roja sube sobre las jorobas de las colinas y del río... ¡Andan allí, oh *jazzmen*!

Si bien muchas veces puede decirse que en los poemas de Sandburg no hay verso, en cambio siempre hay ritmo y siempre hay poema. Cada una de sus frases equivale a una estrofa. En este aspecto es donde encontramos que sus medios expresivos denotan cierta influencia de los cantos bíblicos. Sin embargo, difícilmente puede decirse que los poemas de Sandburg sean cantos. Ya Marguerite Wilkinson señaló esta característica: «Los poemas de Sandburg están realizados con los que llamaríamos los ritmos de la conversación. En todos sus poemas oímos a un hombre que está conversando. Raramente canta. Su canto es siempre conversación». Sí, tiene razón la autora de «New Voices». Pero puede agregarse que ese tono monologado de Sandburg es algo que él busca deliberadamente. Es la

manera de decir su emoción con un máximo de síntesis, es su modalidad temperamental. Y recordaremos nuevamente a Marguerite Wilkinson en su afirmación de que «Sandburg es siempre vívido, siempre interesante». Y no resulta arriesgado afirmar que ninguno de sus colegas ha realizado, en este siglo, en su patria, una obra tan anticipada a su época. Las bizarras visiones, las expresiones inéditas de «Iron and steel» fueron más tarde fervorosamente recibidas y asimiladas por muchos autores. Y las páginas que Sandburg publicó en 1916 y en 1920, se leen hoy como algo reciente.

«El demócrata emocional», con más de sesenta años de edad, sigue teniendo un alma joven y valiente, de visión nítida, fervorosa. Así lo demuestra rotundamente su reciente página en elogio de Roosevelt, magnífico saludo en que — sin proponérselo de antemano — ha realizado Sandburg uno de sus más hermosos, nobles y vivientes poemas.

GASTON FIGUEIRA

(Los dos poemas de C. S. han sido traducidos por G. F.)

COMENTARIOS SOBRE WALTER SCOTT

Cuando se leen las novelas de Walter Scott no parece sino que vemos al autor rodeado de sus libros de historia, de sus diccionarios, de sus enciclopedias, de sus cuadernos de apuntes donde todo está cuidadosa y minuciosamente clasificado. Allí ha copiado, con paciente ardor, baladas y viejas canciones, poesías y textos latinos, descripciones geográficas, relatos tomados de miniados códices, de amarillentas memorias, de desvanecidas informaciones, de apolillados infolios hallados en los archivos de las parroquias y de los antiguos condados ingleses. Pero hay más aún; junto a la sala de trabajo del novelista y, acaso, en la misma sala, hay una curiosa colección de objetos: patinosos cuadros, retratos de guerreros y nobles damas, amarillentos grabados, antiguos mapas y globos terráneos, cofres historiados, apagados tapices, armaduras, panoplias, reliquias de arquitectura gótica: labrados capiteles, fragmentos de archivoltas o de calados trifolios, trozos de vitrales, restos de sillerías de coro, verdadero almacén de antigüedades en que todo se halla también catalogado cuidadosamente con sus rótulos escritos en clara y pulcra letra. Hay algo más todavía. La habitación en que escribe el novelista es una majestuosa sala de apuntada bóveda, cuyos muros están cubiertos de viejas y ricas maderas ensambladas sobre las cuales cuelgan tapicerías que representan escenas caballerescas, y en cuya pared principal se alza una alta chimenea gótica en que arden grandes troncos de encina. Desde las ventanas de esta sala, y aún desde la misma mesa de trabajo, se ven los muros del castillo: apiñonados mojonetes que ocultan grises techos de pizarra, un almenado torreón, pasajes aspillerados, caminos de ronda y el parque señorial, trazado sobre aquel maravilloso paisaje del *Border*, con sus verdes y empinadas colinas, con sus frondosos bosques, con sus espejadas lagunas, con su murmurante río, con sus románticas cascadillas, con sus lejanas montañas. Admirable ambiente para soñar y retroceder en el tiempo y en el espacio hacia épocas que, si no fueron mejores que las actuales, la historia las ha revestido de la poesía que se halla en el silencio y la soledad de los arruinados castillos y abadías y de los viejos cementerios escoceses.

Sobre la mesa señorial están las cuartillas que el autor debe llenar ordenada y metódicamente. Junto a ellas se halla el plan o el esquema del proyectado libro. Al autor no le preocupa la extensión ni la complicación de la fábula, la multiplicación de los personajes, la sucesión incontable de las escenas. Todo se construirá concienzudamente y se desarrollará sin apremio. No ha de ser sacrificada ni una descripción por accidental que sea, ni uno solo de los antecedentes de los personajes por insignificante que parezca, ni los rasgos más nimios de sus caracteres, ni un diálogo trivial, ni siquiera una nota o

una aclaración sobre el origen histórico de los sucesidos, ni una referencia erudita a las tradiciones o consejas que allí se evocan. El novelista no tiene prisa en terminar su novela; tampoco se preocupa de que el numen o la inspiración lo visiten. Todo ello vendrá si viene, —y confesemos que muchas veces viene—, pero si no, es lo mismo, la pluma correrá ágilmente sobre las cuartillas, sin más interrupciones que las necesarias para que el escritor consulte sus diccionarios, sus enciclopedias, sus cuadernos de apuntes, su almacén de antigüedades.

Así, pues, ha de comenzar el novelista por pintar un gran telón de fondo, en el que nada ha de ahorrarnos. Para eso está allí el admirable paisaje del *Border, the land of Scott*, el país del Tweed y del Teviot, el verde valle donde se levanta el castillo de Abbotsford con sus bosquecillos, sus colinas y sus sendas; con sus murmurantes corrientes de agua; a un paso de la melancólica abadía de Melrose y de su antiguo cementerio, y apenas a una hora del país de Edimburgo, la ciudad romántica de las viejas casas pardas que parecen castillos, del Holyrood poblado de sagrados recuerdos de la época de los Estuardos. Y como la fantasía del autor es vivaz y despierta, solamente basta imaginarlo para que aparezca el misterioso paisaje de las tierras altas, las *highlands* con sus montañas, sus torrentes, sus valles, sus lagos y cascadas, sus selvas y sus campiñas, o los panoramas de Inglaterra, la *greenland* poblada también toda ella, como la vieja Escocia, de lagos, cascadas, bosques, castillos, abadías y leyendas.

Además el autor tiene allí su inagotable *atrezzo*. Si ha de pintar-nos un castillo feudal, un palacio, una antigua abadía, un burgo rural, ya le tenemos detrás de los cristales de su ventana o frente a sus grabados que han de darle la visión romántica del paisaje; pero esto no es bastante; él descubrirá en su museo trozos de tallada piedra que le ayudarán a describir los torreones aspilleros, las barbaccanas, el puente levadizo, la torre del homenaje, el salón de la guardia, los pasadizos secretos, los salones, las alcobas, las naves ojivales, los claustros; le veremos allí recoger del suelo un yelmo, y una cota, y una loriga, y un cincelado peto, y una lanza de torneo, y un recamado escudo, y una ballesta, y un arcabuz, y una cruz abacial y examinarlo todo con la atención con que un naturalista mira sus ejemplares zoológicos. Todo ello pasará en seguida a las cuartillas, animado por la imaginación del novelista que ha creado ya la visión del castillo, o de la abadía, o del palacio, o del burgo, con sus habitantes, sus servidores y su paisaje. Allí situará sus personajes vestidos con su pintoresca indumentaria y construirá las escenas, y los diálogos, y la acción, y, cada vez que sea necesario, nos ilustrará menudamente sobre linajes, biografías, caracteres y hechos históricos, y nos describirá batallas y combates, torneos y juicios de Dios, aventuras y hazañas caballerescas, ceremonias litúrgicas, y, amenudo, nos remitirá a las eruditas notas del apéndice, donde hallaremos citas y textos antiguos, a veces en latín, que abonan la exactitud del cuadro novelesco.

Si en lugar del paisaje físico y moral histórico se propone pin-

tar escenas, caracteres y episodios de la vida contemporánea urbana o campesina, entonces el novelista abandonará las artesonadas salas de Abbotsford; tomará la diligencia y recorrerá los caminos, las aldeas y las grandes y pequeñas ciudades; se lanzará a las calles, penetrará, como luego lo hizo Dickens, en las posadas, en las tabernas, en las boticas, en las casas y en los zaquizamies; todo lo observará con morosa curiosidad y, de aquí y de allá, extraerá preciosos croquis de fondos urbanos o rurales, curiosos personajes, muchos de ellos genéricos, como los campesinos, cuya alma escudriñará con interés de psicólogo, o excéntricos que le darán motivo para hacer derroche de ingenio y buen humor, y también de *humour*, pues este incitante elemento no puede faltar en un novelista inglés. Pero también en estas novelas contemporáneas, al hacernos conocer los caracteres y costumbres, no desperdiciará ocasión para referirse al aspecto tradicional y buscar así la relación entre las épocas, los hombres y los sucesos.

Terminada la obra revisará concienzudamente sus capítulos y se complacerá en exornarlos con vistosos acápites: estrofas de antiguas baladas escocesas y canciones de la Edad Media, versos latinos, estancias de poetas ingleses. Todo esto corresponde admirablemente al texto y es como el anuncio y compendio de lo que en él se contiene. A veces resulta ingenuo y demasiado simple, como en el caso de la introducción de «El Pirata» o en algunos capítulos de «El Anticuario», pero otras veces resulta patético, como en el caso del capítulo XXII de «El Abad», en que se describe la dramática escena de la abdicación de María Estuardo, y a cuyo frente el novelista puso los versos de Ricardo II:

I give this heavy weight from off my head
And this unwieldy sceptre from my hand;
With mine own tears I wash away my balm,
With mine own hand I give away my crown,
With mine own tongue deny my sacred state,
With mine own breath release all duteous oaths.

*
* *

¡Admirable escritor y admirable procedimiento! El posee todas las armas del lenguaje y del estilo: un lenguaje digno, lleno de decoro y elevación, capaz del énfasis y del enternecimiento; de la grandeza épica y de la jovialidad humorística. Un estilo personal e inconfundible que alcanza la majestad clásica sin apartarse de la sencillez aun en los pasajes heroicos.

Su propósito no es solamente deleitar; como buen hijo de su pueblo quiere también enseñar y edificar. Su docencia es admirable. Porque además de ser siempre interesante cuanto enseña, lo hace con un sentimiento tan personal y tan íntimo, en forma tan honrada y tan gráfica, pero tan viva y animada que, con razón, un escritor contempo-

ráneo que está muy lejos de él, pero que tiene hoy muchos lectores, Stefan Zweig, dice refiriéndose a las escenas de una de estas novelas históricas que, «para quien las haya leído cuando niño o mozo, han quedado para siempre como más intimamente verdaderas que la verdad histórica, pues en algunos raros y benditos casos, la hermosa leyenda triunfa sobre la realidad». «¡Cómo hemos amado todas estas escenas, continúa, en nuestra calidad de seres humanos, jóvenes y apasionados, cómo las hemos grabado gráficamente en nuestro ánimo, cómo las ha rodeado de compasión nuestra alma!».

Siempre ha sido un mal procedimiento estudiar historia en las novelas. Sería un terrible error hacerlo, por ejemplo, en las de Alejandro Dumas, quien, si no en el temperamento, sí en el procedimiento se parece al novelista inglés. También Dumas tiene sus enciclopedias, su galería de maniqués y su almacén de antigüedades; pero, ¿cómo detener aquella desenfrenada fantasía, fruto sin duda de la sangre tropical, que prefirió siempre la ficción de lo que él imaginaba a la realidad histórica? El novelista inglés, en cambio, tuvo respeto por cuanto había bebido en la tradición y en la historia. Allí donde una crónica o un códice, o un antiguo pergamino o un viejo papel, o un autor respetable afirmaban un hecho, él se sentía incapaz de alterar su esencia y lo repetía con ejemplar honradez. Por eso en sus libros se puede, si no estudiar la historia de Escocia o Inglaterra, por lo menos sentirla y tener de ella y de sus tradiciones una visión general que es muy útil, por cierto, para quienes no hallan tiempo de penetrar las severas páginas de los autores clásicos ni tienen preparación para ello. En realidad esta historia, que acaso es la verdadera y al menos la que tiene, sin disputa, jerarquía de género literario, es también la que prevalece, porque, como lo dice el ya citado autor, cuando una leyenda «llega a estar por completo creada penetra profunda e indisolublemente en la sangre de un país». «A cada generación, agrega, es narrada y testificada de nuevo; lo mismo que un árbol inmarcesible da de sí nuevas flores en cada año. Pobres y abandonados, al lado de esta verdad más alta, yacen los papeleros documentos de los hechos, pues lo que una vez fué creado con belleza defiende su derecho con su belleza propia».

Pero no ha de decirse que Walter Scott fué solamente historiadador, o cronista, o mero tradicionalista. No. Nada de esto. El novelista inglés fué, además, artista; fué creador y fué renovador de un género literario. Fué artista un poco pródigo y desmesurado en su obra, realizada a la manera de los grandes decoradores murales. Fué creador en cuanto nadie antes que él hizo la historia novelada y pocos la han hecho después como él. Renovó, además, el género novelístico y lo renovó con verdadero genio personal.

Recuérdese lo que era la novela inglesa anterior a él. Taine ha dicho que de las honradas manos de Goldsmith la novela había caído en las manos gazmoñas de Miss Burney. Pero tanto la hija del sabio doctor Burney, como el autor de «El Vicario de Wakefield», como Sterne, como Richardson, Fielding y Smollet, con toda su poesía, su

sentimentalismo, sus licencias y sus originalidades fueron autores burgueses que compusieron sus novelas tomando de la vida real contemporánea sus elementos y aderezándolos con disquisiciones que denuncian su propósito moral más que épico. La imaginación novelesca no pasó de la descripción de episodios realistas de la vida cotidiana, ejemplares unos, escabrosos otros, bellos a menudo, pero carentes todos del gran acento poético, del color romántico que Walter Scott pidió a la tradición caballeresca y a la historia para renovar el género. Los personajes novelescos habían aparecido entonces vestidos con las ropas burguesas, moviéndose en las casas y en las calles de las ciudades o en los *cottages* y *farmes* del campo, imbuidos de las ideas y sentimientos corrientes, agitados por las pasioncillas y preocupaciones de aquella sociedad que, luego de la atormentada historia de los siglos anteriores, se había sujetado severamente a normas de religión, de moral, de orden, y de buen sentido. El amor y la pasión conmovían a estos personajes; pero, generalmente, la fábula tomaba candoroso color idílico.

Walter Scott echó por tierra la prosa de este mundo novelesco; idealizó los interiores burgueses y los personajes de carne y hueso que andaban por las calles; aventó el realismo crudo y el sentimentalismo cursi; transformó las ideas, sentimientos y pasiones que los animaban, y, como un mago que, en la escena, ordena con su varita que la tramoya realice la obra fáustica, resucitó las viejas ciudades y el paisaje del tiempo feudal, los burgos, los castillos, las abadías, los monasterios. Sobre esta escenografía gótica tendió un velo de poesía y misterio y convocó al viejo mundo desaparecido. Reyes, príncipes, barones, señores, guerreros se levantaron de los mausoleos de las catedrales y de las piedras tumbales de los viejos cementerios; los castillos volvieron a alzar sus orgullosas torres; las abadías sus agujas; los palacios abrieron sus pórticos; sonaron en las selvas las trompas de caza y las trompas de guerra; se vieron desfilar reinas y grandes damas, obispos y abades, mercaderes y trovadores, guerreros y «*out laws*», clérigos y soldados, ciudadanos y campesinos. A las preocupaciones burguesas sucedieron los sentimientos que arrebatan a los pueblos y los llevan a la guerra, a la gloria, al crimen y a la muerte. Se vieron partir cruzados que iban a la conquista del Santo Sepulcro, y pasar reyes y señores que defendían su corona y su feudo; se libraron terribles batallas; se vieron levantar cadalsos de los cuales corría sin cesar la sangre; se vio a los caballeros jugar la vida, en torneos abiertos, por su fe y por su dama; se asistió a las sombrías guerras de religión; se vio como se desplomaban las bóvedas de las catedrales góticas y como se entregaban al fuego y al saqueo las abadías y los castillos. Pero por sobre todo esto pasaba un soplo de poesía e idealismo que había tomado ya forma articulada en las baladas caballerescas del propio autor y de algunos de sus contemporáneos.

Así resucitó, vestido de inmarcesible belleza, el mundo feudal; así volvió a la vida la caballería, «*the old chivalery*», remozada y depurada de sus absurdos de los novelones de la Edad Media. Ya no

aparecía allí Palmerín de Inglaterra, ni Amadís de Gaula, ni el Caballero de la Ardiente Espada, ni Tirante el Blanco, ni el Caballero del Febo; no aparecía tampoco el gigante Morgante, ni los encantamientos, ni los hechizados caballeros, ni los filtros milagrosos; pero estaban allí Roberto Bruce, el misterioso «*out law*», el rey caballero que conquistó su reino con la espada, luego de magníficas aventuras; el misterioso Caballero Negro, que no fué otro que Ricardo Corazón de León; el Caballero Desheredado, debajo de cuya celada apareció el rostro de Ivanhoe; Roberto Burnst, el caballero que puso su capa sobre el barro para que pasara sobre ella sin manchar sus chinelas, Elizabeth, la reina virgen; Douglas, el ardiente enamorado de María Stuardo que burlando las guardias del castillo de Lochleven libertó a la soberana, fugaz libertad que se perdió en seguida en el campo de batalla de Longside, y tantos personajes y sucesos y escenas que han vivido en la memoria y en la imaginación de varias generaciones y siguen viviendo aún.

Cuando el novelista volvió los ojos a la sociedad contemporánea tomó de ella, no la versión literal, sino aquello que hundía sus raíces en la tradición, o tenía carácter o entrañaba interés pintoresco. Pintó la alta sociedad y la sociedad media y las clases humildes y las fijó en sus páginas tomando de ellas los rasgos castizos, las cosas genéricas, los personajes que ofrecían valor documental o sabor humorístico; pero todo ello es tan típico, tan profundamente autóctono que nadie confundiría una de estas novelas con las novelas de otro autor.

El amor interviene también en las novelas de Walter Scott, y con el amor el idilio; pero, ¡qué idilio! ¡Qué distantes estamos aquí de los amores burgueses, cándidos o tempestuosos de sus antecesores! Estos idilios están impregnados de idealidad y de heroísmo, de perseverancia, de fuerza moral, de sentimiento caballeresco, sobre todo. Interviene en ellos, amenudo, el imperativo de patria y religión, de lealtad al monarca o al señor, y siempre el concepto del deber, el espíritu de abnegación y una como voluptuosidad de sacrificio. Son castos, aun en medio de la tempestad de las pasiones y de la violencia del crimen; suelen rodearse de misterio, y, a veces, interviene en ellos la asistencia de un poder que se diría sobrenatural, pues no se explica sino en tales condiciones esas cándidas e inmaculadas figuras cuya veste no se mancha jamás al cruzar sobre los charcos de sangre y los abismos de pasión de la época. Cómo ha conquistado el corazón de varias generaciones la pálida figura de Lucía de Lamermoor, víctima inocente de su amor a Edgardo Ravensvold; la deliciosa Edith Bellenden, la amada de Henry Morton en «*Old Mortality*»; la paciente Rosa de Bradardin que triunfa sobre el inconstante Waverley; la intrépida y bella Catalina Seymour, maravillosa figura hecha de gracia y misterio, que rinde a Roland Graeme, el paje de María de Escocia; la altiva Lady Rowena, la conquistada más preciada de Ivanhoe; la dulce Ellen Graeme, la novia raptada del castillo de Netherby; la hermosa Ellen Douglas, la dama del lago, la amante de Malcom Graeme; Isabel Wardour, la romántica novia de

Lovei, convertido luego en Lord Glenallan; y aun otras figuras cuyo destino fué más melancólico: la judía Rebecca, Eufemia Deans, la hija del sombrío puritano de «The heart of Midlothian». ¡Cuánta abnegación, cuánto sacrificio, cuánta devoción, hay en estas mujeres! Como lo hay en Douglas, y en Graeme, y en Rob Roy, y en Robin Hood, y en Dochiwar, y en Roberto Bruce y en Malcom Graeme y en tantos otros.

El misterio alimenta muchas veces el interés de estos héroes. Ya son reyes y caballeros disfrazados de peregrinos o de «out laws», ya son providenciales mensajeros que aparecen y desaparecen como por ensalmo, siempre en el momento oportuno y decisivo. ¡Y qué hidalgos sentimientos mueven las acciones y hazañas de estos personajes! El Caballero Negro, después de la conquista del Castillo de Torquilston, no pide otro botín que la entrega de su enemigo, Sir Maurice de Bracy, a quien ha vencido en combate singular y que ha caído prisionero, y cuando se lo entregan, le dice: «De Bracy, estás en libertad, parte». En «Marmion», el joven Lord de Escocia, Lochiwar, se presenta en el castillo de Netherby el día de la boda de Ellen Graeme, cuya mano le ha sido negada por sus padres, y, en presencia de los invitados, la toma en brazos, la coloca a la grupa de su caballo y huye con ella. Sir Walter Raleigh conquista el favor de la reina Elizabeth, que lo hace su favorito, echando su capa sobre el fango para que pase sobre ella la altiva reina, y cuando la soberana quiere recompensar su acción, no pide más premio que seguir ostentando sobre el hombro la capa embarrada que han pisado los augustos pies de la hija de Enrique VIII. La bella judía Rebecca, condenada a la hoguera acusada de hechicería, apela al juicio de Dios y pide un campeón. El maestro de los templarios convoca al torneo y se presenta en el campo Ivanhoe, quien vence al caballero templario Sir Brian de Bois-Gilbert que muere en el lance.

Y ya es Catalina Seymour disfrazada de paje como Kaled, la heroína del «Lara» de Byron, o Lady Rowena que conquista la corona del amor y de la belleza, o la sombría figura de la Madre María que mantiene el fuego sagrado de la vieja religión, o la dama del lago que conquista al fin el corazón de Graeme. Ya es sir William de Deloraine que cabalga a través de los valles de Tweed y del Loney y llega a la Abadía de Melrose y saluda a los espectros de la antigua caballería que duermen para siempre bajo las losas, y pide a los monjes el libro de magia guardado en el sarcófago del gran Wizard, reclamado por Lady de Branksome; ya es el último trovador que en el patio del castillo de Branaedin canta la postrera balada en que evoca la «old chivalery» que se ha ido; ya es Robin Hood que salva a su rey; ya son los caballeros cristianos que luchan con los valerosos caballeros sarracenos y rivalizan con ellos en valor e hidalguía; ya es Roberto Bruce, el buen rey Roberto que, con sus aventuras, renueva la andante caballería.

Pero en todo esto ¡qué veraz, qué pulcro, qué cuidadoso se mos-

tró! Sus juicios y apreciaciones están llenos de dignidad y buen sentido, y no ha de verse en ellos ni al señor feudal, ni al aristócrata, ni al *tory* que había en el fondo de su alma. Solamente suele perder un poco la compostura cuando está en conflicto la religión. Entonces surge el presbiteriano para hablar con desdén de las «supersticiones de Roma», y las «idolatrías del papismo», y algunas otras cosas por el estilo; pero todo esto lo hace sin sombría pasión, con honrada sencillez, porque así se lo enseñaron y así lo cree y lo siente. No hay en él odio ni rencor. Tal se muestra frente a los grandes conflictos históricos. María Estuardo se engrandece en sus manos, y en cambio, ¡cómo se empequeñecen sus carceleros y verdugos! En las guerras de religión que asolaron a Inglaterra y Escocia, los reyes, los caudillos, los caballeros, los prelados y los monjes que se mantuvieron fieles a Roma no siempre llevan la peor parte; el novelista que exaltó a los Cruzados que acompañaron a Ricardo Corazón de León, no dejó de hacerlo tampoco con los señores que en el Holyrood de Edimburgo y en los castillos y fortalezas de Escocia defendieron la antigua religión.

Logró así crear un concepto universal para juzgar y elogiar las grandes virtudes del pueblo y de los señores escoceses, en el que se comprenden las facciones y los bandos; los jefes y los caudillos; los poderosos y los miserables. Pero también fué severo con los crímenes, con los vicios, con las crueldades y rapiñas, así se refugiaran ellas en las gradas del trono o bajo los techos de las cabañas.

Esta severidad no fué ni militante ni cruel. El fondo humano y magnánimo que había en su corazón le impidió ser implacable. Hasta para miserables como Bothwell, como Ruthven, como Lindesay, como Dal Getty, como Maurice de Bracy tuvo palabras de tolerancia.

Si le interesaron las grandes facetas humanas que son producto de los altos sentimientos y virtudes o de los bajos vicios y crímenes y las describió con mano maestra, también le interesaron esas otras pequeñas modalidades que son propias del carácter y lo definen desde un punto de vista más modesto, y, a veces, más divertido. Nos referimos a esos rasgos diferenciales de los pueblos y de las sociedades, que él supo pintar, sobre todo en los paisajes de Escocia, también de mano maestra: la alegría ruidosa, la astucia, la paciencia, el orden, el amor a la tradición, a las baladas caballerescas, a las antiguas leyendas, sin que falten en ello las curiosas excentricidades y pequeñas manías, como las de aquel singular doctor Luke Lundin, mezcla de médico y alquimista, almacén de disparatadas metáforas y de frases latinas, o aquel peluquero que todo en la historia y en la vida lo refería a las pelucas, o aquel Mister Oldbuck, el excéntrico anticuario, pariente del Dr. Lundin, sino en las trapacerías, sí en la manía de usar latinazgos vengan o no a cuenta.

Se le ha desdeñado bastante como poeta; pero no hay razón en esto. Byron que no sabía prodigar elogios, aunque en su famosa sátira contra los poetas ingleses y los críticos escoceses de la «Revista de Edimburgo» dijo de él cosas muy divertidas, concluyó por hacerle este singular elogio en el que el gran poeta inglés reconoce la verdadera gloria del cantor del *Border*: «Tierra de Escocia, siéntete orgullosa de ser cantada por tu bardo y que tus sufragios sean su primera y su más dulce recompensa. Pero no es solamente por ti que su nombre debe ser immortalizado: él es digno de llenar todo un mundo con su gloria y de ser conocido todavía cuando acaso, un día, Albion ya no exista. El es digno de referir en el porvenir lo que fué Inglaterra, y de eternizar su renombre, aun después que su patria decaiga del rango que ella ocupa entre las naciones».

Luego le llamó el Ariosto de Inglaterra. Además, en la dedicatoria de «El Corsario» a Thomas Moore, dice: «Hasta aquí, Scott es el único, entre los poetas modernos, que ha sabido triunfar completamente de la facilidad desesperante del verso octosílabo y no es éste el menor de los triunfos de este fecundo y poderoso genio». Y en una nota agrega todavía refiriéndose al poeta: «El me excusará si olvido la palabra señor; no se dice señor César».

El mismo Byron, en una de las más bellas estrofas de «Childe Harold», en la que describe el campamento de los albaneses en Tajesla, magnífico cuadro digno de la suntuosidad de Rubens o del Veronés y que pudo inspirar a Delacroix una de sus más hermosas composiciones, dice que esta escena es sólo comparable con la del Castillo de Branaedin en «El canto del último trovador». No pararon ahí los elogios. La estrofa LVII del Canto XI de «Don Juan» empieza con estas palabras: «Sir Walter reinaba antes que yo...»

Ese reinado fué largo y jamás pudo ser disputado por los poetas que emularon a aquél a quien Demogeot llamó el cantor nacional de Escocia, el cantor de la Edad Media y el último de los trovadores, y Wordsworth el «*Border Minstrel*». El único que pudo sucederlo fué el propio Byron, cuyo soberano acento poético abrió un nuevo capítulo, ¡y qué capítulo!, de la lírica inglesa. «El cantor de Marmion y de la Dama del Lago, dice Villemain, tan popular hasta entonces, comprendiendo que no le era dado luchar contra aquella nueva y rica poesía, se redujo a la novela, para gloria suya y placer de sus lectores.»

Este poeta pertenece a la raza de los grandes. No ha de compararse con Shakespeare, como lo hizo Lord Jeffrey, pues todas las comparaciones son peligrosas, pero se ha de reconocer en él un gran poeta, así en sus novelas y en sus cuentos, en los que naturalmente tiene caídas inevitables que son productos más de su excesivo buen sentido y amor al orden que de su falta de inspiración, como en sus baladas y poemas, en los que despliega su genio poético. «La dama del lago», «El último trovador» y «Marmion» son páginas de poesía que han quedado incorporadas a la antología universal y que se leen

siempre con emoción. A esta emoción, que es pura y profunda, se agrega también lo que esas piezas significan como resurrección pintoresca y animada de un mundo desaparecido, como cosa viva y palpitante que se mantiene entre tantas ruínas sin alma dejadas por la literatura, sobre las cuales Walter Scott levantó, con el mismo ardor con que construyó el castillo de Abbotsford, el más admirable castillo de su obra literaria, cuyas torres, barbacanas y murallas resisten y resistirán la injuria del tiempo.

Londres, Agosto de 1936.

RAUL MONTERO BUSTAMANTE

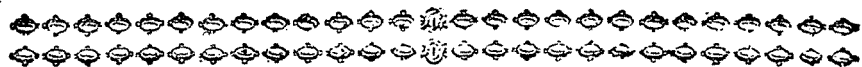
PAGINAS OLVIDADAS

ANTOLOGIA (1)

A LA GLORIOSA MEMORIA DEL *teniente de fragata D. Agustín Abreu,*
muerto de resulta de las heridas que recibió en la acción del
campo de Maldonado con los Ingleses el día 7 de Noviembre
de 1806.

¡Abreu!... ¡Amigo mío!... No responde.
El denso velo de la noche eterna
Su faz encubre, y a mi vista ansiosa
Por siempre me lo esconde.
Grabada en mi alma la memoria tierna
De tu amistad ardiente y officiosa,
Te busco, Abreu, te busco, y no te encuentro.
Sin ti a mis ojos es caliginosa
Del sol la lumbre, y fuera de su centro
Se me aparece toda la natura:
¡Tal es tu falta! ¡tanta mi amargura!
Tu alma voló a las auras; ese pecho,
Archivo de mis cuitas, no palpita,
Y sobre el suelo yace sanguinoso.
El monstruo de la guerra con despecho
El patrio suelo agita;

(1) Es necesario organizar nuestra antología en forma que pueda ser conocida y estudiada en su conjunto la obra de nuestros poetas de todas las épocas. Los primitivos es difícil estudiarlos. Para ello es necesario recurrir a raros impresos, y al «Parnaso Oriental» de Luciano Lira, más difundido éste, gracias a la reimpresión que, hace algunos años, hizo el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay en tres volúmenes prologados por el doctor Gustavo Gallinal. La obra de JOSE PREGO DE OLIVER, nuestro primer poeta en el orden del tiempo, fué impresa en 1807 por la Imprenta de Niños Expósitos de Buenos Aires en arcaicos cuadernillos que hoy son rarísimas joyas bibliográficas. Posteriormente Luciano Lira incorporó varias de esas composiciones poéticas a su «Parnaso Oriental». Es interesante reunir todas ellas para juzgar del valor de este poeta que pertenece a la época colonial y que precede a Acuña de Figueroa y no le va en zaga en el manejo del verso, en la sátira, y acaso lo aventaja, en la oda y en la elegía, por la fuerza lírica y el movimiento patético del verso. Se advierte en la obra de este poeta su formación humanística y su comercio con los poetas clásicos del siglo de oro y aun con los modelos greco-latinos. Fué este poco conocido autor, natural de Montevideo y funcionario administrativo del régimen colonial español, en cuyas circunstancias le sorprendieron las invasiones inglesas y los sucesos de las pre-independencia que encendieron su estro. La citada elegía a la muerte de Abreu es una pieza digna de la antología que revela en su autor excepcionales condiciones para el manejo del verso castellano. Su nacimiento lo fijan las referencias bibliográficas en 1750 y su muerte en 1814.



*A LA GLORIOSA MEMORIA DEL
Teniente de Fragata D. Agustín Abreu,
muerto de resultas de las heridas, que recibió
en la acción del campo de Maldonado con los
Ingleses el día 7 de Noviembre de 1806*

Su amigo D. Joseph Prego de Olivèr.



¡A Breu! ::: ¡Amigo mio! ::: No responde.
El denso velo de la noche eterna
Su faz encubre, y à mi vista ansiosa
Por siempre me lo esconde.
Gravada en mi alma la memoria tierna
De tu amistad ardiente y oficiosa,
Te busco, Abreu, te busco, y no te encuentro.
Sin ti à mis ojos es caliginosa
Del Sol la lumbre, y fuera de su centro
Se me aparece toda la natura:
¡Tal es tu falta! ¡Tanta mi amargura!
Tu alma volò à las auras: ese pecho,
Archivo de mis cuitas, no palpita,

Y tú a las armas corres; y ardoroso
Del entorno te arrancas de tu esposa,
De amigos y parientes;
Ni la voz lacrimosa;
Ni los suspiros ni plegarias sientes,
De sangre y amistad los duros lazos
Superior a Sansón hizo pedazoc.

No suena ya tu voz en mis oídos,
El penoso vivir me confortaba.
Apenas apercibes los gemidos
Del Colono, que atado a la cadena
Aquella voz que de consejo llena,
Por su perdida libertad lloraba,
Cuando todo tu pecho se estremece,
Y no pudiendo ver la patria hollada,
Tu pundonor acrece
El ansia de acorrerla con la espada,
Al león semejante, que la arena
Escarba, ruge, y de furor se llena.

Encargado, por fin, de la jornada,
Y al retumbar del sonoro parche,
Gozo y bravura su semblante vierte:
Las filas corre de la gente armada,
Y hace la seña de que el campo marche,
La vía emprende, en pos la hueste fuerte
Sigue al caballo, que el caudillo monta:
El pueblo se abalanza
En derredor; se aleja; ya trasmonta;
Desaparece, y lleva la esperanza
De cuantos, invocando el justo cielo,
Piden la salvación del patrio suelo.

Vencida la distancia del camino,
A Maldonado ven, y al anglicano,
Que formado en escuadras los espera;
Abreu clama: «Soldados, el destino
«Nuestros votos cumplió; no sea en vano
«La estima, con que el pueblo nos pondera;
«Sus hogares, sus hijos, sus altares
«A nuestro acero fía;
«Los que allí veis, forzaron nuestros lares;
«No quede impune tanta demasía;
«La Patria gime y el deber nos llama,
«La muerte es vida, si la vida infama.»

Dijo: y al modo de torrente undoso,
Que, rebasando el cauce, se dilata,
Y con ímpetu arrastra cuanto encuentra;
Así nuestro caudillo valeroso
Corre, atropellando, desbarata,

Y entra la confusión por doquier que entra:
 Mas despedido el plomo de un mosquete
 Le taladra un costado,
 Y al suelo arroja al ínclito jinete
 En lodo, en sangre, y en sudor bañado.
 El río lo ve caer, y sobre el pecho
 Inclina el rostro en lágrimas deshecho.

Salve, Tarifa ilustre; salve, tierra,
 Madre de los famosos capitanes,
 Que de ornamento sirven a la historia:
 Tú bastas sola a domeñar la guerra,
 Pues si supiste producir Guzmanes,
 Que amenguasen del árabe la gloria,
 También en este día
 En Abreu nos presentas una hazaña,
 Que ha de alcanzar eterna nombradía
 Con pasmo ajeno, y con honor de España.
 Cántela, pues, el Apolíneo coro,
 Mientras yo callo sumergido en lloro.

A LA RECONQUISTA DE LA CIUDAD *de Buenos Aires por las tropas
 de mar y tierra a las órdenes del capitán de navío D. Santiago
 Liniers, el 12 de Agosto de 1806.*

ODA

Al ínclito varón, al fiel caudillo
 De las tropas hispanas
 Salud, prez y loor: las tristes canas,
 La tímida doncella, el parvulillo,
 A ti las palmas tienden,
 Porque las tuyas su orfandad defienden.
 La espada manejada por tu mano
 ¡Qué de contentamiento
 Hizo nacer bajo este firmamento!
 Y ¡cuánta angustia al escuadrón britano,
 Que con su pie mancilla
 Un mundo, que Pizarro unió a Castilla!
 Las Náyades triscando bulliciosas,
 Del Paraná en la orilla,
 Súbito dan con la aferrada quilla,
 Que transportó tus huestes valerosas;
 Atónitas la miran,
 Y gozo, y miedo, y turbación respiran.
 Una en pos de otra de la mano asidas,
 Con el dedo en la boca,
 Y el leve pie, que al suelo apenas toca,

Andan cuidosas de no ser sentidas;
Mas como en la llanura
Nada descubren, trepan a la altura.
Tienden la vista, y miran acampados
Los bravos batallones,
Que las lises, castillos, y leones
Tremolan en sus lienzos estampados:
Allí escuchan cantares
De arrojos de Bazanes y Vivares.
Allí un soldado en adiestrar se empeña
Al alazán fogoso;
Mientras que de su tercio numeroso
Hace un ilustre Cabo la reseña:
Todos en movimiento,
Su descanso es velar, su arma el sustento.
Ya suena el tambor; y ya en hileras
El fusil ordenado
Relumbra al Sol; y el jefe denodado
A la lid va guiando las banderas
De nuestros combatientes,
Por llegar a las manos impacientes.
Hiende el aire el beligeró alarido
De las fuertes legiones;
Recorriendo las filas los campeones,
Celan el orden al valor unido;
Y doblan sus fatigas,
Al avistar las haces enemigas.
Forman ambos ejércitos dos zonas;
Rompe el fuego, y no cesa;
Acá y allá se ve una selva espesa;
De agudas bayonetas y tizonas;
Y con la artillería
Retiembla el suelo y se encapota el día.
La atroz Muerte con mano descarnada
Sus cabellos agita,
Y el carro estrepitoso precipita
Sobre una y otra hueste encarnizada:
Súmese el eje todo
En cráneos, en escombros, en sangre, en lodo.
Por momentos se enciende la pelea,
Y el Ibero revuelve,
Y todo en sangre y fuego al paso envuelve;
La falange de Albión ya titubea,
Y a la diestra cuchilla
Cede por fin, y la cerviz humilla.
La hermosa capital encadenada
Por los crudos britanos,
Viéndose libre, al cielo entrambas manos
Levanta enternecida y prosternada;
Sobre los muertós llora;
Y orna la sien del jefe vencedora.

A MONTEVIDEO, TOMADA POR ASALTO *por los ingleses, el 3 de Febrero de 1807, siendo Gobernador de dicha plaza el Brigadier de la Real Armada D. Pascual Ruiz Huidobro.*

La Guerra... la atroz guerra... el trueno, el rayo,
El polvo, el humo denso, todo, todo,
Su venida fatal al pueblo anuncia.
Desde la mar las naves, y por tierra
Las haces enemigas el tremendo
Cañón asestan contra el débil muro,
Y a un tiempo mismo bocas cien de bronce
El fuego arrojan con horrendo estruendo.
Zumbando globos por el aire vago
Las calles cruzan, templos desmoronan,
Edificios derrocan, y no hay nada,
Que a su choque feroz oponga fuerza.
Sólo la alcanza el inclito caudillo,
Veces mil más ilustre por su esfuerzo,
Que por la cruz que de su pecho pende,
Con faz serena, y con osada planta
No para, y corre a visitar los puestos,
Do el fuego, el estampido, y los membrudos
Brazos, que sirven el cañón, trasladan
El horrisono carro, en que el Tonante
Los rayos vibra, que Ciclopes forjan.
El plomo silbador, que muerte avisa,
Nunca puede abatir su erguida frente,
Que llena de ambición espera un día,
Que a la par de Velazcos la sublime
Al sacro templo de la augusta Fama
Orlada del laurel inmarcesible,
Con que Mavorte a sus campeones orna.
Siguen sus huellas los varones claros,
Que fueron arrullados en la cuna
Con cantares de abuelos, que a la Patria
Inmolaron la vida: don que el cielo
Impone al hombre conservar, y la honra
Arrastra a aventurar todas las veces,
Que llama el parche, o el clarín resuena.
El pueblo y tropa, todo en mezclamiento,
No hacen más que pelear; no hay otro oficio.
Yo vi las artes, sí, vilas yo mismo
Azoradas vagar, y demandando
favor y ayuda, las orejas sordas
Atónitas hallar a sus plegarias.
Los Talleres y fábricas cerradas,
Son arrojadas del humilde techo,
Que antes las albergó: tornan, y llaman;

Pero no hay responder. Desconsoladas
Huyen, y huyendo la cabeza vuelven,
Por si descubren algún brazo amigo,
Que corra en pos solícito a tenerlas;
Mas en vano miráis: todos a una
No curan más que del cañón funesto.
Antes del pecho borbotando sangre
Al letal golpe de la bala ardiente
Despedirán la fatigosa vida,
Que la cerviz doblar a yugo extraño.
Bajo un trono nacieron; bajo un trono
Días vivieron de paz honda y blanda;
Y quieren bajo un trono que los nietos
Amorosos el lecho circundando,
Con encendido lloro y mano leve
En el sueño eternal cierren sus ojos.
Las columnas de Albión, que sus pendones
Quieren ver ondear en la asta misma,
De do penden los lienzos, que tremolan
Blasones de Castilla, el cerco estrechan;
Aumentan baterías; y doblando
El estruendoso fuego, ni un momento
Es dado a los sitiados de reposo.
Al batir continuado el muro tiembla;
Las piedras desquiciadas se desploman;
Y los escombros mismos son la escala
De la brecha fatal: ¡ay! ciudadanos,
Cubrid, tapiad el boquerón horrible,
Que ha de ser tan fatal, cual lo fué en Troya
La máquina infernal del dolo griego.
Quince veces el Sol salido había
Por las rosadas puertas de la Aurora
De rayos coronado en plaustro de oro
Sin que mostrase lástima ni duelo
Por las cuitas de un pueblo, que afligido
Ve por última vez, que declinando
Su pausado rodar, el horizonte
Va a sepultar el majestuoso disco
En las líquidas urnas del undoso,
Del sacro Paraná: queda rojeando
La ~~vía~~, por do fué: más a deshora
Desparece el fulgor, y en todo el cielo
Ni rastro queda de la excelsa lumbre.
Del caos la hija triste sobre el suelo
Densas tinieblas desparrama, y deja
Casi inválido el ojo vigilante
Que son apoyo de la madre Patria.
Bien pocas son las almas que te quedan,

Ilustre madre, y esas pocas, helas,
 Helas pelear de sangre salpicadas,
 Y tropezando en los gloriosos cuerpos
 De los que perecieron, anhelando
 Volver con el laurel a tu regazo,
 Alejando infortunios de tu seno.
 Mas dado no les fué, y aun esos pocos,
 Acribillados, lloran la flaqueza
 Del brazo, que no puede con la espada,
 No puede más, que el enemigo carga,
 Y cual voraz incendio se difunde,
 Que no hay estorbo que su curso ataje.
 Al bullicio, al estrépito, a la grito,
 Las matronas y vírgenes transidas
 Se llenan de estupor, y en el retiro
 De la cámara yerma, presagiando
 La viudez y orfandad desconsoladas,
 Alzan los ojos de llorar cansados
 A los cielos de mármol a sus quejas;
 Las manos tuercen; y el vivir desaman.

AL SR. D. SANTIAGO LINIERS, *brigadier de la Real Armada, y Capitán General de las Provincias del Río de la Plata, por la gloriosa defensa de la ciudad de Buenos Aires, atacada de diez mil ingleses el 5 de Julio de 1807.*

ODA

Gloria inmortal al héroe, que al britano
 Lanzó del patrio suelo:
 Bajo la augusta bóveda del cielo
 No resonó, Señor, tu nombre en vano:
 Tu militar denuedo
 Dió al hispano salud, al anglo miedo.
 Coged, vírgenes, flores; cortad palmas;
 Y tejed la corona,
 Que orle la sien al que con su tizona
 Logró dar expansión a vuestras almas:
 Cantad himnos en coro
 Al tutelar del virginal decoro.
 Cubrid el suelo de arrayán y rosa,
 Que ya lleno de gloria
 Se acerca el capitán, y la victoria
 Estampa al pie, donde su planta posa.
 Marte le dió su lanza;
 Virtud el cielo; la virtud templanza.

¡Cuál anda el pueblo lleno de heroísmo!
El pueblo, cuyos brazos
Al enemigo hicieron mil pedazos:
El pueblo y tropas al Averno mismo
Llevaran el estrago,
Si el caudillo al Averno hace el amago.
Las naos de Albión, ¡ay! ¡Cuán veleras
Abordaron las playas!
Y como al bosque umbrío densas hayas,
Cubrieron sus falanges las riberas,
Amenazando al cielo,
Y provocando con furor al duelo.
Entran en la ciudad; y el alarido;
Y el clarín ominoso;
Y el rechinar del carro poderoso,
Do el horrible cañón es conducido;
La confusión acrece,
Y el un Polo, y el otro se estremece.
La lid: la lid: —Belona sanguinosa
Los ánimos enciende;
El plomo silbador el aire hiende
Cual lluvia de granizo tempestuosa;
La muerte sin sosiego
Discurre envuelta en polvo, en humo, en fuego.
La legión anglicana, que orgullosa
El laurel se promete,
Pugna feroz; intrépida acomete;
Y a todo el pueblo sanguinaria acosa:
Donde la planta imprime,
Los troncos lloran, y la tierra gime.
Los hijos del Plata belicosos,
Y el ibero aguerrido,
Morir escogen por mejor partido,
Oponiendo sus pechos generosos
Al enemigo duro,
Que vale cada pecho por un muro.
Aquí, donde la guerra se abalanza,
Y al anglicano hostiga;
Aquí el furor, la sed, y la fatiga;
Aquí la atroz y bárbara matanza;
Aquí, do la refriega
Recuerda Almanza, San Quintín, Brihuega.
Deshechos, destrozadas las hileras,
Las que eran haces antes,
Son ya troncos, y miembros palpitantes,
Que cubren calles, ocupando aceras:
¡Eterno monumento
De gloria a nos, al anglo de escarmiento!

Todo cedió en favor, y en gran prez nuestra:

—El isleño severo,

Tan feroz y orgulloso de primero,

Humillado y vencido ya se muestra:

El que con sus legiones

Leyes dictó, recibe condiciones.

Sagradas sombras, que en la huesa estando

De Sagunto y Numancia,

Servisteis de modelo a la constancia

De vuestros compatriotas, si mirando

La batalla estuvisteis,

Visteis que son lo que vosotras fuisteis.

La América en sí vuelve; dijese torna

A su rosado cuello:

En trenzas repartió el suelto cabello;

Y la veste con oro y flores orna;

Dase a los regocijos;

Y abre los brazos a sus dignos hijos.

ODA

A LA DECADENCIA DE ESPAÑA

No existe Arnesto, ya ni remembranza

De los claros varones,

Que al frente de ibéricas legiones

Llevaron el terror y la matanza

De la una a la otra zona

En su esfuerzo, en su brazo, en su Tizona.

La poderosa lanza, que terciaba

Villandrandando en sus hombros,

Ya doquier que forzado la vibraba

Lanzaba muerte, asolación y escombros,

Yace, ha tiempo, olvidada,

Envuelta en polvo y del orín tomada.

Las ruinas de Sagunto son padrones,

Que al pie del Turia undoso

Publican con silencio majestuoso

Que fueron sus indómitos campeones

Confusión del Romano

Y hoy vergüenza y baldón del Castellano.

El atrevido, el ínclito Estremeño,

Que con las huestes fieles

Fió su vida al ponto en frágil leño,

Y se orló en otro mundo de laureles,

Desde la fría tumba

Nos da en rostro con Méjico, y Otumba.

Sí, Arnesto: disipóse cual espuma
El tiempo bienhadado
En que el valor de España vió asombrado
El lacio imperio, el moro, y Motezuma;
Hubo, Arnesto, hubo día,
En que la Patria tuvo nombradía.
Mas hoy triste, llorosa, y abatida,
De todos despreciada,
Sin fuerzas casi al empuñar la espada,
Que ha sido en otro tiempo tan temida,
Mueve apenas la planta,
Y los ojos del suelo no levanta.
A su lado se ve el pálido *Miedo*;
La encogida *Pobreza*,
La indolente y estólida *Pereza*;
Y la *Ignorancia* audaz, que con el dedo
Señala a pocos *Sabios*,
Y con risa brutal cierra sus labios.
La Religión del cielo descendida,
Con tanto acatamiento
Por abuelos a nietos transmitida,
Ve en el retiro de su augusto asiento
Que los hijos, que crecen
Bajo su sombra la ajan, y escarnecen.
Los ministros sacrílegos de Astrea
Penetran en el templo
Y con maldad horrible sin ejemplo,
Pisan, rompen el velo de la dea
Y el fiel de su balanza
Lo inclinan al poder o a la venganza.
El *Adulterio* por los patrios lares
Entra y sale corriendo,
Y las palmas con júbilo batiendo,
Cuenta ufano los triunfos a millares:
Los justos se comprimen;
Llora Himeneo; las virtudes gimen.
La devorante fiebre ultramarina
Al suelo hispano pasa,
Deja yermo el tugurio; el pueblo arrasa;
Y el sacro Betis la cabeza inclina
Sobre su barba cana,
Viendo el estrago de la peste insana.
Nuestras naos preñadas de riquezas
De las minas indianas
Surcan el golfo navegando ufanas
Al puerto hercúleo: ¡ay! ¡qué de tristeza!
¡De males! ¡y de estrago!
Las de Albión os preparan sobre el lago.

Al mismo tiempo de su templo Jano
 Va las puertas abriendo,
 Y el aldabón los clavos sacudiendo,
 Forma un ruido, que aterra al pecho humano;
 Da el bronce el estampido,
 Salta la sangre, escúchase el quejido.
 En tanto España flaca y amarilla,
 El ropaje rugado,
 Destrenzado el cabello, y a su lado
 Postrados los Leones de Castilla,
 Alza las manos bellas
 A los cielos de bronce a sus querellas:
 ¿Hasta cuándo, prorrumpe, Dios eterno,
 Ha de estar levantada
 La venerada, la terrible espada
 De tu justicia inmensa? ¿Tu amor tierno,
 Tu piedad sacrosanta
 A mis hijos no acorre en pena tanta?
 Los talleres desiertos; del arado
 Arrumbado el oficio;
 El saber sin estima; en trono el vicio;
 La belleza en apuro; Marte airado;
 Sin caudillo las tropas...
 ¿Tornan, Señor, los tiempos de Don Oppas?
 ¿En esto había de parar mi gloria?
 ¿Mi fin debe ser éste?
 ¿Y falsías, y guerras, y hambre, y peste,
 Los postrimeros fastos de mi historia?
 ¿Mi lloro continuado
 No podrá contener tu brazo airado?
 Vuelve, Señor, el rostro a mis pesares;
 Vuelve lejos la guerra;
 Pureza al éter; brazos a la tierra;
 El respeto debido a tus altares;
 Prez y valía al bueno;
 A Themis libertad; paz a mi seno.

THISBE

POR LA MUERTE DE PIRAMO

Octavas

Como la tortolilla, que en el prado
 Al verse sin su esposo llora y gime,
 Y a sus lamentos inflexible el hado
 De su tristeza nunca la redime;

Así también mi espíritu abrumado
De la mortal congoja que le oprime,
Por encontrar consuelo clama al cielo,
Mas, aunque clama, no halla consuelo.

¡Joven desventurado! ¿Por mí habías
De hollar las líneas de tan triste suerte?
¿Era preciso que si tú morías,
Asistiese yo misma a ver tu muerte?
¿Decretó el Tribunal de las Harpías
Tan horroroso fin, trance tan fuerte?
¿A tanto contra débiles mortales
Pueden llegar las iras celestiales?

Este día, que fué el que señalamos
Para unir nuestro afecto en dulces lazos,
¿Ha de ser tan aciago, que le hallamos
Déspota de la vida sin dar plazos?
¡El día, que a Himeneo consagramos,
Da a Píramo la muerte, y en mis brazos
Deja difunto al que esperaba vivo!
Para tanto rigor, ¿quién dió motivo?

Esos luceros suyos eclipsados,
Que me daban ayer tantos consuelos;
Pues en la escuela del amor cursados
Expresaban sus gustos o recelos,
Hoy se ven en dos hoyos sepultados
Por la mucha inclemencia de los cielos,
Y en el horrible estrago que han sufrido,
Ni aun señal les quedó de lo que han sido.

Esa boca que gracias derramaba,
Al paso que las cláusulas vertía;
Ya cuando su cariño me afirmaba,
Ya cuando su constancia me ofrecía,
En medio de la pena que me acaba
Hoy ya la veo tan marchita y fría,
Que dice muda en ademán bien triste:
Ni sombra soy de cómo ayer me viste.

¿Es posible, sacrilego Cupido,
Que habiendo sido tú nuestro monarca,
Hayas en tu Gobierno permitido
Que rigiese la furia de la Parca?
La tijera mil veces ha esgrimido
Contra las gentes que tu imperio abarca:
Si eres deidad, prohíbe estos insultos;
Si no eres Dios, ¿por qué te damos cultos?

Cuando a la proyectada unión has dado
Para la ejecución este diseño,
¡Así tu protección me ha abandonado
A la fortuna en medio del empeño!

¡A un hombre que en tu seno has fomentado,
 Así abandonas de la Parca al ceño!
 Si los Troyanos esta acción supieran,
 Que eres hijo de Venus no creyeran.

Y tú, mi dulce bien, mi amado esposo,
 Si unido ya a los seres inmortales
 En la mansión del eternal reposo
 Miras aún con interés mis males,
 Ruega a Jove desate el enojoso
 Nudo que me sujeta a los mortales.
 Sí, Júpiter sagrado: haz con mi muerte
 Su descanso mayor, feliz mi suerte.

Pero ya que el rigor del sentimiento
 Reservar quiere a mi pesar la vida,
 Para explayar en mí más su tormento,
 A tu acero, mi bien, enternecida
 Osculo doy de paz, como instrumento
 Que ha de dar a mi espíritu salida.
 Pisar no quiero el suelo ni un minuto
 Que tu muerte cubrió de horror y luto.

POETA

Aquí Thisbe difunto ya el semblante,
 Y revolviendo con pavor los ojos,
 En el proyecto de su fin constante
 Sacrifica la vida a sus enojos,
 Envainando en su pecho en un instante
 El agudo puñal, y son despojos
 Casi a un tiempo los dos del fatal hado:
 ¿Estos tus premios son, Amor sagrado?

A UN ROMANCE,

A la muerte del Virrey de Buenos Aires, D. Pedro Melo de Portugal.

CANCION

Llora la reina de Dido
 Al mirarse burlada del Troyano;
 Mas su dolor crecido
 Es de mostaza un invisible grano,
 Comparado al dolor y desconsuelo
 Del Dios de Delfos, del Señor de Delo.
 Su rostro soberano
 Manifiesta el dolor, que su alma siente:

Saldrá el intento vano
De todo aquel que divertirle intente.
¡Tanto ha podido en su ánimo sagrado
La inconsideración de un *Licenciado*!

Viendo al Rey del Parnaso
En tal consternación, tal amargura,
Fuí allí, paso a paso,
Y lleno de respeto y de ternura
Le dije: ¿quién, señor, turba a los Reyes?
Y él me responde: Un *Bachiller en Leyes*.

El Coro de las Musas,
Antes llenas de gala y gentileza,
Ahora todas confusas,
Deslucido el fulgor de su belleza,
Lanzan suspiros, y en su pena grave
Piden al Dios venganza contra *Echave*.

La Lira, que sonaba
En el Pindo, y al cielo suspendía,
Arrinconada estaba,
Y en ella este letrado se leía:
Hijos míos, me tiene destemplada
La *Clerecía de la Real Armada*.

Montado en un *Romance*,
Más árido y enjuto que un Coletto,
Dió al Parnaso el avance,
Y a todo el monte puso en más aprieto,
Que el que nos cuentan que sufrió el Romano
Del fuerte y vengativo Coriolano.

En la plaza infelice
De Priamo no fué tan espantosa
La entrada, que se dice,
Del Griego, y de su hueste valerosa,
Como ha sido espantosa al Pindo entero
La entrada que hizo en él *D. Juan de Agüero*.

Canción, mucho recelo
Que des tarde o temprano en tales manos;
Mas quiera el justo cielo
Que todos mis temores salgan vanos,
Pues la muerte me fuera menos dura
Que mirarte en poder de ese buen *Cura*.

SONETO

Revolución... ¡Buen Dios! tomó a destajo,
¡A nadie en paz dejar! Cómo se agita,
Cual violento huracán se precipita
Echando por la boca espumarajo.

Derriba al encumbrado, eleva al bajo,
El palacio, la choza, el templo, ermita,
Penetra su furor, e insana grita:
«Toda cabeza de traidor abajo.»

De andrajos cubre el cuerpo polvoroso.
Corre, y en el correr la furia acrece.
El vulgo aplaude al monstruo sanguinoso
Al verla el sabio, atónito enmudece,
Quiere apartarse, se hace sospechoso,
Y entre el tumulto bárbaro perece.

HIMENEO

Fragmento 1.º

Repantigado en la elevada cumbre
De su contemplación un sabio adusto
Mirando estaba el globo;
Y en medio de su arrobo
Fija la vista en una muchedumbre
De jóvenes y ancianos,
Que asiendo un aldabón con ambas manos,
Pulsa a la puerta de oro tachonada
Del santuario grandioso
De himeneo; con la cabeza orlada
De rosas y amaranto, presuroso
El Dios abre, y al punto exclama: insanos
¿A quién no dará risa,
Para tamaña empresa tanta prisa?
A vuestras aldabadas repetidas
Las bóvedas del templo retumbaron;
Los Genios se asustaron;
Las Ninfas a mi culto consagradas
Andando acá y allá despavoridas
Gimieron, y temblaron,
Juzgando que los vientos desatados
En las entrañas de la madre tierra
La hacían cruda guerra,
Para rasgarla el seno,
Y salir sobre el suelo desfrenados.
¿Qué pretendéis, cuitados?
Veo mi templo lleno
De hombres de gran saber arrepentidos.
De verse en su morada,
¿Y vosotros venís con planta osada?

.
.
.

Dijo: y a las palabras sacrosantas
Del Dios se estremecieron;
Mil cosas en su mente resolvieron
Asombrados los pechos varoniles,
Y retirando del umbral las plantas,
Del templo abandonaban las mansiones:
Mas fueron flacos como lo fué Aquiles.
El lloro, la terneza
Del sexo hermoso, que a mirar tornaron,
Los hizo avergonzar de su dureza,
Y la cerviz al yugo doblegaron.
El sabio adusto que lo estaba viendo,
Exclamó sonriendo:
*El hombre con pasiones es torrente,
Que hinchado con las aguas lleva el puente.*

A D. Félix Casamayor.

ROMANCE

Fragmento 2.º

Más árido y enervado
Que aquel metro funeral,
Que al Virrey *Melo* compuso
Cierta numen *Clerical*,
Tomo la pluma mi Félix,
Pues no puedo sosegar,
Si no te cuento la historia
De mi mal de pe a pa.
Cuatro meses bien cumplidos
Me he llevado en cavilar,
Que este año no llegaría
A ver el *Cirio Pascual*.
Vómitos, inapetencia,
Vigilias, y otros mil más
Achaques de este jaez
Mi vinieron a asaltar
Con más violencia, que al moro
Don *Rodrigo de Vivar*.
Me llegué a poner tan flaco,
Que el pueblo empezó a dudar,
Si era *D. José Oliver*,
O el alma de Garibai.
En lo sutil a las auras
Se las podía apostar,
Pues si el médico venía,
Y me quería pulsar,

Era echarse a palpar sombras
El pretenderme palpar.
Me decía mi mujer:
Dime, por Dios, dónde estás,
Que por la casa te busco,
Y no te puedo encontrar:
La respondía, y al eco
Dirigía la visual;
Mas en vano, porque nunca
Me alcanzaba a columbrar.
El resquicio de una puerta
Daba entrada tan capaz
A mi cuerpo, como al tuyo
Puede dar la de Alcalá.
A este estado reducido
Me tuvo el flato infernal:
Flato lo llama el país;
Mas miente, que es huracán.
Hubo dentro de mi cuerpo
Tanto viento, y viento tal,
Que pensé haberme engullido
La cabeza mazorral
De algún montañez cerril
Preciado de su solar.
El ejercicio a caballo
Cosa sobrenatural
Me dijeron todos que era
Contra este perverso mal:
Ni un día de un mes siquiera
Se me escapó sin montar;
Pero ni yo, ni el caballo
Adelantábamos más,
Que él cansarse de correr
Y yo de no adelantar.
Píldoras, purgas, jarabes
Entraron para atacar
En este cuerpo infeliz
A mi enemigo mortal,
Pero él defender el puesto
Con mayor tenacidad,
Que el paso del Rhin famoso
El ejército alemán.

.
.
.

CRITICA JOCOSA

Polleras de angaripola
Con una cuarta de encaje
Cuentan que llevaba el paje
Del Arzobispo de Angola
Que iba a Tetuán por forraje.
En el camino encontró
A el Patriarca Noé
Y al pasar se le ocurrió
Decirle *riyendo*: *Ché,*
¿El Diluvio se acabó?
Teniendo por vilipendio
Noé la risa y pregunta,
Quiso quitarse *la punta*
Y *diz que la dijo incendios*
En París a una difunta.
Calle y no más, le decía
Salomón que lo escuchaba
Pero él más se *destemplaba*
Y de cólera reía,
Tan pronto como lloraba.
Se enfureció de manera
Que el Emperador Agripa
Por cortar toda quimera
Dió orden a una partera
De meterlo en una *tipa*.
Viendo el caso *enmarañado*
La prudente Abigail
Se fué a lo de su cuñado
Que vivía en el Brasil
O en el sarto de Alvarado.
El Conde de Lucanor
Que darla autoridad quiso
La envió por Embajador
A caballo en un *Petizo*
Por todo el monte Tabor.
Creo en Dios Padre, exclamó
Al oír la novedad
El Reverendo Feijóo,
Mas quisiera a la verdad,
Ser rosa de Jericó.
El Sabio Rey D. Alfonso
Con tan rara exclamación
Se echó a entonar un responso,
Mas le dijo Faraón:
Cállate que sos un zonzo.

Cuando se supo en Viena
Dicho de tanto gracejo
El Cid y D.^a Jimena
Cenaron en noche buena
La cola de un pingo viejo.
Llevó a mal la colación
Nuestra infanta Doña Urraca
Y por dar un bofetón
Al Profeta Simeón
Ce metió en una *Petaca.*
La buscó todo el Concilio
De Trento, pero un abate
Primo hermano de Virgilio
Expuso de que el Emilio
No enseñaba a *Cebar Mate.*
Reflexión tan oportuna
Libertó de una borrasca
Al gran Cardenal de Luna
Que se encontraba en Osuna
Atado con una *guasca.*
Viéndose con libertad
Este insigne caballero
Dió de su prosperidad
Noticia a la Cristiandad
Por medio de un *Aguatero.*
Aprobaron la elección
Los Conciliarios de Brujas
Siendo todos de opinión
De regalar *cuatro cujas*
Al Chanco de San Antón.
Consultó el Duque de Feria
El caso a Santo Domingo
Mas dijo Santa Quiteria
Que era el Santo *muy Lulingo*
Para hablar en la materia.
Que el Castillo de Venasque
Tenía hombres de razón,
Y que fuera Gedeón
O que despachase un *Chasque*
Con actos de contrición.
Que así la Samaritana
Y otras gentes de cordura
Procedieron en La Habana
Cuando tuvo la locura
Sansón de comer Picana.
He dicho mi parecer
Concluyo, y se me da un pito
Que me tengan por mujer
Y pues, va ya a anochecer,
Voyme a mi casa, *adiosito.*

REVISTA SOCIAL Y POLÍTICA

INFORME DE LA DELEGACION DE LA REPUBLICA O. DEL URUGUAY SOBRE LA REUNION INTERAMERICANA REGIONAL DE RIVERA.

El Delegado Plenipotenciario del Uruguay a esta Conferencia, Presidente de la misma y Ministro del Interior, escribano D. Héctor A. Gerona, ha presentado al Poder Ejecutivo de la República, el siguiente interesante informe relativo a la actividad de este congreso internacional que en breves días realizó una importante labor:

I

ORIGEN Y FINALIDADES DE LA REUNION

El Comité Consultivo de Emergencia para la Defensa Política, delegado por la Tercera Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores, de Río de Janeiro (Resolución XVII), con cometido de estudiar y coordinar las medidas destinadas a prevenir las actividades de elementos subversivos, contrarias a la seguridad del hemisferio, aprobó, en sesión realizada el 1.º de setiembre ppdo., — poniendo así en práctica las recomendaciones de la Conferencia de Coordinación de Medidas Policiales y Judiciales de Buenos Aires—, una Resolución, por la que se excitó a las Repúblicas Americanas de Argentina, Bolivia, Brasil, Paraguay y Uruguay, a concurrir a una Reunión Regional, a llevarse a cabo en la ciudad de Rivera, durante los días 21 y siguientes del mismo mes de setiembre.

Según se establecía en el contexto de la expresada Resolución, la Reunión a realizarse, promovida en atención a las particulares circunstancias originadas por el estado de guerra existente entre el Brasil y los países del Eje, tendría como objeto el estudio de las medidas útiles para evitar que tales elementos subversivos, pudieran, presionados por las medidas represivas adoptadas en la emergencia por aquel país, trasponer sus fronteras e internarse en los países colindantes, eludiendo así el contralor de las autoridades brasileñas, para continuar, desde el territorio de los Estados limítrofes, conspirando contra los intereses fundamentales de las Naciones del Continente.

Las Repúblicas deberían designar un Delegado con poder suficiente para actuar en nombre de su Gobierno, asistido por Consultores Técnicos, que serían los funcionarios encargados en sus respectivos países de la aplicación de las leyes y reglamentos relativos a la materia a tratarse en la Reunión. Se determinó, asimismo, que asis-

tirían a ella, dos Miembros, por lo menos, del Comité Consultivo, en carácter de Delegados, con voz solamente, y asistidos por uno o más Asesores.

Los temas a tratarse, determinados en las letras a), b) y c) del Art. 3.º de la Resolución del Comité Consultivo de 1.º de Setiembre, serían los siguientes:

- 1.º *Entrada y salida de personas y tránsito clandestino a través de las fronteras.*
- 2.º *Organización de patrullas efectivas para la vigilancia de la frontera con el Brasil.*
- 3.º *Medidas cooperativas internacionales.*

El Gobierno del Uruguay, atendiendo la solicitud que le fuera hecha por el Comité Consultivo (punto 5.º de la Resolución citada) dirigió, con fecha 3 de setiembre, comunicaciones a los Gobiernos de los demás Estados, invitándolos a concurrir a la Reunión Regional proyectada. Hizo llegar también a los mismos Gobiernos un Cuestionario, con 33 puntos (N.º 6 Res. cit.), por el que se rogaba la provisión de determinados datos, considerados útiles para la mejor inteligencia de las medidas a estudiarse.

Los países invitados contestaron en tiempo, designando los siguientes Delegados y Consultores Técnicos:

Argentina:

Delegado: Señor don Miguel Angel Chiappe.

Bolivia:

Delegado: Señor doctor don Jorge Valdés Musters.

Brasil:

Delegado: Señor doctor don José P. Coelho de Souza.

Asesor: Señor coronel don Joaquín Ribeiro Dutra.

Asesor: Señor doctor don Nelson Martins.

Asesor: Señor doctor don Pompilio Fernández.

Paraguay:

Delegado: Señor doctor don Raúl Sapena Pastor.

Uruguay:

Delegado: Señor Escribano don Héctor A. Gerona.

Asesor: Señor Coronel don Alberto Bianchi.

Asesor: Señor capitán de navío (R.) don Rodolfo Hernández.

Asesor: Señor don Arturo Muñoz Moratorio.

El Comité Consultivo designó, por su parte, a dos de sus Miembros, el señor doctor don Mario de Pimentel Brandao (Brasil), y el señor doctor don Carl B. Spaeth (EE. UU. A.), asesorados por los señores doctores don David Lins y don Eduardo Hidalgo, respectivamente.

Al mismo tiempo, y dando satisfacción a los puntos 4.º y 5.º del Reglamento de la Reunión, el Gobierno del Uruguay designó Presidente Temporario de la misma a su Delegado que suscribe este Informe; y Secretario General, al señor don Eduardo D. de Arteaga.

II

SESIONES INICIALES

La Reunión celebró su primera Sesión Preparatoria, el día 21 de Setiembre, a mediodía, en la sede del «Club Uruguay», de Rivera, que gentilmente puso a disposición de la misma su local, instalaciones y servicios.

Prevía aprobación de los Poderes presentados por los señores Delegados, se estudiaron e introdujeron algunas modificaciones al Reglamento. En primer término, se estableció que la integración de las representaciones de los países concurrentes, con Consultores Técnicos, tendría el carácter de facultativa y no preceptiva, en atención a que la mayoría de ellas no contaba con tales asesores. Seguidamente, y teniendo presente que los idiomas oficiales de la Reunión serían el español, el portugués y el inglés, se acordó que la Comisión de Redacción —prevista por el artículo 7.º del Reglamento—, se integraría con el Dr. Carl B. Spaeth, Delegado del Comité, a quien se confirió en ella derecho a voto, a fin de constituir el necesario «quorum» para sus decisiones. Y en tercer término, se estableció que los Consultores Técnicos, en caso de ausencia de los Delegados respectivos, podrían sustituir a éstos en las Comisiones, con derecho a voto.

Procedióse luego a establecer las precedencias, por sorteo, entre las Delegaciones, resultando el orden siguiente:

- 1.º Brasil.
- 2.º Argentina.
- 3.º Bolivia.
- 4.º Uruguay.
- 5.º Paraguay.

Al día siguiente, 22 de Setiembre, tuvo lugar, a las 17 horas, la Sesión Inaugural pública de la Reunión. Frente al lugar de su asiento, y a lo largo de la calle Sarandí, formó el Regimiento 3.º de Caballería, que fué rápidamente revistado por las Delegaciones.

La Sesión inicióse con la instalación de la Mesa definitiva. A propuesta del señor Delegado de Bolivia, la Asamblea designó, como Presidente Permanente, al suscrito, Delegado del Uruguay.

El discurso inaugural de la Reunión, pronunciado por quien informa, en su carácter de Presidente, fué contestado por los Delegados de Brasil, Doctor Coelho de Souza, y del Comité Consultivo, Dr. Carl B. Spaeth (EE. UU. A.). Hizo uso de la palabra en el mismo acto el Delegado de la Argentina, Sr. Chiappe. Todos estos discursos, que se registran en el Acta correspondiente a esta Sesión, que se acompaña a este Informe, trasuntan elocuente y sinceramente el espíritu de colaboración y apoyo mutuo que animó a los países representados, refirman, con ajustados conceptos, la expresión del más vivo panamericanismo, sus fuertes raíces históricas, su clara realidad presente y su destino futuro.

La Reunión acordó el envío de telegramas al señor Presidente

del Uruguay, a su Ministro de Relaciones Exteriores, y a los señores Jefes de los Estados representados, cuyos textos figuran en el Acta correspondiente.

La Primera Sesión Plenaria realizóse el mismo día 22, momentos después de finalizar la Sesión Inaugural, y en tal oportunidad, las distintas Delegaciones expusieron, de acuerdo con lo previsto en el Art. 13.º del Reglamento, sus puntos de vista respecto de los problemas cuyo estudio realizarían.

A continuación, se convino el establecimiento de tres Comisiones, además de la de Redacción, ya prevista, formándose en total cuatro Comisiones, designadas como sigue: 1.ª Comisión - Redacción; 2.ª Comisión - Entrada y Salida de Personas; 3.ª Comisión - Vigilancia de Fronteras; y 4.ª Comisión - Cooperación y Coordinación.

En la Segunda Sesión Plenaria, celebrada el 23 de Setiembre, por la mañana, dedicó la Asamblea su atención al estudio de las respuestas dadas por los países al Cuestionario que se les dirigiera, encontrándose con que la mayoría de las Delegaciones no habían recibido aún las informaciones solicitadas. Resolvióse entonces que cada una de ellas urgiera a sus Gobiernos el envío de determinados informes, que se entendieron más importantes, sin perjuicio de proporcionar aquellos de que ya se disponía.

El día 24, por la tarde, reunióse nuevamente la Asamblea, celebrando su Tercera Sesión Plenaria, tomando conocimiento de las respuestas dadas por los Jefes de Estado, a los telegramas que les fueran enviados, las que se registran en el Acta correspondiente.

III

REUNIONES DE CONSULTA DE LA DELEGACION URUGUAYA

La Delegación uruguaya celebró durante su permanencia en Rivera, sesiones particulares, a las que invitó a los distintos funcionarios nacionales a cargo de servicios en la zona de frontera, y a los que solicitó asesoramiento especial, respecto de puntos de interés para su labor.

Concurrieron a ellas el Señor Jefe de Policía, don Ventura Pérez, el señor Interventor del Municipio, don Raúl Parodi, el señor Juez Letrado, doctor don Luis Barbé Pérez, el señor Jefe del Regimiento 3.º de Caballería, Teniente Coronel don Aníbal Gaye, y el señor Delegado Substituto de Límites, Mayor don Horacio J. Vico. Asistieron, asimismo, invitados, el doctor Justino Jiménez de Aréchaga, Secretario de la Junta de Asesoramiento Técnico-Legal y de la Comisión de Investigaciones de Actividades Antinacionales, y el señor don Alejandro Rovira, funcionario del Ministerio del Interior, versado en la materia de que se trataba.

Todos ellos prestaron su muy estimable concurso a la Delegación, que les significó por ello su vivo agradecimiento.

IV

PROYECTOS PRESENTADOS

La Delegación uruguaya presentó en tiempo 6 ponencias a la Secretaría General de la Reunión, las que fueron luego aprobadas sin mayores modificaciones, y sobre las que se informa más extensamente en los capítulos correspondientes a la labor de las Comisiones respectivas.

Recibió, además, la Secretaría General, ponencias entregadas por las Delegaciones de Bolivia, Brasil y del Comité Consultivo, alcanzando, en total, a 17 los proyectos presentados, cuyos textos se acompañan a este Informe, los que constituyeron el material de estudio y trabajo de las distintas Comisiones.

V

ENTRADA Y SALIDA DE PERSONAS

La 2.ª Comisión «Entrada y Salida de Personas» eligió como Presidente al señor Delegado del Brasil, doctor José P. Coelho de Souza; y como Relator, al Consultor Técnico de la Delegación uruguaya, don Arturo Muñoz Moratorio.

Esta Comisión estudió los proyectos registrados con los N.ºs 3, 4, 8, 10, 11, 13, 14, 15 y 16 que figuran en el anexo N.º 4.

Proyecto N.º 3. — Esta ponencia, presentada por la Delegación del Uruguay, propuso la introducción de restricciones a los distintos regímenes de franquicias existentes entre los países representados, para el tránsito de sus nacionales, ciudadanos legales y extranjeros residentes. Tales liberalidades, dictadas en épocas normales para facilitar el intercambio turístico y de viajeros en general entre las Repúblicas representadas, constituyen, en los momentos actuales, peligrosas concesiones, a cuyo amparo puede realizarse, sin contralor ni vigilancia, el libre desplazamiento de personas dedicadas al ejercicio de actividades subversivas.

El proyecto uruguayo excluye de todo beneficio a los extranjeros residentes, y establece, para los nacionales y naturalizados o ciudadanos legales de los distintos Estados, mayores de 14 años, la exigencia de obtener un «certificado especial» del Cónsul del país al que se dirigen, que compruebe que no integran organizaciones que por medio de la violencia tiendan a la destrucción del régimen democrático-republicano. El viaje de los menores de dicha edad, queda supeditado a la comprobación, también por el Cónsul del país de destino, de la circunstancia de que los padres, tutores o guardadores de dichos menores, no desarrollan actividades antidemocráticas.

El régimen varía en el caso de aquellos que habitan zonas fronterizas, dentro de límites a fijarse por los Gobiernos, para quienes,

en lugar del indicado certificado consular, será suficiente un documento análogo, expedido por la autoridad policial del país de origen.

Tales certificaciones válidas por tres meses, deben agregarse a la necesaria documentación de identidad, quedando los interesados obligados a exhibirlos a las autoridades competentes del país de destino, a su simple requerimiento.

Establecía el proyecto uruguayo, enumerándolos, cuáles documentos de identidad deberían ser admitidos por los países representados, comprendiendo en dicha especificación, todos los previstos por los distintos regímenes en vigor, a saber: pasaporte, cédula de identidad, credencial cívica o libreta de enrolamiento. Esta fórmula fué sustituida, por iniciativa del señor Delegado del Paraguay — quien la fundamentó en la conveniencia de no contradecir formas ya consagradas en actos internacionales anteriores—, por otra de carácter más general, que determina que tales documentos serán los previstos por la legislación o convenios suscritos por cada país.

En último término, el proyecto uruguayo incluía un artículo, que admitía la posibilidad de los Estados representados de establecer —excepcionalmente— regímenes especiales, que permitieran contemplar ciertas formas ya existentes del tráfico turístico y general, dentro de determinadas condiciones y con la previsión de otras formas supletorias de contralor.

Este artículo, el 6.º del Proyecto, decía así:

«6.º Podrán los Gobiernos de los Estados, sin embargo, acordar un régimen especial a los nacionales y naturalizados o ciudadanos legales de cualesquier de los demás Estados, que, sin comprometer el objetivo fundamental de contralor que se persigue, les permita dar satisfacción a intereses relacionados con el turismo u otras manifestaciones de vinculación económica o social que pudieran tener.»

Prolongadas discusiones suscitó este artículo, sosteniéndose, particularmente por los señores Delegados del Paraguay y del Comité Consultivo, que su inclusión restaba valor y eficacia al sistema de contralor general propuesto en el proyecto, constituyendo una «puerta abierta», que no condecía con la estrictez de las demás medidas en él establecidas.

La Delegación uruguaya defendió el mantenimiento de dicha excepción, entendiéndola necesaria para la eventual adopción del régimen general aconsejado, en razón de que la rígida e integral aplicación de éste afectaría ciertas formas de relación y de tráfico, como las existentes entre nuestro país y la Argentina, que, revistiendo un carácter fundamental por su complejidad e importancia, no podrían ser suprimidas sin lesionar intereses de vital ponderación para ambos países. Este punto de vista fué compartido y apoyado por el señor Delegado de la Argentina.

Puesto finalmente a votación, se pronunciaron por la supresión del artículo los señores Delegados de Bolivia y Paraguay; y por su mantenimiento, los de la Argentina y Uruguay, produciéndose un

empate, resuelto finalmente por el señor Presidente de la Comisión (Brasil), que votó por la eliminación del artículo.

Ya decidido el punto, la Delegación uruguaya solicitó y obtuvo la aquiescencia de la Comisión, para someter a estudio de la misma, un nuevo texto, sustitutivo del ya suprimido que, al par de contemplar el establecimiento del régimen de excepción, determinara explícitamente las circunstancias necesarias para su adopción, así como las condiciones y garantías sucedáneas que en tales casos deberían tomarse.

Resolvióse entonces encomendar el estudio del nuevo texto a una Sub Comisión integrada con los señores representantes del Uruguay y Paraguay, la que formuló el que, aprobado en la Sesión siguiente con el voto de todos los Delegados —y con las modificaciones de forma que le introdujera luego la Comisión de Redacción—, se reproduce:

«6.º Sin comprometer el objetivo de contralor que se persigue, » los Gobiernos de los países aquí representados podrán establecer » un régimen especial para el tránsito de sus nacionales y naturalizados o ciudadanos legales a países limítrofes, siempre que: a) Tal » régimen beneficie exclusivamente a las personas que ingresen en » calidad de temporarios y con fines de turismo; b) El turismo sea » de fundamenta limportancia para los intereses nacionales; c) Se » establezca una delimitación de las zonas dentro de las cuales se » podrá permitir el ingreso en tales condiciones. Los Gobiernos im- » pedirán la entrada bajo este régimen a toda persona de quien se » sepa o sobre la cual recaigan sospechas de que sus intereses son » hostiles a la seguridad y defensa del Hemisferio, y aplicarán medi- » das severas a quienes, habiendo ingresado bajo las condiciones es- » peciales que se establezcan para los turistas, salgan de dichas zonas » limitadas o participen o promuevan actividades hostiles a la de- » fensa y seguridad del Hemisferio.»

Proyecto N.º 4. — Presentado igualmente por la Delegación del Uruguay, constituye este proyecto, que recomienda la adopción de determinadas garantías para la concesión de permisos de entrada a favor de extranjeros extracontinentales, una apreciable contribución a las finalidades que movieron a la convocación de la Reunión.

Radicarían,, fundamentalmente, tales garantías en que:

- 1.º Exclusivamente los funcionarios consulares de carrera de cada país podrían intervenir en la concesión de dichos permisos, y
- 2.º Deberán realizarse investigaciones prolijas a objeto de asegurarse de que los interesados no desarrollan actividades político-sociales subversivas, remitiéndose los elementos de juicio y documentación que en cada caso los Cónsules reúnan, al Ministerio competente de su Gobierno, con indicación, al mismo tiempo, de los nombres de personas que, residiendo en el país de destino, puedan informar respecto de aquellos. Sin la previa y expresa autorización del Ministe-

rio respectivo, no podrían los Cónsules expedir los necesarios despachos de viaje, los cuales, en cualquier forma, quedarían sin valor a los 90 días de haber sido extendidos.

Estas disposiciones, que se sumarían a las generales previstas por la legislación común de cada país, regirían tanto para los inmigrantes como para los viajeros temporarios.

Originalmente, recomendaba la propuesta uruguaya la exigencia, en todos los casos, del pasaporte, entendiéndolo documento de mayores garantías. A propuestas de la Delegación del Paraguay, y luego de un cambio de ideas al respecto, resolvióse incluir en este proyecto la fórmula ya adoptada al tratarse el régimen para el tránsito de nacionales y ciudadanos legales, es decir, que la documentación de identidad a exigirse, sería la prevista en la legislación o convenios internacionales suscritos por cada país.

En esta forma, el proyecto fué aprobado por unanimidad.

Proyectos N.ºs 8, 10 y 15. — El proyecto N.º 8, presentado por el señor Delegado del Comité Consultivo, doctor Sapeth (EE. UU. A.), contenía originalmente dos proposiciones principales: una, en el sentido de que se reiterara a los Gobiernos la urgente adopción de las normas mínimas contenidas en la Resolución del Comité Consultivo de Emergencia, de 7 de Julio de 1942, sobre Registro de Extranjeros; y otra, para que igualmente se obligara al Registro de los extranjeros que, siendo admitidos como temporarios, debieran permanecer más de 7 días, estableciéndose sanciones y penalidades para los contraventores.

Luego de aprobado este proyecto, advirtió la Comisión, al examinar los presentados por la Delegación del Brasil N.ºs 10 y 15, la íntima relación que guardan estos últimos con el ya referido N.º 8, resolviendo pasarlos al estudio de una Sub Comisión formada por los Asesores de los Sres. Delegados del Comité Consultivo, Dres. Lins e Hidalgo, para que estudiaran su posible unificación.

La nueva fórmula elaborada por dicha Sub Comisión, sumó a las ya indicadas previsiones del Proyecto N.º 8, una nueva, por la que se recomienda a los países la adopción de un tipo de cédula de identidad para extranjeros, distinto del que se expide a sus nacionales.

El texto unificado de los tres proyectos, de indudable valor y utilidad, fué aprobado por unanimidad.

Proyectos N.ºs 11 y 13. — Ambos proyectos, presentados por la Delegación del Brasil, y que constituyen, sin duda alguna, sugerencias de verdadero interés para la defensa continental, fueron, sin embargo, considerados, por su índole particular, fuera de los objetivos propuestos a esta Reunión Regional, resolviendo la Comisión recomendar a la Asamblea, en consecuencia, que se pasaran a estudio del Comité Consultivo de Montevideo, como así se aprobó.

Proyecto N.º 14. — Este proyecto, presentado por la Delegación del Brasil, propone que se recomiende a los Estados representados, la adopción de medidas tendientes a prohibir que los inmigrantes admitidos como agricultores o técnicos rurales, desarrollen otras activi-

dades que las indicadas, durante un período mínimo de 4 años, y computados desde la fecha de arribo del extranjero.

Fué aprobado con el voto de todas las Delegaciones.

Proyecto N.º 16. — Esta ponencia presentada por el señor Delegado del Comité Consultivo, doctor de Pimentel Brandao (Brasil), fué retirada antes de su consideración, a pedido del propio Delegado proponente, por entender que sus previsiones ya estaban en cierto modo conetnidas en otros proyectos presentados a la Reunión.

VI

VIGILANCIA DE FRONTERAS

La 3.ª Comisión, «Vigilancia de Fronteras», eligió como Presidente al señor Delegado del Paraguay, doctor Raúl Sapena Pastor, y en carácter de Relator, al señor Consultor de la Delegación Brasileña, Coronel don Joaquín Ribeiro Dutra.

Fueron asignados a su estudio, los proyectos señalados en el anexo N.º 4, con los N.ºs 1, 5, 6, 7, 9, 12 y 17.

Proyecto N.º 1. — Fué presentado por la Delegación de Bolivia, y contiene una recomendación a fin de que los países concurrentes, pongan en práctica las disposiciones aconsejadas por la Conferencia Interamericana de Coordinación de Medidas Policiales y Judiciales, de Buenos Aires, respecto de la organización de un Cuerpo de policía pdítico-social, especializado en la prevención y descubrimiento de los delitos de espionaje, sabotaje, traición, y otros que supongan un ataque contra la seguridad de los Estados.

Se aprobó con el voto de todos los Delegados.

Proyecto N.º 5. — La Delegación del Uruguay presentó esta ponencia, que propone la fijación de puntos fronterizos para la entrada y salida de personas, medida que se estima necesaria para la eficacia del contralor y la vigilancia del tránsito internacional.

Este proyecto, que especifica las condiciones principales a tenerse en cuenta para dicha fijación de puntos, fué aprobado por unanimidad.

Proyectos N.ºs 6 y 7. — Ambos fueron presentados por la Delegación del Uruguay, y aprobados por todas las Delegaciones.

Por el primero, se recomienda a los Gobiernos el establecimiento de determinadas medidas, destinadas a obligar a las empresas que realizan servicios de transporte internacional, a que se exija a los viajeros, como condición previa a la expedición de pasajes, la presentación de la documentación de identidad y la autorización de ingreso regular al país a que se dirigen.

El segundo, propone que se establezca la prohibición a los hoteles y dueños de casas de hospedaje, en general, de dar alojamien-

to a quienes no justifiquen, con documentos, su identidad y su ingreso regular al país, imponiéndoles la obligación, bajo sanciones, de llevar un registro especial y dar debida cuenta a las autoridades correspondientes de las inscripciones que realicen.

Proyecto N.º 9. — Este proyecto, presentado por la Delegación del Brasil, prevé un régimen, cuyo estudio ofrece real interés, en lo relativo a la concertación de medidas eficaces y prácticas para la vigilancia de fronteras cuya gran extensión requeriría un contingente de fuerzas muy numeroso, de que no se dispone actualmente.

Recomienda el establecimiento de franjas de seguridad, de 2 kilómetros de profundidad, a uno y otro lado de las fronteras, dentro de cuyos límites se fiscalizaría el tránsito internacional, no permitiéndose su habitación por súbditos del Eje. Entre los puntos que se fijan para la entrada y salida de personas, sería establecido un sistema de puestos de vigilancia, situados en las vías de acceso que parten de la línea divisoria, ligados entre sí por patrullas volantes. Se propone asimismo que la fuerza que se destine a esta vigilancia, sea preferentemente la Policía Militar.

Luego de discusiones y cambios de ideas mantenidos por los señores Delegados, fueron introducidas algunas modificaciones al proyecto. Se estableció que únicamente se recomendaría la práctica de ese régimen en las fronteras no constituídas por cursos de agua. Acordóse, luego, sustituir la parte del proyecto que interdictaba a súbditos de países del Eje residir en las zonas fronterizas, por la recomendación de no permitir que dentro de ellas fueran a instalarse en el futuro ciudadanos pertenecientes a los Estados miembros del Pacto Tripartito, manteniéndose la prohibición de habitar dichas zonas, a aquellos extranjeros considerados peligrosos para la defensa del Hemisferio.

Aprobadas algunas modificaciones de menor importancia, votóse afirmativamente el proyecto, haciendo en esta oportunidad la Delegación de la Argentina una reserva, por la que dejó establecido que su país no podrá, en caso de adoptar esta Resolución, hacer distinciones entre los extranjeros que habiten o entren a él, por el solo hecho de su nacionalidad.

Proyecto N.º 12. — Fué presentado este proyecto por la Delegación del Brasil, y su proposición se inspiró en experiencias ya realizadas en dicho país. Recomendaba el establecimiento de servicios de policía rural, dentro de formas que se determinan, y a prestase en las zonas fronterizas.

Fué igualmente aprobado.

Proyecto N.º 17. — Este proyecto, entregado por los señores Delegados del Comité Consultivo, fué retirado antes de su estudio por la Comisión, en razón de hallarse sus previsiones ya contenidas en otros presentados a la Reunión.

VII

MEDIDAS DE COOPERACION Y COORDINACION

La 4.ª Comisión «Cooperación y Coordinación», eligió como Presidente al señor Delegado de la Argentina, don Miguel Angel Chiappe, y en carácter de Relator, al Consultor de la Delegación uruguaya, Coronel don Alberto Bianchi.

Un solo proyecto debía examinar esta Comisión, el registrado con el N.º 2, presentado por la Delegación uruguaya, que recomendaba la creación de una «oficina internacional permanente» integrada con representantes de los países asistentes a la Reunión, con el cometido de realizar intercambio de informaciones sobre tránsito de personas y demás noticias consideradas de interés.

El señor Delegado del Comité Consultivo, Dr. Spaeth (EE.UU.A.), presentó un Memorandum a la Comisión, en el que se sugerían algunas modificaciones al proyecto uruguayo, resolviéndose, luego de discutido, pasarlo a consideración de una Sub Comisión, formada por el mismo Delegado y el Consultor Técnico de la Delegación Uruguaya, Coronel Bianchi, a fin de que estudiara una fórmula definitiva, la que, una vez confeccionada y sometida nuevamente a consideración de los señores Delegados, fué aprobada por unanimidad.

El nuevo texto clasifica y complementa los datos de interés para el fichaje de las personas, cuyo intercambio recomienda realizar con urgencia, solicitándose que sea el Comité Consultivo quien estudie la organización necesaria.

Agrega, además, la recomendación de que el mismo Comité Consultivo y la Unión Panamericana, estudien a su vez un sistema para la centralización e intercambio de informaciones entre todas las Repúblicas Americanas.

VIII

APROBACION DE LOS PROYECTOS Y CLAUSURA DE LA REUNION

Pasados a la Comisión de Redacción, presidida por el señor Delegado de Bolivia, doctor don Jorge Valdés Musters, los textos de los proyectos aprobados por las demás Comisiones, y luego de verificado su ajuste, fueron sometidos a la consideración de la Asamblea, que se reunió al efecto en su Cuarta Sesión Plenaria, el día 26 de Setiembre, por la tarde. Luego de oídos los informes de los señores Relatores, la Asamblea, sin observaciones, les prestó su aprobación por unanimidad (Acta corresp., Anexo N.º 5).

Ese mismo día 26, la Reunión realizó su Sesión Pública de Clau-

sura, pronunciando entonces el suscrito Delegado, en su carácter de Presidente, el discurso de rigor, que fué contestado, en nombre de las Delegaciones, por el señor doctor Mario de Pimentel Brandao (Brasil), Miembro del Comité Consultivo. Ambos discursos figuran en el Acta correspondiente.

A continuación, la Reunión ofreció una recepción, agradeciendo atenciones, a la que asistieron las autoridades y sociedad de Rivera y de Santa Ana, periodistas, etc.

Por la noche, el Delegado que informa, a quien le correspondiera el alto honor de ejercer la Presidencia de la Reunión, invitó a los integrantes de las Delegaciones, autoridades fronterizas brasileñas y nacionales, y periodistas, a una cena de despedida, que fué servida en el nuevo Hotel Casino de Rivera.

IX

CONSIDERACIONES FINALES

Al terminar este informe, el Delegado suscrito se complace en destacar su alta satisfacción por los excelentes resultados de esta Reunión Regional, obtenidos al cabo de breves, aunque intensos días de trabajo.

Doce Resoluciones, que abarcan los distintos puntos incluídos en el temario que le fuera propuesto, constituyen la síntesis de su labor, y ofrecen a los Estados representados todo un sistema de normas cuya aplicación les permitirá cumplir en forma eficiente la prevención y represión de las actividades subversivas, dirigidas contra sus propios regímenes democráticos y contra la seguridad general del hemisferio americano.

Reglas mínimas para la admisión de extranjeros extracontinentales; restricciones a los regímenes de franquicias que regulan actualmente el tránsito de sus naturales y ciudadanos legales de las Repúblicas participantes; proposiciones concretas para la vigilancia y patrullaje de las fronteras comunes; medidas destinadas a hacer posible el contralor de los individuos sospechosos de actuar en contra de los intereses nacionales; en fin, todo un programa de acción inmediata, que los Gobiernos deberán ahora considerar para sus fines de defensa propia y de apoyo mutuo solidario.

Las Resoluciones aprobadas por esta Reunión Regional, podrán, asimismo, ser de provechosa utilidad para los demás Estados americanos no representados que, en condiciones análogas a las de estos países, deben defenderse de idénticos peligros.

HECTOR A. GERONA

Montevideo, Octubre de 1942.

LA REUNION DE RIVERA

Desde hace ya cierto tiempo, el Gobierno del Brasil se había visto en la necesidad de adoptar una serie de medidas preventivas y represivas contra un gran número de extranjeros extra-continetales, organizados, dentro de su territorio y, especialmente, en los Estados del Sur, con fines antinacionales y antiamericanos.

El Gobierno brasileño, al declarar el estado de beligerancia con Alemania e Italia, se vió luego, obligado a intensificar aquellas medidas y con mayor severidad, allí donde las colonias de súbditos del Eje, acusan una densidad tan considerable como en Santa Catalina, San Pablo, etc.

Este problema de orden interno, amenazaba, así, de adquirir proyecciones internacionales, desde el momento en que esas masas de población, o simplemente algunos agentes de potencias hostiles o individuos de peligrosidad reconocida, se desplazasen hacia las fronteras de los países colindantes e intentasen infiltrarse en ellos.

Ahora bien, la 3.^a Reunión de Consulta entre los Cancilleres efectuada en Río de Janeiro en Enero de este año, y que trató sobre la solidaridad, asistencia recíproca y cooperación defensiva del continente frente a las agresiones totalitarias, creó un organismo interamericano permanente cuya sede es Montevideo; el Comité Consultivo de Emergencia para la Defensa Política del Continente y que está autorizado para recomendar a los Gobiernos de los países americanos, la adopción de medidas tendientes a evitar que se sustraigan al contralor de los respectivos países, aquellas personas que, por sustentar ideas contrarias a los principios democráticos americanos, constituyan un peligro común para todo el Continente.

En la misma Reunión de Consulta entre Cancilleres de Río, se contrajeron compromisos de solidaridad en cumplimiento de los cuales, las Repúblicas americanas que no se encontraban ya en estado de guerra con los países del Eje, fundaron sus decisiones de considerar al Brasil como no beligerante.

Robustecida en tal forma y aclarada la posición política de los países vecinos del Brasil, el Comité Consultivo de Emergencia pudo basar una resolución, adoptada el 1.^o de Setiembre último, recomendando a los Gobiernos de los cinco países interesados en este problema, efectuar una reunión regional relativa a la entrada y salida de personas y al tránsito clandestino a través de las fronteras.

Puede decirse que todos los temas recomendados al estudio de la Reunión en el Artículo 3.^o de la Resolución del Comité Consultivo de Emergencia, de 1.^o de Setiembre, han sido tratados en Rivera.

Los resultados obtenidos, correlativamente a cada punto del temario, pueden ser expuestos en la siguiente forma:

Se recomendó en primer término, el siguiente tema de orden general:

a) Medidas de emergencia a adoptar por cada una de las cinco Repúblicas Americanas mencionadas anteriormente, a fin de impe-

dir el tránsito por sus fronteras territoriales de personas que tengan intereses hostiles a la defensa o a la seguridad del hemisferio, tomándose como base de las deliberaciones la resolución adoptada por el Comité el 7 de Agosto último, sobre *«Entrada y salida de personas y tránsito clandestino a través de las fronteras nacionales»*.

A este punto corresponde, en líneas generales, la Resolución III sobre Restricciones para el tránsito de nacionales y naturalizados o ciudadanos legales, y la Resolución IV, sobre Entrada y Salida de Extranjeros.

I. Dentro de los tópicos recomendados a consideración especial, se encontraba en primer término, el estudio de procedimientos para la visación de Pasaportes.

La 2.ª Comisión ha preferido no especificar los diferentes documentos exigibles, sino mencionarlos globalmente como «documentos requeridos por la legislación o convenios internacionales de cada país», y prever como complemento obligatorio, determinados «certificados especiales» con validez limitada, expedidos por el Cónsul del país de destino, o «certificados policiales» expedidos por las autoridades del país de origen, si se trata de ciudadanos naturales y naturalizados o ciudadanos legales (Resolución III).

Para los extranjeros extra-continenciales, dichos «documentos requeridos por la legislación o convenios internacionales de cada país» deberán ser acompañados de certificados expedidos por el Cónsul de Carrera del país de destino, previo estudio y aprobación del Ministerio competente (Resolución IV).

II. Otra materia especialmente recomendada a estudio de la Reunión fué la relativa al procedimiento que habrá que seguirse para determinar si la persona que deba entrar o salir del país tiene intereses contrarios u hostiles a la defensa o a la seguridad del hemisferio.

Satisface esa recomendación, en primer término, el contenido de la Resolución I, que prevé la creación de una Policía político-social, cuya misión será la de prevenir y descubrir delitos de espionaje, sabotaje, traición u otras actividades que conspiren contra la seguridad exterior o interior del Estado.

En segundo término, cabe incluir aquí la Resolución IV sobre Intercambio de Informaciones sobre personas y medidas, que complementa a la Resolución I, ya mencionada.

En general, también la Resolución III (Restricciones para el tránsito de nacionales...) y la Resolución IV (Entrada y Salida de Extranjeros) tienden a establecer una investigación previa de la no peligrosidad de las personas que soliciten entrada a uno de los cinco países participantes.

En particular, el inciso 1.º, letra b) de la Resolución IV mencionada, establece que los Cónsules, además de las investigaciones directas que puedan realizar a fin de asegurarse de que el extranjero extra-continental no pertenece a organizaciones sociales o políticas que, por medio de la violencia, etc., etc., ni sustenta doctrinas con-

ducentes a los mismos fines, recabará informes de las autoridades del país en que reside el interesado, antes de expedir el certificado complementario de los documentos exigidos por la legislación vigente.

III. En relación con el tercer punto recomendado especialmente y que trata de las «Restricciones para viajar a las personas conocidas o sospechosas de tener o sustentar intereses o ideas hostiles o contrarias a la defensa o a la seguridad del hemisferio», esta materia está prevista, en general, en las Resoluciones III y IV, y en particular, en el último párrafo del inciso 6.º de la Resolución III, que se refiere al tránsito de ciudadanos, y en la letra b) — ya citada — del inciso 1.º de la Resolución IV, relativa al tránsito de extranjeros extra - continentales.

b) El segundo grupo de temas recomendados al estudio de la Reunión Regional de Rivera, comprende:

Medidas especiales que deberá adoptar cada una de las cinco Repúblicas Americanas antes mencionadas para asegurar eficazmente el cumplimiento de las resoluciones a adoptarse, como ser: la organización de patrullas efectivas, teniendo en cuenta las características geográficas de las fronteras del Brasil, contiguas a cada una de las otras cuatro Repúblicas.

Las tres Resoluciones aprobadas sobre este tema, no sólo satisfacen el programa, sino que lo complementan con otras previsiones.

Se refieren ellas, en efecto:

1) A la Vigilancia de Fronteras (IX), con la fijación de *franjas* de seguridad de 2 kilómetros de ancho a uno y otro lado de las fronteras, con el establecimiento de puestos de vigilancia en las vías de acceso y el empleo preferente de la Policía Militar para su fiscalización.

2) El establecimiento de servicios de una Policía Rural organizada sobre la base de Guardas Fijos y Guardas Ambulantes (Resolución X).

3) La fijación de Puntos fronterizos para la Entrada y Salida de Personas (Resolución V), por medio de una coordinación geográfica de dichos puntos de pasaje, en que se tendrán en consideración la naturaleza de la zona, los medios de comunicación comunes a los países fronterizos y el emplazamiento de los funcionarios consulares, de inmigración, policiales, etc.

La 2.ª Comisión (Entrada y Salida de Personas) que trató esta primera parte del temario, aprobó también otros tres proyectos de Resolución que prevén circunstancias afines y complementarias a las restricciones de tránsito y al contralor de entrada y salida:

RESOLUCION VI — Documentación a exigirse por los hoteles y otros establecimientos similares.

RESOLUCION VII — Documentación a exigirse por las empresas de transportes internacionales.

RESOLUCION XI — Restricciones a las actividades de inmigrantes agricultores y técnicos rurales.

c) Finalmente, el último punto recomendado al estudio de la Reunión de Rivera, comprendía:

Medidas de cooperación entre las cinco Repúblicas antes indicadas, para el intercambio de informes, patrullaje combinado por dos o más de las cinco Repúblicas, y acción común entre las cinco Repúblicas para la vigilancia y el contralor de las personas conocidas o sospechadas de tener o sustentar intereses o ideas hostiles o contrarias a la defensa o a la seguridad del hemisferio.

A dicha materia corresponde la Resolución II, sobre intercambio de informaciones.

Debe destacarse que el inciso II de esta Resolución recomienda al Comité Consultivo de Emergencia que, en consulta con los Gobiernos de los países representados en Rivera, establezca inmediatamente la organización que sea necesaria para facilitar el intercambio de informaciones y la elaboración de datos sobre personas de peligrosidad conocida y sobre las medidas adoptadas contra ellas, los textos legales y administrativos vigentes que se refieran a esta materia y otras informaciones que se consideren de interés.

BIBLIOGRAFIA

ENSEÑANZA SECUNDARIA Y TEMAS DERIVADOS por *Eduardo de Salterain y Herrera*. — Casa A. Barreiro y Ramos, S. A. — Montevideo, 1942.

El autor de este volumen de 250 páginas es un escritor eminente que ha cultivado, con un sentimiento muy personal de la forma, diversos géneros literarios. En su bibliografía figuran novelas, cuentos, ensayos críticos, impresiones de viaje, estudios pedagógicos. En esta producción se advierte la rica cultura del autor, su fina sensibilidad, la pulcritud y justeza de la información y del juicio. Esta nueva obra comprende la parte principal de su labor en la función de Presidente del Consejo Nacional de Enseñanza Secundaria, cargo que desempeñó hasta hace algo más de un año. Cinco secciones forman este libro: la primera se titula «Historia y Realidad» y comprende un breve retrospecto histórico de la enseñanza secundaria en el país, desde la iniciación hasta la reforma técnica de la misma, que arranca de la ley orgánica de 1935 que dió autonomía a la enseñanza media bajo el gobierno del Consejo Nacional de Enseñanza Secundaria, cuya primera presidencia correspondió al autor de este libro. La segunda parte está consagrada a documentar la labor cumplida en la primera etapa de gobierno del Consejo; pero más que a ello, está destinada al estudio y comentario de los problemas pedagógicos y sociales que ofrece el panorama de la enseñanza media, al planteamiento de la obra realizada y de lo que aun hay que realizar, y sobre todo a la orientación que debe presidir esa labor. El pedagogo y el filósofo se consagran en estas páginas a la obra de buscar las soluciones que más convienen al ambiente nacional. La tercera parte está integrada por los discursos pronunciados por el autor en función de su cargo de Director General de Enseñanza Secundaria; pero no son éstos meros discursos administrativos, son muchos de ellos preciosas páginas literarias en las que se realizan ajustadas semblanzas de Juan Manuel Blanes, María Eugenia Vaz Ferreira, Zorrilla de San Martín, Francisco Bauzá, Gabriela Mistral, José Enrique Rodó, Pedro Figari, Gregorio Pérez Gomar, Carlos Reyles, para no referirnos sino al tema personal. Son todas estas, páginas de altos quilates literarios, y algunas de ellas alcanzan la virtud de resurrección de caracteres. La cuarta y última partes están destinadas a definir las actitudes adoptadas por el autor en diversos conflictos planteados al gobierno de la enseñanza media o al propio Director General, cuestiones todas ellas, que, si en algún caso adquirieron apasionado acento, no salieron jamás de los límites de la cultura y de la serenidad espiritual. La índole de estas notas no permite el examen detenido de este libro que contiene materia literaria y elementos técnicos dignos de un cuidadoso análisis.

CANTO DIVERSO. POEMAS, por *Héctor Silva Uranga*. — Talleres Gráficos «La Paz». — Montevideo, 1942.

Este poeta persevera en su labor lírica. A partir del año 1923 ha publicado ya, nueve recopilaciones de poesías. Su nuevo libro comprende una selección de sus poemas escritos desde el año 1937. En todos ellos, como en los que forman sus libros anteriores, se advierte al poeta que no cesa en el afán de dar rienda suelta a la vocación que le domina. El canto interior acalla la prosa de la vida, y el agua clara y sencilla de la poesía aflora espontáneamente, como esos ojos de agua que fertilizan la tierra árida de la ladera serrana. Es ésta, poesía simple, fresca y generosa que todo lo canta, empezando por lo que vive en el reino interior y luego por lo que se vincula al mundo afectivo y al paisaje objetivo. El poeta logra excelentes aciertos, ya en la nota subjetiva, ya en la nota épica. Acaso sus mejores versos son aquellos en que la tristeza o la dulce melancolía ponen en sus estrofas la nota elegíaca. De todos modos hay aquí un poeta, cuya obra merece palabras de aplauso y estímulo.

NI BUFAS NI TRAGICAS, por *H. Stance (Haroldo Capurro)*. — Tipografía Atlántida. — Montevideo, 1940.

El oportuno consejo de un amigo inteligente ha convertido en libro, la colección de artículos que el autor fué escribiendo a vuela pluma, a título de colaboración periodística, y que, reunidos, adquieren forma orgánica y revelan a un agudo observador que escribe con fluidez y soltura, y no pocas veces con elegancia, y que hace gala de un humorismo fino y ágil, desposeído de amargura y tocado por una filosofía amable, dispuesta a perdonar los errores y los defectos de los hombres, y a reconciliarse con la realidad, aunque ésta no siempre resulte agradable. Si estas notas periodísticas, que van desde la sátira hasta la reflexión filosófica, resultaron amenas y provechosas en el diario, más lo resultan en el libro, en el que se leen con deleite hasta el fin y nos obligan a reconocer que quien las escribió está excelentemente dotado para cultivar este género de literatura pintoresca, que no por ser ligero y amable deja de tener un gran fondo humano que nos acerca, no pocas veces, a problemas que se relacionan con el hombre, la sociedad, las costumbres y nos obliga a meditar. En suma, es este un libro ingenioso y bien pensado que tiene además el mérito de estar escrito en limpia prosa castellana.

RESUMEN DE LA HISTORIA DE VENEZUELA, por *Rafael María Baralt*. — Desclee, De Brouwer y Ca. — Brujas, 1939.

Esta bella edición de la clásica obra de Baralt es una reimpresión dispuesta por la Academia Nacional de Historia de Venezuela con motivo de la celebración del cincuentenario del ilustre instituto. Se trata de una obra familiar a quienes conocen la bibliografía hispano-americana, aunque muy rara en el mercado, pues hace muchos años que las ediciones que de ella se han hecho están completamente agotadas. Ha sido, pues, muy feliz la idea de reimprimir este libro, que es una de las fuentes de consulta más autorizadas para los que cultivan la historia del Continente. Comprende esta obra la historia de Venezuela, desde el descubrimiento de su territorio en el siglo XV hasta el año 1797, y en su composición utilizó el ilustre autor las obras de Navarrete, Muñoz, Herrera, Irving, Oviedo, Robertson, Depons, Humboldt, Clemencin, Montenegro, Yanez, Alcedo, Antúñez, Acevedo, etc., etc. Dos volúmenes complementarios, compuestos por el propio Baralt y Ramón Díaz, comprenden el período 1797-1830, y un breve Apéndice con los sucesos principales del período 1831-1837. Los dos últimos volúmenes están anotados por Vicente Lecuna. Baralt, además de historiador, es uno de los escritores clásicos de Venezuela, aun cuando su actividad intelectual pertenece a la época romántica. Su formación humanística y su constante comercio con los grandes modelos literarios le permitieron formar su estilo propio y aguzar sus aptitudes de narrador y de animado descriptor. Procuró hacer de la Historia, además de una severa ciencia, un arte literario y una cátedra de moral práctica. Autor del famoso «Diccionario de galicismos», y del no concluido «Diccionario Matriz de la Lengua Castellana», la Real Academia Española lo llamó a su seno para ocupar el sillón vacante por muerte de Donoso Cortés.

LYCÉE FRANÇAIS

Assimilé aux Lycées officiels par le Conseil National de l'Enseignement Secondaire

JARDIN D'ENFANTS ET CLASSES ENFANTINES

Lycée de Garçons
Guayabo 1773

Lycée de Jeunes Filles
Av. 18 de Julio 1772

Section Enfantine
Guayabo 1773

- I. — Section enfantine.
- II. — Enseignement primaire.
- III. — Section universitaire, préparatoires aux Facultés de Droit et de Médecine.
- IV. — Section baccalauréat français.
- V. — Section commerciale.
- VI. — Classes de Français pour dames et jeunes filles.

Renseignements et inscriptions:

Avda. 18 DE JULIO 1772 — U. T. E. 4-74-48

BANCO COMERCIAL

MONTEVIDEO

ESTABLECIDO EN EL AÑO 1857

EL MAS ANTIGUO DEL RIO DE LA PLATA

Casa Central: CERRITO N.º 400

Agencia AGUADA: Rondeau N.º 1918

Agencia CORDON: Constituyente 1450, esq. Médanos

Sucursales en

SALTO - PAYSANDU - MERCEDES

REALIZA TODA CLASE DE
OPERACIONES BANCARIAS

MINISTERIO DE INSTRUCCION PUBLICA

REVISTA NACIONAL

LITERATURA — ARTE — CIENCIA

PRECIOS DE SUSCRIPCION

	En el país	En el Extranjero
Un semestre	\$ 5.00	\$ 6.00
Un año	> 10.00	> 12.00
Número suelto	> 1.00	> 1.20

Pago por adelantado en efectivo o en giro postal o bancario.

Se venden números sueltos en la Administración y en todas las librerías.

Director Honorario de Administración: JUAN PEDRO CORRADI.

Administración: Ministerio de Instrucción Pública. Ibicuy 1310. Montevideo.
Teléfono 8 04 49.

ADMINISTRACION NACIONAL DE COMBUSTIBLES, ALCOHOL Y PORTLAND

MONTEVIDEO — URUGUAY

Oficinas Centrales: 25 de Mayo 409. — Dirección Postal: Casilla Correo 869

Dirección Telegráfica: ANCAP. Montevideo

DIRECTORIO: *Interventor*, Ing. Eduardo Terra Arocena.

Gerente General, Ing. Don Carlos R. Vegh Garzón.

La ANCAP ejerce los monopolios de alcohol y refinación de petróleo, otorgados por ley del 15 de Octubre de 1931.

Capacidad anual de la Refinería de Petróleo:

Petróleo crudo para elaborar	240:000.000 litros
Producción de nafta	130:000.000 >
> > kerosene	43:000.000 >
> > gas-oil	10:000.000 >
> > fuel-oil	35:000.000 >
> > gas de 2.500 calorías/mt. ²	10:000.000 mt. ³

Capacidad de la Planta Industrial de Alcoholes:

Capital anual de la Planta Industrial de Alcoholes:

Alcohol potable a 96°	6:000.000 litros
Anhidrido carbónico	2:240.000 kgs.
Tortas de farelo	1:500.000 >
Aceite	500.000 >

En la elaboración de estos productos se emplearán aproximadamente: 15:000.000 de kilos de maíz y 750.000 kilos de cebada.